

HQN™



ISABEL KEATS

**Vacaciones
al amor**

ISABEL KEATS

**Vacaciones
al amor**

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid
www.harlequinibericaebooks.com

© 2013 Belén Solesio López-Bosch. Todos los derechos reservados.
VACACIONES AL AMOR, N.º 15 - septiembre 2013
Publicada originalmente por Harlequin Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

HQÑ y logotipo son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

I.S.B.N.: 978-84-687-3541-2

Editor responsable: Luis Pugini

Imagen de cubierta: TOMBAKY/DREAMSTIME.COM

Conversión ebook: MT Color & Diseño

*Para mi hermana Macarena,
a quien esta novela debe su título.
“Lo que es bueno no dura para siempre...
dura lo suficiente para hacerlo inolvidable”.*

Capítulo 1

Por mucho que corras, tu pasado siempre te alcanza (seguro que lo dijo algún filósofo oriental)

—Pase, el señor Anglada la recibirá enseguida —anunció la desdeñosa secretaria, al tiempo que abría la puerta de un amplio despacho de paredes de cristal.

El contraste entre el antiguo edificio señorial, con sus grandes ventanales, y la decoración vanguardista del interior llamaba la atención. Detrás de la mesa interminable un hombre de pelo castaño claro, sentado de espaldas, hablaba por el móvil. Cuando terminó la conversación giró el sillón de cuero hacia mí y pude verle la cara. Le reconocí de inmediato. Su rostro permaneció inexpresivo; sin embargo, sus ojos turquesa, que brillaban con regocijo al devolverme la mirada, le delataron. Era evidente que él también se acordaba de mí, y esos ojos burlones me obligaron a retroceder en el tiempo hasta la semana anterior...

Como marcaba la tradición, las antiguas alumnas de las Esperanzadas en la Fe —una especie de núcleo duro de las Ursulinas—, promoción de... (he olvidado la fecha), celebrábamos nuestro aquelarre anual navideño. Una cena en la que el vino fluía como el petróleo en el golfo de México y donde las colillas parecían *castellers* intentando fugarse del cenicero, a pesar de los ingentes esfuerzos de los camareros que no daban abasto vaciándolos; mientras nosotras, inseparables desde el colegio, poníamos a caldo a los maridos que quedaban o a los ex que aumentaban de año en año.

Yo seguía soltera y, tras cortar con mi último novio —la lista de nombres comenzaba a ser difícil de recordar—, sin compromiso. Mis amigas me acusaban de inmadura, de tener una puntuación de once —en una escala del uno al diez—, del síndrome de Peter Pan. Quizá fuera cierto, pero, como yo les decía a menudo, su ejemplo no invitaba a tirarse de cabeza al abismo del matrimonio y al averno de los hijos, precisamente.

La verdad es que no estábamos sacando conclusiones provechosas sobre aquel tema recurrente. Las casadas hacían proselitismo de la familia y los niños, a pesar de echar pestes de ellos, y las separadas exaltaban la libertad de volver a bailar la danza del apareo una vez cumplido el ciclo natural de la reproducción y cuidado de las crías; pese a quejarse amargamente de

que, a esas alturas, no quedaba ni un solo tío al que se le pudiera aplicar el calificativo de normal. En realidad, dudo mucho que ninguna de ellas estuviera capacitada para extender a nadie el certificado ISO de «normalidad».

Cualquier fulano que viera su actitud de perras en celo, siempre a la caza y captura, no entendería que alguna de ellas hubiera pasado más de cinco años en el delicioso estado marital; es más, incluso podría llegar a pensar que esos años transcurrieron entre los muros inexpugnables de un convento de clausura, en el que el único polvo que entró jamás fue el que se acumulaba en los reclinatorios.

Yo hacía loas de la vida sin ataduras de ninguna clase. Por un lado, no tenía que aguantar por obligación los ronquidos de un tipo a mi lado cada noche, conteniendo las ganas de tirarlo al suelo de una buena patada. Tampoco debía soportar la presencia de pequeñas alimañas pululando a mi alrededor volviéndome la cabeza del revés y sin posibilidad de mandarlas a jugar a la autopista. Pero, al mismo tiempo, renegaba de los donjuanes cañís y, a veces, de la soledad.

En ese momento de la noche, mi estado era bastante... cómo lo diría... quizá la palabra más adecuada fuese «alegre». Hacía rato que las ganas de hacer pis no me permitían atender a la conversación, así que me levanté — estuve a punto de tirar la copa de vino y el platito del pan— y, un poco tambaleante, me dirigí al lavabo. Aliviada como un hipopótamo en el zoo, me di un retoque de brillo en los labios, ahuequé mi melena y salí. Justo en ese instante, se abrió la puerta del baño de caballeros y de él salió un hombre alto, de unos cuarenta años, de pelo castaño y unos impactantes ojos color turquesa.

—Oiga! —exclamó y me agarró del brazo.

Indignada, me desasí con brusquedad y grité:

—No se le ocurra tocarme, baboso!

—Solo quería decirle... —insistió el hombre a pesar de todo.

No le dejé terminar.

Sintiendo una agresividad que se me escapaba hasta por las uñas de los pies —puede que como consecuencia de la conversación con mis amigas o, quizá, fuera el efecto de los dos gin-tonics que me había tomado— le espeté:

—¿Pero es que no puede una mujer decente salir a cenar sin que cualquier viejo verde se vea en la obligación de intentar ligar con ella? Los

derechos de las mujeres, ¿los enmarcamos y nos olvidamos de ellos? ¿Acaso seguimos en la Edad Media, aquella deliciosa época en la que cualquier pelado barrigón tenía derecho de pernada?

A medida que iba disparando una pregunta tras otra, implacable, sentía que de un momento a otro comenzaría a soltar espuma por la boca. El tipo pareció encogerse ante semejante retahíla de cuestiones de difícil respuesta y se hizo a un lado asustado. Envalentonada con mi victoria, erguí la cabeza y me deslicé triunfante hacia mi mesa, esquivando las de los demás comensales. Debían haberlo oído todo, pues, a medida que avanzaba, podía escuchar a mis espaldas risas disimuladas de apoyo, lo que me produjo una gran satisfacción.

Al llegar donde estaban mis amigas, Ana me dijo:

—A ver, date la vuelta, oh, reina de la liberación de la mujer!

De manera teatral, di una vuelta sobre mí misma, sintiéndome como una modelo de pasarela o, tal vez, la Bella bailando sin la Bestia; pero, de repente, reparé en que las risas de mis amigas se habían convertido en carcajadas histéricas. Ahí estaban todas ellas retorciéndose en sus sillas, mientras se les saltaban las lágrimas.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —mascullé, al tiempo que mi sonrisa se convertía, poco a poco, en una mueca rígida.

Por fin, Ángela, que era el alma cándida de la pandilla, me lo soltó:

—Hija, al ir al baño se te ha quedado la falda metida por la goma de las bragas y te las ha visto todo el restaurante; pero no te preocupes, que son bastante monas.

—Y están limpitas... —añadió la mala pécora de Isabel, que siempre disfrutaba con las desgracias ajenas.

Con la rapidez del viento cuando no hay, coloqué la falda en su sitio y me senté, agachando la cabeza hasta que mi larga melena me cubrió la cara. Ahora oía las carcajadas sin reservas de todos presentes; tenía la impresión de que incluso el cocinero había abandonado sus fogones para venir a reírse de mí. Por un resquicio entre los mechones de mi pelo miré hacia la mesa de al lado... y allí estaba el hombre del baño, mirándome y sufriendo convulsiones.

Incapaz de resistir aquella sonora humillación por más tiempo, me levanté, tiré unos cuantos billetes sobre la mesa, y me fui a casa corriendo, dispuesta a no salir de ella durante el tiempo que me quedara de vida.

¿Alguien puede imaginarse mi sorpresa y mi consternación cuando,

pocos días después, al ir a realizar una entrevista de trabajo —para la que me había preparado a conciencia durante semanas— resultó que mi entrevistador era, nada más y nada menos, que el tipo odioso del restaurante?

—Bueno —exclamó aquel mismo hombre, cascando como una nuez el opresivo silencio que reinaba en el despacho—, quizá habría sido mejor que viniera usted hoy con pantalones...

Completamente abochornada, sentí que me ruborizaba hasta el blanco de los ojos. Entonces, eché mi silla hacia atrás, arañando sin piedad el immaculado parqué, le lancé mi mejor mirada de desprecio, agarré el bolso con fuerza y me largué de allí dando un portazo; aunque, si tenemos en cuenta que la puerta era de cristal, el efecto no resultó muy dramático que digamos. Lo que más rabia me daba de todo el asunto era que, durante un segundo de enajenación letal, había encontrado atractivo a ese aborrecible bicharraco.

Taconeando con fuerza, salí al vestíbulo y me dirigí a toda prisa —es decir, a la velocidad de crucero de una muñeca de Famosa dirigiéndose al portal que era lo máximo que me permitía mi estrecha falda de tubo— hacia el ascensor. Las pesadas puertas de acero comenzaban a cerrarse cuando una mano, de dedos largos y fuertes y uñas cortas e immaculadas, apareció de la nada y las obligó a abrirse de nuevo.

—Señorita Poliakova, si fuera tan amable de volver a mi despacho. Todavía no ha terminado la entrevista —comentó muy tranquilo.

—Para mi sí lo ha hecho, señor Anglada, no voy a permitir que nadie se ría de mí.

Casi podía sentir el calor de las chispas de furia que mis grandes ojos castaño oscuro, herencia de mi padre, rasgados como las pinceladas de un maestro renacentista, según descripción de un exadmirador, despedían. Sin inmutarse por mi actitud rabiosa, aquel tipo, al que se veía relajado por completo con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado en el canto de la puerta del ascensor para evitar que se cerrara, comentó:

—Mire, señorita Poliakova, reconozco que no hemos empezado con buen pie, pero antes de saber que usted era *usted* —no me gustó la forma en que recalcó esa palabra—, su currículum me hizo pensar que era la persona adecuada para el puesto. No puedo permitir que un malentendido nos haga comportarnos a ambos de manera poco profesional.

Su forma de hablar, con ese tono calmado y razonable, me hizo sentir

igual que una pobre histérica a la que se veía obligado a apaciguar para que no diera un espectáculo, así que decidí que debía recuperar la dignidad de inmediato y, a pesar de que lo que más me apetecía en ese instante era sacarle la lengua y salir pitando de allí, traté de responder como una persona racional y madura que ya nunca volvería a cumplir los treinta.

—Tiene razón, señor Anglada, le pido... disculpas. —Apenas logré articular las palabras, luchando contra el pedazo de orgullo que se me había quedado atascado en la garganta.

A pesar de que su cara permanecía muy seria, me dio la impresión de que ese hombre se reía de mí. Por unos segundos, estuve a punto de mandarlo todo al diablo; me hubiera gustado apartarlo de la puerta de un empujón y largarme de allí a toda la velocidad que pudiera desarrollar aquel ascensor último modelo, pero él, como si adivinase mis intenciones, se hizo a un lado y me indicó con un gesto que le siguiera, y algo en su actitud hizo que lo obedeciera sin rechistar.

Una vez más, entramos en su despacho ante la mirada asombrada de su secretaria y del resto del personal —que no perdía comba—, ante tanto ir y venir. La oficina ocupaba una planta completa del enorme edificio. Habían tirado todos los tabiques y el espacio era ahora completamente diáfano; tan solo quedaban unos pocos despachos con paredes y estas eran de cristal así que, aunque lo disimulaban, todo el mundo estaba pendiente de todo el mundo. Con un ademán muy educado, el señor Anglada me invitó a sentarme en uno de los cómodos sillones que rodeaban una moderna mesa de centro.

—Si no le importa, señorita Poliakova, empezaremos desde el principio —declaró con esa voz, grave y rasposa, que afectaba de manera extraña a mis terminaciones nerviosas.

Asentí con la cabeza y traté de concentrarme en la entrevista como si acabara de entrar en su despacho y todo lo anterior no hubiera ocurrido jamás. Al fin y al cabo, yo era una buena profesional; había trabajado muchos años en una gran multinacional como adjunta al director financiero y estaba decidida a dar el salto y ser mi propia jefa. Anglada & Partners era una empresa bastante más pequeña, pero muy dinámica y con innovadores proyectos de ingeniería en las zonas más exóticas del planeta. En resumen, en cuanto me enteré de que estaban buscando un director financiero, decidí que el puesto tenía que ser mío.

A pesar de todo, aquellos ojos claros, que contrastaban de forma

estridente con el bronceado de su rostro, perturbaban mi concentración. Muy a mi pesar, tuve que reconocer que Jorge Anglada era un hombre muy atractivo, aunque no era el tipo que solía gustarme. Demasiado clásico en su forma de vestir, con su elegante traje gris marengo hecho a medida y su corbata de seda de Hermès, demasiado educado —resultaba increíble que, después de todo, aún tuviera ganas de hacerme la entrevista— y demasiado... no sé, pero notaba que había algo en él que hacía que una alarma, que hasta ese momento no sabía que estuviera en mi cerebro, destellase, frenética, emitiendo esa luz roja intermitente que te avisa del peligro.

Seguramente debido a mi sangre rusa, siempre me había sentido atraída por hombres del tipo bohemio y atormentado. Cuanto más atormentados, mejor, así que no era de extrañar que mi vida amorosa fuera un auténtico desastre. Mi último novio había sido un músico de jazz que solía tocar en los garitos más cutres de Madrid. Mi salud mental corrió un grave riesgo durante esa relación, no solo por el hecho de que él no se acostaba nunca antes del amanecer, mientras que yo tenía que levantarme a las siete y media de la mañana para ir a trabajar, sino por el exceso de emociones torturadas que aquejaban a su alma sensible. En el momento en que me propuso que nos tirásemos juntos por el viaducto y pasar así a la posteridad como los Romeo y Julieta de la música jazz madrileña, recobré la cordura y huí de su tóxica compañía como el que huye de la peste negra.

Como no dejaba de acosarme, no me quedó más remedio que refugiarme en casa de mi amiga Ángela que siempre estaba dispuesta a echarle una mano al prójimo. Tras veinte días durmiendo en el sofá cama del salón, con sus tres fieras despertándome por la mañana a base de tirarse en plancha sobre mí y su marido, tan pijo y afectado, mirándome desde el minuto uno con expresión aviesa —no sé por qué, los novios y los maridos de nuestras amigas nunca acaban de caernos bien... ni nosotras a ellos, la verdad sea dicha—, Pancho, mi ex, se dio por vencido y, en vez de retomar su plan suicida, decidió marcharse de gira con su banda por los pueblos de España.

Así que, con un suspiro de alivio, regresé a mi añorado pisito de la calle Arrieta, en pleno centro de Madrid con sus preciosas vistas sobre el Teatro Real, y me dispuse a seguir con mi vida, dispuesta a renunciar por tiempo indefinido a mantener relaciones sentimentales. Hacía ya más de tres meses de aquello lo que, para mí, era digno de figurar en el Guinness de los

récords. Por cierto, acabo de recordar que un amigo común se encontró a Pancho hace unas semanas tocando el saxo en Aldeaquemada, Jaen, y me comentó que se le veía feliz.

El hombre que tenía frente a mí carraspeó un par de veces y me hizo volver de golpe al presente. Debía haberme preguntado algo y yo no me había enterado de nada, así que le rogué:

—Perdone, ¿podría repetirme lo que acaba de decir?

El pobre lanzó un suspiro de resignación. La verdad es que me pareció uno de los tipos más pacientes con los que me había topado jamás y eso me alegró, pues sé muy bien que mi carácter, lleno de altibajos, a veces puede poner a prueba el aguante del más estoico.

—Decía que en su currículum pone que habla inglés, francés y ruso. ¿Le importaría que habláramos un rato en inglés?

—En absoluto, adelante.

A partir de ahí, el resto de la entrevista se desarrolló en inglés, pero no tuve ningún problema. Su inglés era perfecto, con un acento que ni Francis Matthews, el presentador de *Follow me*, pero el mío, aunque con un acento más americano —estuve un año trabajando de camarera en un bar de Georgetown para pagarme un MBA en aquella universidad—, no se quedaba atrás.

—Si quiere ahora podemos hablar en ruso —le dije; reconozco que a veces me paso de sobrada.

—No, no hace falta. Yo no hablo ruso. ¿Su padre es ruso? ¿Vivió allí algún tiempo?

—Sí, mi padre era ruso. Murió cuando yo tenía diez años, pero siempre insistió en que debía hablar y escribir su lengua correctamente. Nosotros nunca vivimos allí. Verá, él escapó del telón de acero agarrado a los bajos de un camión del ejército.

—¡Impresionante! —Parecía realmente interesado, incluso inclinó su cuerpo un poco más hacia mí como para poder escuchar mejor.

—¿Verdad? —asentí, al tiempo que le dirigía una de mis mejores sonrisas—. Le encantaba contarnos a mi madre y a mí cómo había pasado tres días con las piernas encajadas en precario equilibrio sobre los ejes de las ruedas, mientras se agarraba con desesperación al tubo de escape del camión con las manos. Mi parte favorita de la historia era cuando se le congeló el dedo meñique de su mano izquierda y al soltarse se le quedó pegado al metal. Siempre insistía en que no había sentido ningún dolor...

De repente, noté que me miraba con cara rara y decidí que quizá fuera mejor refrenar mi entusiasmo y abstenerme de contarle más episodios de mi vida. Mis amigas siempre me han acusado de tener una imaginación delirante y de inventármelo todo, pero las historias que cuento son absolutamente ciertas, aunque, tal vez, una entrevista de trabajo no sea el mejor momento para explayarse.

—Y... bueno, creo que eso es todo. —Me di cuenta de que me estaba retorciendo las manos con nerviosismo y las escondí debajo de los muslos, me daba la impresión de que a esos ojos relucientes no se les escapaba ni un detalle.

—Muy interesante, señorita Poliakova. Natasha, ¿no es así? —afirmé en silencio—. Si no le importa la llamaré por su nombre. Creo que usted es la persona que estamos buscando; a pesar de ser algo joven, su experiencia es amplia, domina el inglés y el ruso, un idioma que nos puede ser útil en el futuro. Ahora le contaré las condiciones y, si está de acuerdo, empezará a trabajar cuanto antes.

El sueldo —nombró una cifra que me hizo abrir mucho los ojos— y las condiciones en general eran bastante mejores de lo que había esperado, así que acordamos que daría en mi empresa los quince días de aviso de rigor y luego empezaría a trabajar en Anglada & Partners.

Al cabo de quince días justos, reaparecí en el elegante edificio del barrio de Salamanca vestida con lo que constituía mi uniforme de trabajo: una falda o un pantalón y una blusa discretos, cada día de un tono distinto, unos zapatos clásicos con un poco de tacón y una ligera capa de maquillaje. Por fortuna, tenía la suerte de que mi espesa melena color madera de castaño pulido —en este caso herencia de mi madre— era muy manejable. No tenía más que lavármela y dejarla secar al aire para tenerla impecable.

Ese día el señor Anglada estaba de viaje, así que me recibió el señor González, el director de administración; un hombre de mediana edad y bastante grueso, que me saludó con aparente cordialidad para dejarme enseguida al cuidado de la secretaria personal del señor Anglada, a quien al final le tocó enseñarme mi despacho y ponerme en antecedentes del día a día de la empresa.

No me quedó más remedio que revisar mi primera impresión de la señorita María Ibáñez. Aunque en un primer momento me pareció una persona fría y arrogante, resultó que solo era algo tímida. La señorita Ibáñez debía estar más cerca de los sesenta que de los cincuenta y era

soltera. Su aspecto, consumido y arrugado, como el de un tomate secado al sol, contribuía también a dar esa imagen de pocos amigos.

En realidad, en cuanto la conocías un poco, enseguida te dabas cuenta de que era una bellísima persona, siempre dispuesta a hacerle favores a los demás. Su trabajo era su vida. Adoraba a su jefe —su don Jorge como ella lo llamaba— como una madre adora a su hijo, y que nadie se llamara a engaño; a pesar de que era un pedazo de pan, la más mínima crítica a su héroe idolatrado hacía que se transformara en una agresiva pantera, flaca, eso sí, pero no por ello menos peligrosa.

—Te gustará la empresa, Natasha, somos pocos, pero, por regla general, bien avenidos. Don Jorge es un hombre muy inteligente, empezó de cero en una habitación de la casa de su padrino (no sé si sabes que sus padres murieron cuando era un niño) y mira lo que ha logrado en menos de quince años. —Hizo un gesto que abarcó cuanto nos rodeaba.

—Increíble —afirmé sin prestarle demasiada atención, demasiado ocupada espionando las idas y venidas de ciertos empleados.

Desde mi despacho de paredes de cristal podía ver el resto de la oficina y, justo en aquel momento, acababa de descubrir a una pareja que realizaba una maniobra furtiva. El hombre, alto y delgado, con gruesas gafas de concha y una nariz prominente, acababa de dejar con disimulo un papel doblado con esmero sobre la mesa de una rubia curvilínea —por no decir tirando a gorda—, cuyo pelo, teñido con mechones rubio ceniza, pedía a gritos una buena mascarilla hidratante.

«Ajá —me dije satisfecha—. Ya he localizado el primer lío de la oficina».

—María, ¿quién es ese de las gafas? —pregunté con expresión inocente.

La mujer se volvió a mirarlos sin el menor disimulo y contestó:

—Ese es Felipe Menéndez, se ocupa de los temas informáticos y es un auténtico genio de los ordenadores. Para mi gusto es un poquito... ¿cómo decís ahora los jóvenes? —Se quedó un rato pensativa antes de contestar a su propia pregunta—. ¡*Friki!* Eso es, un poco *friki*.

La verdad es que en efecto aquel tipo tenía pinta de ser un poco *friki*.

—¿Y la peliteñida de ahí? —Peliteñida era una de mis palabras favoritas desde que la escuché por primera vez en una telenovela venezolana.

—Esa es Vanessa López, la secretaria de personal. Ten cuidado con ella, es la persona más chismosa que he conocido. No le cuentes nunca tus secretos. Yo una vez le hice una confidencia y, menos de diez minutos

después, hasta la empleada de la cafetería de la esquina estaba al tanto. — Permaneció un rato mirando con expresión dolida hacia donde la traidora de la López tecleaba sin pausa en su ordenador.

Al verla, me pregunté qué tipo de secretos podría guardar la infeliz de la señorita Ibáñez. Quizá había escondido las pelusas debajo de la alfombra al barrer o, tal vez, había arrancado una flor del parterre de un parque municipal. No parecía que María Ibáñez fuera una persona de turbulento pasado, la verdad, claro que, nunca podías poner la mano en el fuego por nadie...

El día transcurrió sin ningún incidente. Mi trabajo era muy similar al que realizaba en la multinacional, así que no me encontraba demasiado perdida. Salimos a comer a un bar de menús que quedaba justo al lado de la oficina y María me presentó al resto del personal que no pertenecía a las altas esferas, unas ocho personas en total. La comida resultó de lo más animada y la mayoría me aceptó encantada —por suerte, soy una persona extrovertida que enseguida hace amistades—. Con los únicos que fui incapaz de congeniar fue con Menéndez y con la peliteñida, creo que fue un caso claro de desamor a primera vista.

El que me cayó mejor fue Javier Castro. Debía tener más o menos mi edad y formaba parte del equipo de ingenieros, pero no se ajustaba en absoluto a la idea preconcebida que yo siempre había tenido sobre ese sector. Cuando alguien me hablaba de un ingeniero, siempre imaginaba un tipo delgado y paliducho, con gafas y un montón de bolis asomando por el bolsillo del pecho de su camisa de manga corta. Pero Javier no era para nada así. Llevaba el pelo negro bastante largo y su vestimenta habitual consistía en unos vaqueros oscuros y camisetas costrosas de grupos de rock desconocidos. Usaba gafas, eso sí, y unos ojos grandes, color avellana, se asomaban divertidos tras los cristales. Enseguida nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común: a ambos nos gustaban los mismos libros y las películas francesas; a los dos nos sentaba el café como un tiro, aunque ninguno podíamos prescindir de él, y el vino tinto nos daba dolor de cabeza.

La comida tampoco nos dio para mucho más, pero supe que Javier y yo seríamos buenos amigos. En resumen, me pareció que en la empresa había un buen ambiente de trabajo y estaba encantada con el paso que había dado.

Capítulo 2

Curro nuevo, vida nueva...

Los días pasaron y, poco a poco, me adapté a la rutina de mi nuevo empleo. Había introducido unos pequeños cambios que pensé que mejorarían los procedimientos financieros de la empresa, pero aún era demasiado pronto para ver los resultados.

Veía poco a Jorge Anglada. El director general viajaba a todas horas y muchas veces pasaba más de dos semanas lejos de la oficina. A pesar de la forma en que nos conocimos, cuando coincidía con él siempre encontraba tiempo para intercambiar algunas palabras cordiales conmigo. No sabía qué era, pero había algo en ese hombre que a mí, que siempre iba atacada a todas partes, me resultaba relajante. Debía ser un buen tipo. Al fin y al cabo, había tratado de avisarme en el restaurante.

Llevaba ya más de dos meses en Anglada & Partners cuando un día coincidimos al entrar en el ascensor y, con mucha amabilidad, me preguntó si me encontraba a gusto en la empresa.

—Estoy encantada, de verdad, mi cometido es interesante y el ambiente de trabajo inmejorable. —Mi entusiasmo era obvio y noté que se me quedaba mirando con una suave luz en aquellos ojos de color imposible.

—Me alegro, Natasha, nosotros también estamos muy contentos con su trabajo. Como le dije en la entrevista, se verá obligada a viajar a menudo. Estoy preparando un viaje a Dubai y me gustaría que viniera conmigo.

¡Dubai! Imaginé camellos y velos, jaimas y paseos por el desierto a la luz de las estrellas, harenes y sultanes...

—Dubai, Emiratos Árabes! ¿Cuándo iremos? ¡Nunca he estado en un lugar tan exótico! —Mi vehemencia pareció divertirlo y esbozó una sonrisa que le marcó unas pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos. Al verlas, mi estómago hizo una cosa rara y pensé que, una vez más, me había sentado mal el condenado café del desayuno.

—Todavía quedan muchas cosas por hacer —explicó—. Vamos a presentar el proyecto de un gran rascacielos solo unos metros menor que el Burj Khalifa, la estructura más alta construida por el hombre, que también está en la ciudad de Dubai. Nuestra empresa se ha unido en una *joint venture* con una compañía americana mucho mayor y Anglada & Partners se ocupará de todo lo referente a la tecnología y el diseño. Cuento con usted para que presente una buena estrategia financiera.

—Por supuesto, señor Anglada, confíe en mí.

El señor Anglada me sonrió una vez más antes de meterse en su despacho y, mientras caminaba los pocos metros que me separaban del mío, me prometí a mí misma que me dejaría la piel en ese proyecto.

Cuando me acercaba a la mesa de la López, que como siempre se encontraba conspirando con Menéndez, sin querer alcancé a escuchar lo que hablaban en ese momento.

—Así que te encontraste con tu ex y con su novio... —El tono de voz de la peliteñida era agudo y penetrante.

—¿Y sabes lo que me dijo la muy zorra? —El cabreo de Menéndez era tal que su gruesa nuez subía y bajaba compulsivamente.

La otra negó con la cabeza, lo que provocó que una oleada de su sofocante perfume alcanzara mi sensible nariz.

—Me dijo: «Por fin sé lo que es el sexo».

No pude evitar el sonido ahogado que salió de mi garganta, lo que hizo que ambos se volvieran al tiempo a mirarme. La tez del informático adquirió un tono marrónáceo debido al rubor y los ojos de la López echaban chispas. Supe al instante que me había ganado un par de enemigos en la empresa, pero, como si no me diera cuenta de nada, seguí mi camino y me metí en mi despacho.

Esa tarde, a la salida del trabajo, había quedado con mis tres mejores amigas en pasarnos por el Vips de Ortega y Gasset que quedaba cerca de mi oficina.

—Te vas a poner como una bola —afirmó Isabel, lanzando una mirada de desagrado a mi plato de tortitas con nata bien regado con sirope de caramelo.

No me lo tomé a mal. Podía entender su amargura; ella siempre estaba a régimen y, en esos momentos, se limitaba a dar pequeños sorbos a su infusión de menta poleo.

—Bah, ya sabes que a pesar de que come como una piraña, Natasha siempre ha tenido un tipazo —contestó Ángela, que siempre salía al quite de las impertinencias de Isabel.

—Cuéntanos de tu nuevo curro —intervino Ana—. No puedo creer que tu jefe sea el mismo tipo del restaurante. Creo recordar que estaba buenísimo.

—Psse, no está mal —declaré con un encogimiento de hombros.

—¿Va a formar parte de tu interminable lista de exnovios?

—Para nada, Isabel, no es mi tipo...

—¿Ah, no? ¿Qué pasa, que no lee a Tolstoi y se ducha con regularidad?

No pude evitar soltar una carcajada; como de costumbre, los comentarios de Isabel eran malvados, pero ingeniosos.

—Caramba, Isabel, cómo eres. ¿Qué has comido hoy? ¿Tigre?

Isabel pareció relajarse un poco.

—Perdona, Natacha —siempre me llamaba así para hacerme rabiar—, pero es que hoy he tenido la enésima discusión con mi marido.

Eso no resultaba nada extraño. Ninguna de nosotras entendíamos por qué se había casado al final con Agustín, un tipo tremendamente aburrido —al menos desde mi punto de vista—, al que le molestaba todo lo que hacía su mujer, diez veces más brillante que él. Desde que eran novios no habían hecho más que pelear.

—¿Por qué ha sido esta vez? —preguntó Ana que parecía más interesada por su gigantesco batido de fresa que por la conversación en sí.

Isabel dio un sorbo a su infusión antes de contestar:

—Chorradas, como siempre. Le he enseñado el billete de lotería capicúa que compré el otro día en Toledo y me ha preguntado que qué iba a hacer con el dinero del premio si me tocaba.

—¿Y qué le has contestado?

—Le he dicho: lo primero divorciarme, claro. Al parecer no le ha sentado nada bien...

Nos entró un ataque de risa. Isabel era tremenda.

—Tengo un notición! Voy a ir a Dubai de viaje de trabajo con mi jefe.

—No aguante por más tiempo las ganas que tenía de contarlo.

—¡Dubai! Eso sí que es un viaje y no como los míos —suspiró Ana con una envidia sana.

El único viaje que había hecho la pobre al extranjero fue a París de luna de miel. Pero la miel de su matrimonio no había durado mucho; al año y medio se habían separado, y a los tres consiguió firmar por fin el divorcio. Su exmarido, en cuanto podía, se escaqueaba y no le pasaba la pensión, así que, con su sueldo de profesora, los gastos que le ocasionaban su hijo y el pago de la hipoteca de su minipiso, le costaba sudor y lágrimas llegar a fin de mes.

—Bueno, todavía queda bastante para que nos vayamos, el proyecto casi acaba de empezar —aclaré—. Por desgracia, de lo que sí que no me voy a librar es del fin de semana de *coaching*. Me apetece casi tanto como

cortarme las venas.

—Co... ¿qué? —Ángela nunca estaba al tanto de las últimas tendencias, bastante tenía con ocuparse de sus pequeñas fieras y del estirado de su marido.

—El *coaching* está dirigido a entrenar la capacidad de liderazgo, la comunicación, la administración del tiempo y los elementos personales que influyen directamente en los resultados económicos de la empresa... —recité como un loro.

—En cristiano, es un rollo que se han inventado para que los ejecutivos de una compañía hagan pandilla y pasen un rato agradable jugando como si fueran niños en un campamento de verano —aclaró Isabel en un lenguaje sencillo.

—Un fin de semana entero hacinados en una granja en la sierra, aislados del mundo... —gemí con desesperación.

—Pues parece divertido.

Para Ana, cualquier cosa que se saliera de su triste rutina resultaba un planazo. Me pasé una mano impaciente por mi melena castaña, mientras rebañaba bien la nata y el sirope de mi plato con el último trozo de mis deliciosas tortitas.

—Sí, divertidísimo —refunfuñé con la boca llena—. Imagínate encerrada con los cafres de tus alumnos también en tus días libres.

—Pero tú nos has dicho que tus compañeros no están mal, que te ríes bastante. Sobre todo con el tal Javier —puntualizó mi amiga sin dar su brazo a torcer.

—Hombre, sí, pero no es el plan que yo elegiría para pasar un fin de semana, la verdad. Te lo voy a decir en dos palabras, Anita: en mi tiempo libre me gusta *des-conectar*.

—¿Tu jefe va? —preguntó Ángela.

—Creo que sí. Va toda la empresa, hasta el *partner* de Anglada & Partners al que todavía no he conocido.

—Entonces, dudo que te vayas a aburrir —afirmó Isabel con expresión taimada—. Por lo que nos has contado de él, estoy convencida de que Jorge Anglada te hace tilín...

—Y dale. —La miré con el ceño fruncido, fastidiada—. ¿Por qué piensas que siempre me tiene que gustar alguien? Cuando lo dejé con Pancho me juré y os juré que iba a pasar una buena temporada antes de que me enamorara de nuevo. Llevo casi siete meses sin fijarme en nadie...

—Cuatro y medio —interrumpió Ángela, a la que le gustaba ser escrupulosamente exacta.

—Está bien, cuatro y medio que es casi lo mismo y, miradme, estoy mejor que nunca. —Alcé la barbilla, orgullosa, y las desafié a negarlo.

—En realidad no creímos que aguantaras tanto. Desde que cumpliste los trece no podías pasar más de un par de semanas sin enamorarte de algún bicho raro. —Me recordó Isabel, acusadora, con sus brillantes ojos verdes clavados en mí.

—Pues con más razón todavía. Jorge Anglada no es ningún bicho raro. Es el tipo de hombre que a cualquier madre le gustaría para su hija: guapo, amable, educado, inteligente, viste bien, tiene su propia empresa... vamos, que es una joyita.

—Definitivamente no es tu tipo —afirmaron Ana y Ángela al mismo tiempo.

Les dirigí mi mirada de «ya os lo decía yo» y seguimos hablando de los problemas de Isabel con su marido y de lo cabronazo que podía llegar a ser el ex de Ana.

Al llegar a la oficina unos días después, enseguida me di cuenta de que algo había ocurrido. Desde la silla de mi escritorio tenía una vista magnífica del despacho de mi jefe. El señor Anglada se había quitado la chaqueta del traje y se había aflojado la corbata. La camisa, blanca y ligeramente entallada, resaltaba sus hombros anchos y un torso en el que no sobraba ni un gramo de grasa. Si no supiera que no era mi tipo de hombre, lo habría encontrado tremendamente atractivo.

Hablaba por el móvil y, por primera vez, lo veía gesticular como a un vendedor italiano en un mercadillo; tenía el ceño fruncido y era evidente que estaba furioso. Gritaba al auricular, pero a pesar de que los despachos del edificio te dejaban poca intimidad visual debían estar perfectamente insonorizados, porque no conseguía enterarme de nada de lo que decía.

En un momento dado, se dio la vuelta y me pescó espiando. Noté que me ponía roja e hice como que tecleaba a toda velocidad en mi ordenador. Gracias a Dios, desde su posición no podía ver que ni siquiera estaba encendido. Observé como María, su secretaria, se acercaba a su cubículo a paso ligero y llamaba a la puerta con golpes nerviosos. Mi jefe la hizo pasar y enseguida salió de nuevo. Volvió con un tipo, alto y elegante, que

debía ser el socio, aunque yo apenas lo había visto un par de veces por la oficina y nunca habíamos hablado. Él y su equipo ocupaban otra planta entera del edificio, dedicada a temas legales.

Tanto ir y venir a esas horas de la mañana no resultaba muy normal y, como soy una cotilla nata, la curiosidad me estaba matando. Después de pasar casi una hora pendiente de lo que ocurría en el despacho del jefe, decidí que había llegado el momento de empezar a trabajar un poquito. Justo en ese instante, María llamó a mi puerta y me dijo que el señor Anglada quería hablar conmigo.

Asustada, empecé a darle vueltas en mi mente a todo lo que podía haber hecho mal en los últimos meses y no se me ocurrió nada que pudiera provocar una furia semejante en un hombre que, hasta ese momento, me había parecido el sùmmum de la ecuanimidad; así que, con las piernas algo temblorosas, me dirigí a su despacho.

—Adelante. —Más que oírlo, vi el ademán que hizo con la mano.

—Buenos días, señor Anglada.

De nuevo, con un gesto impaciente, me indicó que me sentara en una de las sillas que había frente a su mesa. Yo estaba inquieta y empecé a hablar sin ton ni son.

—Pensé que no habría ningún problema en reunirme con los arquitectos y los ingenieros del proyecto de Dubai para que empezaran a trasladar sus cálculos de inversiones y discutirlos con ellos... —Traté de disimular el temblor de mi voz.

Él se me quedó mirando como si no entendiera de qué demonios le estaba hablando y, de súbito, su ceño fruncido se distendió y, aunque no llegó a sonreír del todo, vi cómo se formaban esas atractivas arruguitas en los ángulos de sus ojos.

Su mirada se posó sobre mis dedos, que se retorcían como anguilas en mi regazo, sin decir nada. Entonces, mi angustia subió al nivel nueve y, como siempre que me pongo nerviosa, se abrieron las compuertas y una verborrea ingente empezó a fluir sin descanso.

—En realidad, tampoco he hablado mucho, solo me reuní un par de veces con ellos. Pensé que no le importaría que empezara a familiarizarme con las cifras. ¡Romperé las hojas! Bueno, más bien tendré que borrar el documento, porque todavía no lo he imprimido, yo... —Abochornada por mi incontinencia verbal, me callé en el acto, al tiempo que me mordía el labio inferior.

¡Por Dios, no sabía por qué me estaba comportando como una niña estúpida! Era la directora financiera de la empresa, era buena en mi trabajo y no había cometido ningún error. Los penetrantes ojos turquesa parecían atravesarme el cerebro y, de nuevo, sentí que había algo en ellos que no era normal.

—No la he llamado para regañarla, Natasha. —Ese tono de voz, ronco y acariciador, hizo que se me pusiera la carne de gallina y eso me trajo a Alfredo a la mente...

Alfredo, un antiguo noviete que tenía la manía de aprenderse de memoria definiciones enteras de la enciclopedia. Un día que hacía frío se me ocurrió decir que se me había puesto la carne de gallina y aún me parece escucharlo... «Carne de gallina: es como comúnmente se llama a la erección de los pelos del cuerpo. Este fenómeno es producido por un diminuto grupo muscular llamado *musculus erector pili*, el músculo erector del pelo o músculo horripilante, situado junto al folículo piloso». Vamos que entre el *musculus erector pili* —según Isabel, el *musculus* de la *pili* de su entonces novio era *erector* según el día— y el músculo horripilante, mis amigas y yo estuvimos carcajeándonos durante un mes seguido; eso sí, al pobre Alfredo, a pesar de que era guapísimo, no pude aguantarlo más de un par de semanas y hasta mi madre, que es la paciencia personificada, respiró aliviada cuando corté con él...

—Verá, ni siquiera quiero hablar con usted de trabajo —continuó mi jefe, ajeno por completo a mi inoportuno *flashback*.

—¿Ah, no? —pregunté, perpleja, volviendo de golpe al aquí y ahora.

—No exactamente.

—Entonces... —Esperé ansiosa su respuesta, pero estaba claro que estaba decidido a tomarse su tiempo.

—¡Qué impaciente! —A pesar de que su rostro estaba completamente serio, tenía la impresión de que, una vez más, se reía de mí.

—Pues si no es de trabajo... ¿Tiene que ver con lo que ocurrió en el restaurante? —pregunté sin poder evitar ponerme como un tomate.

—Frío, frío. —Definitivamente, al señor Anglada le gustaba divertirse a mi costa.

—¡Dígamelo, por favor! —supliqué, perdiendo los papeles.

—Señorita Poliakova, es usted una mujer muy impulsiva.

«No lo sabe usted bien» pensé para mí.

Al instante, recobró la seriedad y empezó a decir:

—En realidad, se trata de un asunto muy grave. Desde hace algún tiempo, mi socio y yo sospechamos que alguien de dentro está espiando para la competencia.

—¿Un topo? —pregunté, impresionada; a mí siempre me han apasionado las pelis y las novelas de espías y agentes secretos.

—En efecto. En los últimos concursos a los que nos hemos presentado una empresa rival ha ido siempre por delante de nosotros, exponiendo proyectos que eran casi una copia exacta de los nuestros. —El señor Anglada se pasó una de sus bonitas manos por su pelo castaño claro en un ademán inquieto.

—¡Caramba! —Noté que me había quedado mirándolo con la boca abierta y me apresuré a cerrarla. De repente, se me ocurrió una idea espantosa—: ¡¿No pensaré que yo...?!

—Por supuesto que no, señorita Poliakova, no sea infantil. —Me sentó fatal el adjetivo que eligió; novelera puede, imaginativa quizá... pero ¡infantil!—. Todo empezó mucho antes de que usted entrara a trabajar en Anglada & Partners, por eso se lo cuento.

Asentí, como si todo estuviera ahora mucho más claro, aunque en realidad no entendía nada; seguía más perdida que un Teseo al que le hubieran cortado el hilo en el laberinto.

—Deseo que esté usted atenta. No pretendo que ejerza de detective, sino que se fije en si nota algo raro o fuera de lugar en alguno de sus compañeros...

Así que lo que pretendía era que me convirtiera en una chivata. Me indignó su propuesta y se lo dije:

—Yo no soy ninguna acusica!

—¡Acusica! Qué palabra... Desde luego, parece que a usted el patio del colegio no le queda muy lejos.

—Señor Anglada, no me gustan sus insinuaciones... —La verdad es que no entendía cómo aquel hombre me había podido parecer agradable en algún momento, todavía me parecía oír sus risotadas incontroladas en el restaurante.

—No sé a qué insinuaciones se refiere. —Puso cara de inocente, pero a mí no me engañaba.

—Por dos veces ha sugerido que me estaba comportando de manera infantil —contesté tratando de mostrarme digna—, y yo no soy ninguna niña. Soy una profesional que se toma muy en serio su trabajo y que...

—No se embale, señorita Poliakova, y cuide esos ataques de furia. Por unos instantes me he asustado pensando que le iba a estallar una vena. Justo aquí.

Colocó el índice en un punto de mi cuello y el efecto paralizante de ese gesto fue tan eficaz como el de una picana; a pesar de que retiró el dedo casi en el acto, me sentí igual que una joven ternera a la que él acabara de marcar con el hierro de su ganadería. Mi jefe aprovechó mi inusual silencio para terminar de explicarme por qué me había mandado llamar.

—No necesito que espíe a sus compañeros ni que les *acuse* de nada. — Resaltó la palabra con retintín—. Solo le pido que, si ve algo que le parezca extraño, me lo comunique. Nada más. ¿Cree que eso irá contra sus sagrados principios del honor y la lealtad?

Incapaz de soportar ni un segundo más esa mirada zumbona, bajé los ojos al suelo, avergonzada.

—Por supuesto que no, señor Anglada. Si veo algo raro, le prometo que se lo diré. —Me sentía estúpida y, por desgracia, no era la primera vez; ese era el efecto habitual que el examable señor Anglada producía en mí.

—Muchas gracias, Natasha, y procure no ser tan susceptible. A veces parece usted tan inestable como una carreta cargada con nitroglicerina líquida, viajando por un camino lleno de baches. Gracias por prestarme su tiempo y, por favor, le ruego que sea discreta. Ahora, si lo desea, puede continuar con su trabajo. —En silencio me levanté y me dirigí hacia la puerta. Ya estaba a punto de salir, cuando su voz me detuvo una vez más —. Ah, señorita Poliakova, por supuesto que puede empezar a hablar con los arquitectos y los ingenieros; en menos de tres meses nos iremos a Dubai.

¡Tres meses! Desde luego tenía que empezar a ponerme las pilas. Al pensar en el viaje no pude evitar sentirme feliz de nuevo, así que le lancé mi sonrisa de las grandes ocasiones y, por unos segundos, me pareció que contenía el aliento.

Capítulo 3

Lástima de taekwondo...

A partir de ese instante, empecé a desarrollar una actividad frenética. Había llegado el momento de contactar con los proveedores locales para negociar los precios, los plazos de pago, las garantías de ejecución, sus penalizaciones en caso de incumplimiento y coordinar todo esto con el equipo de arquitectos, ingenieros y jefes de obra. Cuando no estaba reunida con los de administración, me dedicaba a elaborar kilométricas hojas de cálculo llenas de cifras, tablas y gráficos.

Y luego estaba lo más peliagudo: buscar la financiación para el proyecto. Ahí me encontraba en mi salsa; era la parte que más me gustaba. En un primer momento, cuando me reunía con los ejecutivos de los bancos siempre me tomaban por la secretaria del abogado que solía acompañarme. En cuanto los sacaba de su error y se daban cuenta de que la mujer que tenían enfrente, además de un bombón —que me perdonen la inmodestia pero, a estas alturas, para qué disimular. Ya desde niña, todo el mundo paraba a mi madre en el parque para decirle lo preciosa que era y, años después, nunca me faltaron chicos guapos que susurraran en mi oído lo deseable que me encontraban—, era lista como una ardilla, se desvivían por atenderme y siempre conseguía las mejores condiciones posibles.

Muchos días era la última en abandonar la oficina. Estaba tan enfrascada en mi trabajo, que apenas veía ya a mis amigas. Mi madre, con la que hablaba todos los días, se quejaba que hacía siglos que no pasaba por casa, pero el proyecto que tenía entre manos y del que, por primera vez, yo era la principal responsable, me tenía completamente absorta.

Una noche me quedé en la oficina hasta más tarde de lo habitual cotejando unas cifras. Resultaba un poco deprimente contemplar las solitarias mesas de mis compañeros, libres de la maleza espesa de papeles que de día las invadían. Alguien había apagado los fluorescentes del techo, y la única iluminación provenía de la claridad mortecina que emitía la pantalla de mi ordenador y las señales de emergencia que señalaban la salida.

De repente, me pareció ver que una sombra se movía al fondo de la planta. Asustada, apagué el monitor en el acto rezando para que, si había alguien ahí, no me hubiera visto aún. Hacía semanas que no pensaba en lo que me había contado Jorge Anglada sobre el topo de la oficina, pero

ahora, al recordarlo, el miedo empezó a deslizarse por mis venas más rápido que la sangre y, cuando alcanzó mi cerebro, hizo que buscara refugio debajo de la mesa a toda prisa.

Está bien, lo confieso, soy una cobarde gallina bla, bla, bla; algo malo tenía que tener, ¿no?

Una ración doble de gelatina no habría temblado más que yo; me abracé las piernas y escondí la cabeza entre las rodillas, intentando no hacer ruido al respirar. Mis antepasados, descendientes de Pedro el Grande —o de eso al menos le gustaba presumir a mi padre—, debían estar revolviéndose en sus tumbas al contemplar a su pusilánime tatatatata nieta.

Una voz, severa pero conocida —solía aparecer en las ocasiones en las que mi conducta no era para sentirse orgullosa, precisamente—, resonó en mi cabeza y me endilgó un buen sermón: que si no podía quedarme escondida mientras un espía malvado revelaba los secretos de la empresa al enemigo, que pensara en el pobre señor Anglada y en su trabajo perdido, que mi padre se sentiría avergonzado de mí...

En fin, el rollo de siempre.

Así que, de muy mala gana, alargué el brazo hacia arriba y tanteé a ciegas en la oscuridad durante un buen rato, hasta que conseguí agarrar las tijeras que había sobre mi escritorio. Armada de esa guisa, y a pesar de que me temblaba hasta el pelo, abandoné mi escondrijo gateando y me acerqué con sigilo al despacho del jefe.

Alcancé el puesto de trabajo de la López con las rodillas doloridas y me escondí detrás de la silla, a unos tres metros de mi objetivo. Ahora no veía nada, y los ruidos que había escuchado antes habían cesado. Con mucha cautela me erguí, poco a poco, sin abandonar la protección que me brindaba el respaldo; estaba tan concentrada en aquel despacho, que no escuché que alguien se acercaba a mí por la espalda.

De repente, un brazo férreo, semejante al tentáculo de un kraken, me rodeó el pecho y una mano enorme me tapó la boca. Mi espalda se incrustó contra un cuerpo sólido y compacto como un muro de hormigón, pero, a pesar del terror que me invadió y de que el corazón me latía atronador en los oídos, mi único pensamiento racional fue que la mano del topo olía de forma deliciosa.

Un segundo después, conseguí reaccionar y, siguiendo un instinto atávico de supervivencia, le clavé con saña el tacón de mi zapato en el pie, al tiempo que le mordía la mano con todas mis fuerzas. Quedé libre en el

acto y me volví con la agilidad de un ninja para enfrentarme a mi atacante empuñando mis tijeras completamente romas.

—Maldita sea! —Esa voz, conocida a pesar de estar distorsionada por el dolor, me dejó paralizada, con las tijeras en alto y la boca abierta de par en par.

—¡Señor Anglada! —Aflojé el puño y las tijeras cayeron al suelo con un ruido sordo.

—¡Demonios, señorita Poliakova! ¡¿Puede saberse a qué está jugando?! —Sus ojos despedían rayos azulados, más mortíferos que los de la espada de luz de Luke Skywalker.

De súbito, la tensión acumulada y el terror que había padecido dieron paso a una indignación sin límites. Me dio igual que el hombre que estaba frente a mí fuera mi jefe y que pudiera despedirme sin más que chasquear los dedos; en ese momento, lo injusto de la situación hizo que me rebelara.

—No soy yo la que está jugando, señor Anglada. Y a mí también me gustaría que me explicara unas cuantas cosas. En primer lugar, me gustaría saber por qué viene a la oficina a estas horas, sigiloso como un ladrón en la noche, sin encender una sola luz para darme un susto de muerte y, en segundo lugar, también me gustaría saber por qué va vestido como para liarse a lanzar adoquines a la ertzaintza.

Al instante, el hombre dejó de chuparse la mano dolorida y bajó la vista, desconcertado, hacia sus pantalones cortos que mostraban unas piernas cubiertas de un suave vello claro y agradablemente musculosas. La capucha de una sudadera oscura le cubría la cabeza.

—Voy así vestido porque acabo de terminar de correr y hace un frío que pela. —Hmm, debía reconocer que la explicación sonaba plausible—. He pasado por delante de la oficina y se me ha ocurrido subir a buscar unos documentos para repararlos en casa. Lo último que esperaba era que hubiera gente dentro a estas horas. ¡Ah! No he encendido la luz porque me sé el camino de memoria y quiero que sepa que lo de «como un ladrón en la noche» resulta una imagen muy manida. Espero que mis razones le resulten convincentes...

El sarcasmo de sus palabras era inconfundible y, una vez más, me vi obligada a bajar los ojos, avergonzada.

—Lo siento, señor Anglada —tenía la sensación de que con este hombre tendría que pasarme la vida pidiendo disculpas—, pero no puede hacerse a la idea del susto que me ha dado, pensé que era el topo y...

La expresión de sus ojos se suavizó al observar mi aspecto contrito; por un momento, esos mismos ojos se detuvieron sobre mi pecho, que seguía subiendo y bajando agitado, pero enseguida los desvió con discreción.

—Yo también lo siento, Natasha. Venga, la invito a un trago para calmar los nervios. —Sin esperar mi respuesta, volvió a entrar en su despacho y abrió un moderno mueble en forma de cubo que ocultaba una pequeña nevera.

Yo bebía alguna copa de vez en cuando con mis amigas, pero era consciente de que debía ser cuidadosa, el alcohol se me subía a la cabeza a velocidad *mach* 3. Sin embargo, en esa ocasión sentí que lo necesitaba. Todavía notaba un ligero temblor en las rodillas y un cosquilleo extraño en el lugar en el que su brazo me había estrechado con fuerza.

Mi jefe sacó unos diminutos vasos de cristal y los llenó hasta el borde de vodka; debía estar helado pues el cristal se condensó en el acto. Sintiendo que era lo que se esperaba de mí, agarré uno de ellos y me lo bebí de un trago pero, antes de que me diera tiempo a estrellar el vaso contra el suelo, como hacen los cosacos en las películas, el aguardiente me abrasó la garganta y los pulmones, comencé a lagrimear, y una tos de tísico me sacudió el cuerpo como un terremoto. Al notar mis apuros, el señor Anglada cogió mi mano y, con delicadeza, fue abriendo, uno a uno, mis dedos rígidos y devolvió el vaso a su sitio.

—Caramba, señorita Poliakova, parece que su sangre rusa ha perdido algo de su densidad... —Yo seguía tosiendo sin parar, así que, al oír su irónico comentario, lo único que pude hacer fue lanzarle una acuosa mirada de odio.

Sin inmutarse, volvió a rellenar los dos vasos. ¡Lo llevaba claro si pensaba que me iba a meter entre pecho y espalda otra dosis de fuego líquido! Sin embargo, a pesar de mis apuros, el vodka comenzó a hacer efecto y, un minuto después, me encontraba mucho más calmada.

—Así que pensó que yo era el topo de la oficina. Confieso que estoy impresionado. Cuando la vi dispuesta a enfrentarse a mí, armada tan solo con unas tijeras sin filo, me dije que habíamos hecho un gran fichaje. Debo felicitarla, Natasha, su defensa numantina de la empresa resulta conmovedora.

Sus ojos lanzaban destellos azules, pero, por primera vez —debía ser el efecto tranquilizante del vodka, así que aproveché para dar otro sorbito—, no me importó que se riera de mí.

—Pues sí, debería estarme agradecido y que sepa, señor Anglada, que lo de «defensa numantina» ya está más oído que la palabra «crisis» en el telediario —repliqué, desafiante. No sé si era por la relajación que suele seguir a una situación de estrés o porque mi nivel de alcohol en sangre comenzaba a superar el límite permitido, pero, en ese momento, me importaba una m..., perdón, un pimiento que fuera mi jefe. Entorné los párpados y le lancé una mirada calculadora—. Podría demandarle por haber estado a punto de provocarme un infarto...

—Podría hacerlo —afirmó muy serio.

—Está bien, no hace falta que me suplique, no lo haré.

El hombre sentado frente a mí fingió aflojarse el cuello de una imaginaria corbata; definitivamente, el señor Anglada tenía alma de bufón.

—Señorita Poliakova, le agradezco encarecidamente que no exija a la empresa una indemnización millonaria. Es usted un ángel.

—Lo sé —contesté con mi expresión más seráfica. De pronto, tenía la sensación de que mi circunspecto jefe estaba tratando de coquetear conmigo, pero quizá no fuera más que un nuevo efecto colateral del vodka; el señor Anglada acababa de rellenar mi vaso por tercera vez.

—Recuérdeme que en algún otro momento se lo agradezca como se merece.

Lentamente, sus ojos recorrieron mi rostro, rasgo por rasgo, antes de posarse con fijeza en mis labios que, como si tuvieran voluntad propia, se entreabrieron, expectantes, mientras mi respiración se hacía cada vez más trabajosa.

Con un esfuerzo sobrehumano, dejé mi vaso en la mesa con brusquedad. El ruido seco rompió de golpe el extraño encantamiento al que me había sometido el brillo hipnótico de sus ojos y me puse en pie con rapidez. Noté que mi corazón, en vez de latir, tocaba los bongós; había sido el no-beso más excitante que había recibido en mi vida.

—Bueno, es tardísimo. Será mejor que me vaya. —Satisfecha de que mi voz no traicionara el temblor que recorría todo mi cuerpo, salí a toda prisa de su despacho un poco tambaleante.

«El vodka», me dije.

—¿Ha venido en coche?

—No, vivo en el centro y siempre me muevo en transporte público.

—Yo vivo aquí al lado. Cogeré mi moto y la llevaré.

—Ni hablar, no hace falta, de verdad —protesté con ganas.

—Insisto.

Su tono dejó claro que no había nada que hacer; yo estaba deseando perderlo de vista para recuperar mi serenidad perdida, pero él parecía decidido a comportarse como un caballero andante. Fastidiada, apagué el ordenador, recogí los papeles que tenía encima de la mesa, metí mi móvil en el bolso y me dirigí hacia el ascensor.

La oficina estaba en la calle Goya y, a pesar de la hora, había un trasiego constante de gente que entraba en los bares o se limitaba a pasear por la bulliciosa vía, mirando los escaparates iluminados de las tiendas, cerradas hacía rato.

—Espéreme aquí un instante, por favor.

—De verdad, señor Anglada, no es necesario. Prefiero coger un taxi. No voy vestida para montar en moto. —Señalé con ansiedad la estrecha falda que llevaba puesta.

—No se preocupe, seguro que no es la primera vez que se sube con falda en una moto. —Sin hacerme ni caso, se metió en el portal que quedaba justo pegado a la oficina; desde luego, cuando decía que vivía al lado, Jorge Anglada estaba siendo absolutamente literal.

Pocos minutos después, ya había tenido que espantar a dos moscones que empezaron a rondarme. Uno me había pedido fuego tres veces, a pesar de que, desde el principio, le había dejado bien claro que no fumaba; a la tercera, le eché una charla sobre lo malo que era aquel hábito para la salud, a ver si lo aburría de una vez y pareció funcionar. El otro me preguntó si no nos conocíamos del colegio o de la facultad o de vernos en el parque. Cuando se disponía a mencionar el cuarto punto de encuentro posible, le dije fingiendo un fuerte acento que acababa de llegar a España y le eché un chorro tal en ruso que salió pitando.

Justo en ese momento, reapareció el señor Anglada con un casco en cada brazo y se quedó observando al tipo que se alejaba con una mirada extraña. Se había puesto unos pantalones largos y una cazadora de motero y, con un gesto de la cabeza, señaló el enorme trasto aparcado junto a una farola.

—¿No le da miedo que se la roben o que le pongan una multa? —Yo no entendía mucho de motos, pero aquella tenía pinta de ser de las buenas.

—Normalmente la meto en el garaje, pero hoy no he podido y le he pedido al portero que le echara un vistazo de vez en cuando. ¿Dónde vive?

Metió la dirección que le dije en su *smart phone*, lo miró durante un segundo y volvió a guardarlo en uno de los numerosos bolsillos de la

cazadora. Como de costumbre, me había quedado observándolo, absorta. Sus gestos eran calmados y firmes, y resultaban extrañamente relajantes; al mirarlo te daban ganas de saltarte la clase de yoga y quedarte un buen rato sumida en un éxtasis contemplativo.

Después quitó el candado, me tendió el casco y luego él se colocó el suyo y se enfundó los guantes. No me hacía mucha gracia ponerme cosas que hubieran estado en cabezas ajenas, pero el casco parecía casi nuevo. De pronto, me encontré preguntándome cuántas de sus amiguitas lo habrían usado alguna vez y, una vez más, sacudí la cabeza tratando de ahuyentar aquellos pensamientos absurdos.

Por fortuna, siempre llevaba una goma en el bolso, así que no dudé en hacerme una coleta baja antes de ponérmelo. Tenía la suficiente experiencia en motos para saber que, al menor descuido, la excursión acababa con alguien llorando a gritos por culpa de un peine que se resistía a deslizarse por una maraña de pelos enredados. Cuando, por fin, terminé mis preparativos, mi jefe ya había arrancado.

—Vamos suba.

La cosa era más fácil de decir que de llevarla a cabo. Me subí al estribo de la moto y traté de pasar la otra pierna por encima, con cuidado para no dar un espectáculo. Un corrillo de adolescentes se había parado junto a nosotros y me miraban sin el menor disimulo; estaba claro que no tenían nada mejor que hacer en ese momento. Me entraron ganas de gritarles a todos: «¡Bais! ¡Bais!», como Torrente.

Al final, conseguí sentarme a horcajadas sin que la falda estallara, pero se me subió tanto que más de la mitad de mis muslos quedó al descubierto. Los jovenzuelos empezaron a silbar, así que me alegré de llevar puesto el casco y que nadie pudiera verme la cara. En ese momento, el señor Anglada metió la marcha y, con mucha suavidad, se incorporó al tráfico denso que bajaba hacia la Castellana.

Mis manos apenas se apoyaban a ambos lados de su cintura. No quería que se hiciera una idea equivocada de mí, así que, cuando el semáforo se puso en verde y él aceleró para salir a toda velocidad, estuve a punto de caerme de espaldas sobre el asfalto. Pegué un grito que resonó dentro del casco y que casi me deja sorda, rodeé su cintura con mis brazos y me aferré a él con todas mis fuerzas.

Aterrorizada —en el cuerpo del comedido señor Anglada debía habitar un mister Hyde del motociclismo; tomaba las curvas y esquivaba los

coches como si estuviera compitiendo en el circuito de Jerez—, apoyé la cabeza sobre su espalda y apreté los párpados. No los volví a abrir hasta que noté que la moto se detenía por fin.

Dando gracias a Dios, a la Virgen y a todos los santos del cielo por haber llegado a mi casa, sana y salva, me bajé de la moto dando un salto que ni Nadia Comaneci. Me quité el casco y se lo tendí con una mano temblorosa.

—Gracias por traerme. —Mi voz sonó algo ronca.

—Natasha, ¿ha pasado miedo?

—No, no —me apresuré a negar, cruzando los dedos detrás de la espalda como cuando era una niña y decía una mentira.

—No lo niegue, creo que me va a quedar la marca de sus brazos en la cintura de por vida.

—Lo siento —avergonzada, bajé la vista al suelo.

Entonces, un dedo enguantado se apoyó debajo de mi barbilla y me obligó a alzar la mirada. La única parte de su rostro que percibía eran sus ojos claros, asomando por el hueco de la visera levantada.

—Prometo que la próxima vez tendré más cuidado.

Me mordí la lengua para no soltarle que no habría «próxima vez», pero pareció adivinar mis pensamientos y, una vez más, alcancé a ver esas arruguitas tan, tan... tan arrugadas.

—Tiene usted unos ojos muy expresivos, señorita Poliakova. Buenas noches —se despidió, al tiempo que me soltaba y ponía la moto en marcha de nuevo.

—Buenas noches, Señor Anglada. —Con rapidez, me dirigí hacia el portal de mi casa y metí la llave en la cerradura.

Una vez en el interior del vestíbulo, vi como mi jefe se alejaba en su moto. En ese mismo lugar, me prometí a mí misma mantenerme alejada del señor Anglada todo lo posible. No porque corriera peligro de que acabara gustándome ni nada por el estilo. ¡Por Dios, qué tontería! Simplemente, había algo en él... esa calma perpetua, su apabullante seguridad en sí mismo, la forma que tenía de dar órdenes sin que pareciese que las daba... que me ponía nerviosa y me hacía comportarme de manera extraña.

Capítulo 4

Madre no hay más que una... ¡gracias a Dios!

El tiempo pasaba a paso de legionario. Yo estaba tan ocupada que a menudo tenía la sensación de que los días no tenían los minutos suficientes. Mi madre me llamaba a todas horas, quejándose de que hacía siglos que no iba a verla, así que no me quedó más remedio que acercarme una noche a cenar a casa para tranquilizarla.

En cuanto asomé la cara por la puerta, mis hermanos mellizos, Jaime y Bea, saltaron sobre mí como un par de tigres de Bengala. Solo pude librarme de sus zarpas a fuerza de hacerles cosquillas hasta que me soltaron. Después, saludé a mi padrastro quien, como de costumbre, se refugiaba detrás del periódico y fui a darle un beso a mi madre que daba los últimos toques a la cena en la cocina.

—Hmm! ¡Qué bien huele! Echaba de menos tus guisos, mamá — confesé, al tiempo que la abrazaba y la besaba en la mejilla.

Mi madre me sujetó por los brazos, me separó un poco de ella y se quedó mirándome un buen rato con los párpados entornados.

—Te veo bien. —El veredicto llegó, finalmente, y de manera exagerada solté el aire que había contenido hasta entonces.

—¡Qué milagro! —exclamé pasándome el dorso de la mano por la frente, con fingido alivio—. Como te conté por teléfono sigo muy contenta en mi nuevo trabajo, a pesar de que estoy a tope. Ya sabes, los nuevos tenemos que lucirnos...

—No sé, te veo... radiante.

—¡Ay, mamá, no seas cursi, por Dios! —Sin hacerle mucho caso, empecé a coger platos y vasos para poner la mesa.

—Te lo digo en serio, ¿estás saliendo con alguien? —Su mirada penetrante no me perdía de vista; cuando mi madre se ponía a husmear, era peor que los sabuesos que buscan droga en las maletas de Barajas.

—Ya te dije cuando lo dejé con Pancho que iba a descansar una buena temporada de los hombres. Soy una mujer libre, trabajadora e independiente y soy feliz. Ese es mi secreto y no la presencia de un tipo en mi vida.

Mi arenga feminista no la impresionó lo más mínimo.

—No sé... —Sacudió la cabeza; no parecía muy convencida. Por fortuna,

dejó el tema y empezó a darme órdenes sobre cómo tenía que poner la mesa, como si no lo hubiera hecho mil veces.

Como de costumbre, la cena estuvo muy animada. Mis hermanos querían hacerme el resumen de casi un mes de sus vidas en media hora, así que no paraban de hablar, quitándose el uno al otro las palabras de la boca. Yo era su hermana mayor, su ídolo, y pensaban que estaba obligada a recordar a la perfección cómo me sentía cuando tenía su edad.

Y lo cierto es que era verdad; no tenía que hacer un gran esfuerzo para recordar lo que había sentido a los diez años. Mi infancia había sido muy feliz, salvo por el tremendo golpe que supuso para nosotras la muerte de mi padre. Por fortuna mamá y yo estábamos muy unidas, y eso nos acercó aún más. Nos volcamos la una en la otra para ayudarnos mutuamente a superar nuestra tristeza.

Mi madre tardó diez años en rehacer su vida y me alegré mucho por ella, pues ya casi había perdido la esperanza de que volviera a enamorarse. Antonio, mi padrastro, fue mi pediatra. Yo creo que se enamoró de mamá el primer día que apareció por su consulta. El pobre tuvo que esperar muchos años, pero, por fin, consiguió casarse con ella y no había más que verlos juntos para darse cuenta de que seguían tan enamorados como al principio. Una cierta envidia me invadió, mientras observaba la forma que tenían de entenderse, casi sin palabras, y me pregunté si también yo, algún día, sería capaz de encontrar un amor así.

Al ver el derrotero que tomaban mis pensamientos me di a mí misma una sacudida mental, me encogí de hombros y seguí con lo que estaba haciendo, que en ese preciso instante era recoger los platos. Mi madre mandó a los mellizos a la cama y, tras un cuarto de hora de protestar y hacerse los remolones, consiguió que desaparecieran.

—Os dejo solas, chicas. Me imagino que tenéis muchas cosas de las que hablar. —Mi padrastro me dio un beso y otro a mi madre, y se retiró también a su habitación.

—Desde luego, Antonio es la discreción personificada —comenté cuando nos sentamos en la cocina frente a sendas tazas de café. Las dos sabíamos bien que esa noche no pegaríamos el ojo, pero la charleta nocturna acompañada de café era una de nuestras tradiciones más queridas, y por nada en el mundo renunciaríamos a ella.

—Sí, tuve mucha suerte al casarme con él. —Su expresión lo decía todo.

—¿Le quieres más que a papá? —pregunté como una niña celosa.

—Le quiero distinto. —Miré a mi diplomática madre, aún guapísima a sus cincuenta y tantos años de edad.

—No me negarás que papá era mucho más animado... —Entorné los ojos para no perderme detalle de su respuesta.

Mi madre agitó su pelo castaño, tan parecido al mío y en el que apenas asomaban algunas canas, mientras bebía un poco más de café.

—Claro que no lo niego, Natasha, los dos son muy distintos. Yo adoraba a tu padre, pero tengo que confesar que no era el hombre más fácil del mundo. Su vitalidad podía resultar apabullante y reconozco que Antonio me aporta calma y seguridad. Ya te darás cuenta cuando llegues a mi edad de que, a veces, no viene nada mal un poquito de tranquilidad.

—Siempre me has dicho que soy igual que papá, ¿quieres decir que yo también resulto apabullante? —Alcé la nariz, retadora; había conseguido ofenderme.

—Por supuesto, eres una mujer brillante y estás llena de vida, como él, y eso no todo el mundo puede soportarlo. Siempre he dicho que la única posibilidad que tienes de ser feliz es que encuentres a un hombre tranquilo, que no se altere por nada; pero dado que tiendes a buscar tipos existencialmente atormentados, que a la larga se sienten insignificantes a tu lado, no sé si lo vas a conseguir.

—¡Vaya, mamá, muchas gracias! Voy a ver si encuentro a un John Wayne por ahí; quizá él te parezca lo suficientemente tranquilo —respondí, sarcástica.

—De nada, hija, soy tu madre, pero eso no quiere decir que sea ciega y tonta. Cambiando de tema, ¿estás contenta en tu nueva empresa? Me parece que trabajas demasiado.

Respondí con un entusiasmo desbordante:

—¡Me encanta mi trabajo, mamá! Por primera vez puedo hacer lo que me gusta sin tener a un tipo por encima que se lleve todas mis medallas. Estoy feliz. —Mi madre debió leer en mis ojos la verdad de mis afirmaciones, porque se recostó sobre el respaldo de la silla y pareció relajarse por fin.

—¿Y tu jefe? Creo que es muy atractivo... —Noté que no me quitaba ojo, decidida a que no se le escapara ni el más mínimo gesto de mi lenguaje corporal cuando le diera mi respuesta.

—¿Quién te ha hablado de mi jefe, si puede saberse? —pregunté en un tono que pretendía ser casual.

A veces mi madre me daba miedo, era increíble lo bien informada que estaba siempre; de pequeña, pensaba que era una bruja y que me espiaba con la bola de cristal invisible que llevaba en el bolso.

—En vista de que llevaba meses sin verte...

—¡Meses! Mamá, por favor, hace menos de un mes que no nos vemos, pero hemos hablado casi todos los días —la interrumpí, al tiempo que le lanzaba una mirada de reproche.

—No es lo mismo, Natasha, ya sabes que no me gusta perderte de vista durante mucho tiempo. Luego, si no, me llevo sorpresas desagradables. — Sin hacer caso de mi expresión indignada, prosiguió—: Estuve hablando con Ángela y me dijo que lo conocían de vista, que era francamente guapo y, a juzgar por las cosas que tú cuentas, encantador.

Exasperada, puse los ojos en blanco.

—Encantador! Tampoco es para tanto. Está bien, admito que no está mal, pero tiene una desagradable manía que le resta mucho de ese encanto del que hablas. —Mi madre esperó a que continuara con una nada disimulada curiosidad malsana—. Creo que se ríe de mí.

—¿Se ríe de ti? —Esta vez había conseguido sorprenderla de verdad.

—No sabría decírtelo con seguridad, porque no quiero decir con esto que suelte una carcajada en cuanto me ve, ni siquiera que le dé por sonreír. — Me quedé un rato pensando, en un intento de expresar con palabras las inquietantes sensaciones que me producían aquellos extraños iris turquesa—. Es solo que, cuando me mira, sus pupilas parecen atravesarme de lado a lado, como si fuera capaz de adivinar todos mis secretos y estos le resultaran de lo más divertidos. No sé... pero hay algo raro en sus ojos que no me gusta un pelo. —Me callé, alcé los míos hacia mi madre y me di cuenta de que tenía esa expresión de «te pillé» en el rostro que tanto me fastidiaba—. Que no, mamá. Que no empieces a montarte una película de amor en tu cabecita. Además, Jorge Anglada es mi jefe y siempre me han parecido de mal gusto las historias de jefe-se-lía-con-su-secretaria.

—Pero tú no eres su secretaria, eres la directora financiera —puntualizó mi madre.

Me encogí de hombros.

—Es lo mismo. Yo trabajo para él y ya sabes el dicho: «donde tengas la olla...».

—¿Qué?

—Pues que no metas la...

—¿La qué? ¿La cuchara? —preguntó mi madre, perpleja.

—Ay, de verdad mamá, déjalo. —Elevé los ojos al cielo, pidiendo paciencia—. En resumen, no me gusta mi jefe en ese sentido. Fin de la historia.

—Hmm. —Fue lo único que dijo, pero yo, muy astuta, me abstuve de preguntar el significado de aquella interjección tan críptica.

Gracias a Dios, cambiamos de asunto y mi madre me preguntó por la vida de mis amigas, que era uno de sus temas favoritos; al fin y al cabo, las conocía desde que no levantaban más de dos palmos del suelo y eran como de la familia. De hecho, Isabel siempre había dicho que le gustaba mucho más mi madre que la suya. Una vez, cuando teníamos unos cinco años, tuvimos una discusión encarnizada porque quería que se la cambiara y se puso muy pesadita. La tensión llegó a niveles de alerta roja; sin embargo, al final, logramos superarlo sin que las cosas fueran más allá de un par de tirones de las coletas y, por fortuna, todavía mantenemos nuestra amistad.

Eran casi las doce cuando me despedí de ella. Si fuera por mi madre, empezaríamos a hablar a las ocho de la mañana lo dejaríamos a las ocho de la tarde, y el resto de las horas me llamaría por teléfono para comentar las mejores jugadas de la conversación. Justo cuando me disponía a abrir la puerta de la calle, de pronto, se encogió como si hubiera recibido un balazo.

—¿Te pasa algo, mamá? —pregunté, asustada.

—¡Acabo de caer en qué era lo que no había que meter en la olla! ¡Por Dios, Natasha! ¡Qué ordinaria eres, parece mentira!

En el trabajo, todos estaban revolucionados por el fin de semana de *coaching*. María vino a mi despacho y se tiró un buen rato contándome los distintos *looks* que pensaba llevar para cada ocasión: modelo Nancy aventura, modelo Barbie cena, modelo Ken para trabajos de campo... Yo la escuchaba a medias; el tema, la verdad fuera dicha, me daba una pereza mortal. Para más inri, justo ese fin de semana unos amigos de Ángela daban una fiesta de bienvenida a la primavera que pintaba muy, pero que muy bien.

—¿Tú ya lo tienes todo preparado? —preguntó mi amiga después de guardarse en el bolsillo la enésima lista de cosas que se le acababa de ocurrir que valdría la pena llevar.

—¿Qué va! Oye, María, ¿tú crees que si este fin de semana me diera un ataque de... no sé... fiebre amarilla, peste bubónica... se notaría mucho que estoy intentando escaquearme?

—¿No te apetece ir? —Los ojos casi se le salían de las órbitas de puro asombro.

—Cero. En mi lista de actividades apetecibles a realizar durante un fin de semana, esta sería la última.

—No seas tonta. Va a ser divertidísimo, creo que vamos a hacer pruebas de orientación por el bosque, escalada... —Sus ojillos oscuros brillaban de entusiasmo.

—¿Para, por Dios! Se me han puesto los pelos como escaurias. Nunca fui una buena exploradora. De hecho, en el colegio me echaron del grupo alegando una «profunda falta de interés». El campo solo me gusta de fondo de pantalla en el ordenador, yo soy una ferviente urbanita.

—¿Pero va don Jorge!

Sus palabras sonaron algo así como: «va el Papa» o «va George Clooney».

—¿Y qué? —Me estaba empezando a fastidiar tanta adoración.

—Pues que don Jorge es un ser encantador. Todo lo hace agradable y divertido. El año pasado, después de la cena de Navidad la empresa había contratado un DJ, como decís los jóvenes, y don Jorge, que sabe que me encanta bailar, me sacó a la pista. No te imaginas la lección de rock&roll que les dimos a los niños de la oficina. Todo el mundo nos felicitó por nuestro talento.

La miré fascinada. En efecto, era incapaz de imaginarme a la delgadísima, y siempre tan compuesta, María Ibáñez girando como una peonza en brazos de su don Jorge o a él lanzándola al aire y recogéndola como si nada después de un triple axel; tuve que morderme el labio para no soltar una carcajada ante la estampa que se dibujó en mi cabeza.

Durante la comida, fue Javier el que no paró de hablar de los pantalones *Bangalore* que se acababa de comprar en Coronel Tapioca.

—¿Uh? —pregunté, frunciendo la nariz.

—Son chulísimos. Tienen un aire mitad explorador, mitad mercenario desertor de los marines. Me han costado un pastón.

¡Otro con la fiebre de las aventuras! ¡Por el amor de Dios, nos íbamos dos días a la Sierra de Guadarrama, no a acompañar a una manada de ñus en su migración por el Serengeti!

—Estoy viendo que esto se va a convertir en un carnaval... —lancé un suspiro de hastío.

—Oye, solo pretendo ir preparado para la ocasión —repuso, ofendido.

Al instante, eché mano de mi siempre fértil imaginación y salí al quite, deseosa de apaciguar su orgullo herido:

—Me ha dicho un amigo mío que es fotógrafo de *National Geographic* que esos pantalones aguantan lo que les echas. A él una vez le atacó una víbora venenosísima y la bicha acabó con un colmillo partido, sin haber conseguido atravesar la tela...

—¿Ves? —Su tono de superioridad me hizo preguntarme por qué misteriosa razón los hombres se tomaban a sí mismos tan en serio.

—Veo. Veo que todo el mundo lleva semanas preparando el equipaje y yo todavía no sé qué voy a meter en mi bolsa. ¡Ay, estoy ardiendo! Tengo al menos cuarenta de fiebre, creo que no podré ir mañana...

Javier colocó su mano sobre mi frente, sin mucha delicadeza, y declaró:

—Estás tan fresca como las lechugas del huerto de mi abuelo, así que no se te ocurra fingir ninguna enfermedad. Las altas instancias han mandado un correo a los empleados recalcando que es *fundamental* la asistencia de todo el mundo. Creo que este cursillo de *coaching* le cuesta un pastón a la empresa.

El precio de las cosas era algo que fascinaba a mi compañero. Todo lo que, según él, costaba «un pastón» merecía la pena. En ese aspecto debo reconocer, muy a mi pesar, que mi amigo parecía un nuevo rico.

—Bueno, ya veré qué meto cuando llegue a casa —comenté, resignada.

Capítulo 5

¡¿Dónde está mi GPS?!

Quedé con Javier Castro en que pasaría a buscarnos, a María y a mí, el sábado a primera hora —otro motivo más por el que no me apetecía nada el plan— y cuando sonó el portero automático yo ya estaba lista, así que cogí mi pequeña maleta con ruedas y bajé al portal. La única pega que le encontraba a mi piso, tan coqueto, era el hecho de que careciera de ascensor, aunque solo me acordaba de ello cuando tenía que cargar con el equipaje o con las bolsas de la compra. Aparcado frente al portal, en un sitio claramente prohibido, estaba el viejo Ford Fiesta rojo de mi compañero. Apoyados en él, de pie sobre la acera, me esperaban María y Javier que se notaba de lejos que estaban excitadísimos con la excursión.

—¿Solo llevas esa maleta?

—¿Vaqueros y Converse?

Las dos preguntas fueron formuladas al mismo tiempo. Sin inmutarme contesté:

—Sí y sí.

—En el correo de la empresa ponía que lleváramos ropa a-pro-pia-da —deletreó Javier como si yo fuera retrasada mental—. Con la coleta y sin maquillaje pareces una adolescente camino del instituto.

Lo miré de arriba abajo. Él, en cambio, iba preparado para adentrarse con una patrulla de yanquis en las enmarañadas selvas de Vietnam: llevaba sus pantalones nuevos de aventura, botas de travesía, calcetines gruesos, y una camisa llena de insignias militares.

—¿Tú crees que es más apropiado disfrazarse de Rambo de pacotilla? —interrogué, enarcando una ceja.

—¡Pacotilla! ¡Ja! Te advierto que estas botas me han costado un pastón.

—Hola, María, veo que tú también has arrasado en Decathlon.

Ella, muy orgullosa, dio una vuelta sobre sí misma mostrando su nuevo equipo de montaña, perfectamente adecuado para escalar el Everest.

—Me queda bien, ¿eh?

Preferí no contestar y me quedé mirando con preocupación el destartalado vehículo.

—Espero que no nos deje tirados...

—Hoy vienes faltona, ¿no? —preguntó Javier, enojado, al tiempo que se retiraba un largo mechón de pelo negro de la cara con impaciencia.

Arrepentida, le lancé mi sonrisa «de noquear» —según palabras de otro de mis ex—, y enseguida recuperó la alegría.

—¡Venga, todo el mundo a bordo! ¡Aventura, allá vamos! —gritó lleno de entusiasmo, al tiempo que abría la puerta para que entráramos.

Justo a tiempo, porque en ese preciso momento apareció de la nada uno de esos sujetos siempre dispuestos a darle a uno un susto de muerte y amargarle el día.

—Arranca, rápido, que viene un SER! —exclamé sin aliento.

—¿Qué ocurre? ¿Nos atacan los extraterrestres? —preguntó María, alarmada, mientras su cabeza giraba enloquecida en todas las direcciones.

—Más o menos, es un tipo de esos del Servicio de Estacionamiento Regulado.

En ese momento, Javier se incorporó al escaso tráfico de un sábado por la mañana temprano con un aparatoso chirriar de neumáticos.

—No os preocupéis, nenas. Javier Alonso y su Ferrari os sacarán de aquí en un pis pas —afirmó con su mejor voz de locutor de televisión.

Pocos minutos después, ya habíamos salido de Madrid y viajábamos por la carretera de La Coruña, rumbo a la Sierra de Guadarrama. La verdad es que fue un viaje muy divertido. Unos kilómetros más adelante apagamos la radio y nos pusimos a cantar nuestros propios grandes éxitos. Javier y yo, al ser casi de la misma edad, nos sabíamos las mismas canciones, en cambio, de las de María nos limitábamos a tararear la melodía. Hasta que decidió deleitarnos con *Alfonsina y el mar* y ahí me atasqué definitivamente.

Casi hora y media después —el viejo Ford no daba para más—, llegamos al punto de encuentro y nos bajamos del coche con la boca abierta. En un amplio claro, rodeado de pinos de Valsaín y de matas de jara en flor, pequeñas cabañas de madera y piedra rodeaban otra de mayor tamaño, como si de una pintoresca aldea suiza se tratara.

—¡Qué maravilla!

—¡Divino!

—¡Acojonante!

Los tres mirábamos embobados a nuestro alrededor cuando, por el camino de tierra, apareció una moto a toda velocidad que dejaba a su paso una espesa estela de polvo.

—Ahí viene el jefe conduciendo como un loco, como siempre.

—¡No te metas con don Jorge, Natasha! Conduce de maravilla. Desde

que lo conozco no he oído que haya tenido ni el más mínimo percance con la moto. —Supersticiosa, su secretaria fue corriendo a tocar el tronco de uno de los inmensos pinos que nos rodeaban.

Jorge Anglada se detuvo junto al coche de Javier, apagó el motor y se quitó el casco y los guantes con unos cuantos de esos movimientos, fluidos y elegantes, que le caracterizaban.

—¡Buenos días! —saludó, sonriente, al tiempo que se ahuecaba el pelo aplastado por el casco con sus largos dedos.

—Buenos días, señor Anglada —contestamos los tres al unísono, como alumnos bien educados.

—Una Kawasaki ZZR1400! ¡Menudo pepino! —exclamó Javier que parecía a punto de empezar a hacer reverencias ante el objeto idolatrado—. Dicen que es la moto fabricada en serie más potente del mundo.

—La verdad es que va como un tiro —contestó el señor Anglada sin darle mucha importancia.

Con agilidad se bajó de la moto, se desabrochó la cazadora y quedaron a la vista su camisa azul y unos pantalones crudos de algodón. A regañadientes, tuve que reconocer que la ropa de sport también le sentaba de miedo.

—Parece que va a hacer muy buen tiempo durante todo el fin de semana —anunció, satisfecho.

—Sí, el tiempo ideal para una fiesta en un chalé en la Moraleja —repuse con mala intención.

—¿Ha tenido que renunciar a una fiesta, señorita Poliakova?

—Pues sí. Y a una que promete ser sonada —suspiré, pesarosa.

—No se entristezca. Estoy seguro de que lo pasaremos muy bien —respondió mi jefe sin concederle la menor importancia a mi actitud.

—Yo también estoy segura, don Jorge —afirmó su esclava, al tiempo que me propinaba un disimulado codazo en las costillas.

—¡Ay! —La miré con el ceño fruncido.

—Será mejor que bajen el equipaje y se acomoden. Cada uno de ustedes tiene adjudicada su propia cabaña.

—Yupi. —A pesar de que lo dije en un susurro, el señor Anglada pareció escucharlo y me observó sin decir nada.

Avergonzada por mi impertinencia, comencé a sacar mi equipaje del coche y me dirigí hacia la casa principal, seguida de Javier y de María, para recoger las llaves. Al abrir la puerta de mi cabaña no pude reprimir un

suspiro de satisfacción. La decoración era espartana y acogedora a un tiempo. La gran cama de matrimonio, cubierta con una sencilla colcha blanca de algodón, ocupaba la mayor parte del espacio y, bien disimulada en una de las paredes de madera, una pequeña puerta daba a un minúsculo cuarto de baño con ducha.

Después de instalarnos debíamos reunirnos en una gran sala de la casa principal. Cuando entré, ya había llegado casi todo el mundo; unos segundos después apareció el *coach*, un hombrecillo bajo y calvo, con pinta de simpático.

—Buenos días, mi nombre es Pedro Rodríguez Mazas y, aparte de sacar lo mejor de ustedes, me ocuparé de que pasen también un fin de semana agradable.

La mañana transcurrió con rapidez, con nosotros ocupados en una serie de talleres. El *coach* nos dividió en grupos para realizar distintas actividades que iban desde redactar un documento que luego tendríamos que exponer en público, hasta realizar malabarismos con unas naranjas. La verdad es que fue divertido y nos reímos un montón. Durante la comida, el ambiente también resultó muy agradable y luego nos dieron un poco de tiempo libre, que yo aproveché para echarme una siesta. En cuanto me tiré sobre el colchón, me quedé frita hasta que unos golpes en la puerta de mi cabaña me despertaron.

—¡Vamos, Natasha, empieza la aventura! —El tono impaciente de María Ibáñez me hizo saltar de la cama. A toda velocidad, rehice mi coleta, cogí un jersey que me até a la cintura y enseguida estuve lista para reunirme con el resto de los compañeros que aguardaban en el pequeño claro donde habíamos dejado los coches.

—Ahora vamos a hacer un ejercicio de orientación —anunció el señor Rodríguez Mazas—. Nos dividiremos en equipos y le daré a cada uno un mapa y una brújula. Tendrán que ir hasta el lugar indicado, recoger uno de los objetos que encontrarán allí como prueba de que han conseguido llegar y regresar lo más rápido posible. El equipo que llegue antes será el ganador.

«¡Dios! —pensé, espeluznada—, un mapa y una brújula. Lo llevo claro».

Odiaba admitirlo porque parecía el típico chiste machista, pero era incapaz de leer un plano. Ni siquiera lograba descifrar los que colocaban en las plantas de los grandes almacenes. Para rematarlo, me tocó formar equipo con la peliteñida y el desagradable Menéndez. En cambio, a María

le tocó con el señor Anglada y uno de los arquitectos más jóvenes de la empresa. No era justo, seguro que ganaban ellos.

Desde el principio, la López atrapó el mapa entre sus garras y no me permitió echarle ni un vistazo, y Menéndez hizo lo propio con la brújula. En cuanto el *coach* dio la señal, salieron en estampida mientras yo avanzaba tras ellos con desgana, arrastrando los pies.

—Vamos, Natasha, ¡ánimo!

Me volví y descubrí a mi jefe que me dirigía una cautivadora sonrisa, llena de dientes blancos, que, a mi pesar, me vi obligada a devolver. Definitivamente, el tipo me caía simpático.

Tuve que correr un poco para alcanzar a mis ansiosos compañeros de equipo que no parecían dispuestos a esperar por nada ni por nadie. ¡Era increíble lo competitiva que podía llegar a ser la gente! Total, ¿para qué? ¿Para recibir en la espalda una palmadita de tus colegas?

No me quedó más remedio que dejarme de filosofías baratas y concentrarme en seguir a Zipi y Zape. Según avanzaban los minutos, la tarde se convirtió en una de mis peores pesadillas. Como íbamos a paso de legionario, enseguida empecé a sudar como si padeciera hiperhidrosis y, justo en ese momento, caí en la cuenta de que debería haber cogido una botella de agua. Lauren y Hardy, por supuesto, llevaban las suyas, pero cuando les pedí un poco me dijeron que lo sentían, pero que los dos estaban incubando una gripe que ese año era muy agresiva. ¡Malditos! No volvería a pedirles ni una gota aunque muriera deshidratada y me desplomara como un fardo sobre esas piedras afiladas que atravesaban sin piedad las finas suelas de mis Converse. Mucho después, cuando, extenuada, empezaba a pensar que ya debíamos de haber subido al menos un par de cordilleras, se detuvieron en un cruce de pequeños caminos abiertos por años de paso del ganado que pastaba suelto por la zona.

—Creo que es por aquí —titubeó Vanessa.

—Según la brújula, parece que es más bien por allí —replicó su sombra.

—¿Me dejáis opinar? —Podría haber sido el viento que soplaba entre las hojas por el caso que me hicieron.

—Tienes razón —afirmó, al fin, Menéndez tras consultar el mapa—, es por ahí.

Sin más, prosiguieron la ascensión, mientras yo me arrastraba tras ellos con la lengua afuera. Cuando ya me preguntaba si algún día encontrarían algún rastro de mis huesos blanqueados por el sol y roídos por las alimañas

de la sierra, la López gritó:

—Tiene que ser aquí!

Una inmensa roca, junto a la que crecían varios pinos retorcidos, parecía ser nuestra meta. Menéndez y Vanessa corrieron hacia ella con el mismo entusiasmo que si hubieran encontrado El Dorado y, de rodillas, buscaron con avidez bajo del enorme pedazo de granito.

—Lo tengo! —exclamó Menéndez, eufórico, al tiempo que agitaba en su mano el ansiado trofeo: una especie de flecha prehistórica.

—¡Venga, volvamos rápido! —No había visto a la peliteñida más emocionada en mi vida.

—Por favor, estoy agotada, ¿no podríamos descansar un poco? —supliqué con voz temblorosa—. Además, me estoy haciendo pis.

A pesar de que estaba convencida de que no podía quedar ni una gota de líquido en mi cuerpo, sentía la vejiga a punto de desbordarse.

—Bueno, pero date prisa —respondió Menéndez con expresión de fastidio.

Me alejé unos metros para buscar unos arbustos lo suficientemente tupidos. La verdad es que nunca había hecho pis en el campo y me horrorizaba pensar en la de pequeños bichitos que podrían pulular por ahí, acechándome en las sombras. Con mucho cuidado, me aseguré de que no hubiera ni una hormiga en el sitio que iba a utilizar como improvisado inodoro. Me cercioré de que Felipe el Horrendo y Vanessa la Loca, estuvieran a prudente distancia del alcance sonoro y me lancé a la desagradable tarea. Milagrosamente, conseguí no mojarme. Con un suspiro de alivio, me subí los vaqueros, me até el cinturón y regresé a la roca, pero allí no había nadie.

—Vanessa, Felipe! —llamé en un tono moderado.

Nada.

—Vanessa, Felipe! —Un poco más fuerte.

Nada.

—¡Vanessa, Felipe, ya estoy aquí!! —Percibí una leve nota de histeria en mi voz.

El único sonido que me respondió fue el trino melodioso de los pajaritos en las copas de los árboles; estaba claro que se habían ido sin mí.

—Capullos! —grité con toda la rabia que llevaba dentro—. ¡Ya veréis cuando os pille! ¡A ti, Vanessa, te voy a arrancar esa melena fosca de un tirón y ti, mamonazo, te voy a cascar la nuez a patadas!

Silencio solo interrumpido por el irritante piar de los puñeteros pájaros.

«Joder, ¿y ahora qué hago?», me pregunté, asustada.

No me había fijado en ningún detalle del camino que habíamos recorrido, demasiado concentrada en la sed y el cansancio que padecía. Así que, por supuesto, hice lo que nunca se debe hacer en esos casos. En vez de quedarme ahí tranquila bajo la sombra de un pino esperando el rescate, decidí que era perfectamente capaz de encontrar yo sola el camino de vuelta en un lugar en el que no había estado en mi vida. Alcé la cara hacia el cielo para intentar orientarme por la posición del sol, pero un minuto después, medio ciega y aún completamente despistada, no me quedó más remedio que desistir.

Uno de los estrechos senderos me sonaba un poco más que el resto y decidí tomarlo. Eran las cinco y media, y calculé que el sol se pondría a las siete, así que tenía que darme prisa; por fortuna, ahora el camino era cuesta abajo. Anduve sin pausa durante una hora, pero nada de lo que veía a mi alrededor me resultaba familiar. Media hora después, el sol comenzaba a ponerse y yo empezaba a asustarme de verdad. Sabía que las noches en la sierra eran mucho más frías que el día y el delgado jersey que llevaba a la cintura no iba a servirme de mucho abrigo. Cada vez más atemorizada, seguí caminando deprisa hasta que todo estuvo tan oscuro que tropecé con una raíz y caí al suelo.

—Mierda, mierda y mierda! —exclamé, llorosa.

Me toqué la rodilla y me dí cuenta de que tenía un agujero en el pantalón y sangraba. Dolía bastante, así que decidí que lo mejor sería buscar por ahí cerca algún rincón abrigado para pasar la noche. Dos de esas moles de granito que abundan en la sierra formaban una especie de cueva y me metí dentro, procurando no pensar en los posibles habitantes de ese incómodo hogar que acababa de «okupar». Cada vez hacía más frío. Abrazada a mis rodillas y con el cuello del jersey por encima de la nariz para respirar un aire un poco más caliente, recé a todos los santos habidos y por haber — aunque me centré de manera especial en San Antonio, patrón de las cosas perdidas—, para que alguien me encontrara antes de morir congelada.

No sé cuánto tiempo pasé allí, pero debieron ser muchas horas. Luchaba por no quedarme dormida, pues había leído en alguna parte que era lo peor que podías hacer en una situación como aquella; sin embargo, mi cuerpo debió de rendirse en algún momento porque, de repente, algo me despertó. Estaba aterida y apenas podía mover los dedos de las manos. Traté de

atravesar la oscuridad con la mirada y, a la tenue luz de la luna, me pareció adivinar unas sombras que se movían. Me quedé muy quieta escuchando y, una vez más, oí lo que me había despertado.

¡Había alguien gritando mi nombre!

Emocionada, me puse en pie con tanta rapidez, que a punto estuve de caerme al suelo, pues tenía las piernas entumecidas por completo. Así que me apoyé en la roca para sostenerme y empecé a chillar con todas mis fuerzas:

—Aquí! ¡Estoy aquí!

No paré de gritar hasta que un haz de luz apuntó hacia el sitio donde me encontraba. Mi alivio era tan inmenso que empecé a llorar y, cojeando, corrí hasta la persona que empuñaba la linterna y me arrojé contra su pecho.

—Natasha, gracias a Dios que la he encontrado! —La voz de Jorge Anglada sonó enronquecida en mi oído y me pareció el sonido más maravilloso que había escuchado jamás.

Me estrechó entre sus brazos y sentí —aunque más tarde pensé que había sido una alucinación causada por la horrible tensión— que me besaba en el pelo. De lo que sí estoy segura es de que yo me abracé a su cintura con todas mis fuerzas y, sin parar de llorar, deposité un millar de besos sobre su cazadora.

—Esta temblando, póngase esto —dijo al cabo de un rato, al tiempo que se apartaba un poco de mí, lo que me hizo gruñir en señal de protesta. Estaba tan cómoda apoyada en su pecho, que me hubiera quedado dormida en esa posición.

Se quitó la cazadora y, con delicadeza, me ayudó a ponérmela. Aún guardaba su calor y olía de maravilla; aspiré aquel aroma profundamente sintiendo una aguda sensación de bienestar. Después, en vista de que mis dedos seguían rígidos, me subió la cremallera hasta arriba como si fuera una niña. A continuación, sopló con fuerza un silbato que emitía un sonido penetrante y, enseguida, aparecieron dos de los arquitectos de la empresa, el *coach* y Javier Castro.

—¡Natasha! ¿Estás bien? —Javier vino corriendo hacia mí y me abrazó, al tiempo que me daba un beso en la frente.

Jorge Anglada se apartó de mí en el acto.

—Sí, gracias, Javier. En cuanto termine el proceso de descongelación estaré como nueva —traté de bromear, aunque aún tenía ganas de llorar de

alivio.

—No estamos lejos de la casa rural. Castro, sujete usted la linterna y alumbre el camino. Yo llevaré a la señorita Poliakova, he visto que cojea.

Javier obedeció sin rechistar y, a pesar de mis protestas, mi jefe me alzó en sus brazos con facilidad. Por un instante, sentí un poco de vergüenza —yo soy bastante alta y, a pesar de parecer esbelta y ligera, sabía que pesaba lo mío—, pero enseguida me relajé y me agarré a su cuello para aliviar su carga.

Nunca había estado tan cerca de mi salvador. Mantuve la cabeza apoyada en su hombro y, al leve resplandor de la luna, distinguí la barba cerrada que empezaba a apuntar en sus mejillas. El señor Anglada —que acababa de convertirse en mi héroe; una mezcla explosiva entre el caballeroso Mr. Darcy y Tarzán después de haber rescatado a Jane de las garras del pavoroso Terkoz— tropezó ligeramente con una piedra, así que me aferré a él aún más fuerte y hundí mi cara en su garganta. Hmm, me encantaba su olor.

—No se preocupe, Natasha, enseguida llegamos —trató de tranquilizarme, pero yo no tenía ninguna prisa por llegar; podría haberme pasado el resto de mi vida errando por el mundo entre sus brazos... claro que, el pobrecillo hubiera acabado agotado.

Por fin llegamos al complejo en el que nos alojábamos. El resto de los compañeros esperaban en el exterior y aplaudieron, entusiasmados, cuando vieron que me habían encontrado. Por el rabillo del ojo vi a Vanessa y a Felipe, pero en aquel instante lo último que me apetecía era enfrentarme con ellos.

—Menos mal que te han encontrado, querida! —María Ibáñez echó a andar al lado de don Jorge, mientras me acariciaba el brazo con suavidad, como si aún no pudiera creerse que estuviera allí, sana y salva. La secretaria giró la llave en la cerradura de mi cabaña y sujetó la puerta para que pasáramos. Una vez dentro, mi jefe me depositó con suavidad sobre la cama.

—Muchas gracias, señor Anglada, no sé cómo agradecerle...

—No me dé las gracias, Natasha. Será mejor que se dé una ducha caliente cuanto antes. Yo iré a buscar el botiquín que hay en la casa principal —declaró, echando una ojeada a mi rodilla herida.

—Venga, Natasha, te ayudaré. —María intentó quitarme la cazadora, pero estaba tan nerviosa que sus dedos temblaban aún más que los míos. La

verdad es que tanta preocupación me conmovió.

—Gracias, María, pero puedo hacerlo sola. —Tardé bastante más de lo normal en bajar la cremallera de la cazadora y quitarme el jersey. Mientras tanto, María sacó mi pijama de debajo de la almohada y me lo entregó.

—Ahora te dejaré para que estés más cómoda. —De repente, me abrazó como si no fuera a soltarme nunca más y empezó a sollozar—. Menos mal que el bendito don Jorge te ha encontrado, estaba tan preocupada..

—Desde luego, bendito don Jorge —afirmé, al tiempo que le daba unas palmaditas en la espalda tratando de consolarla.

En cuanto se marchó me fui al cuarto de baño, me quité el resto de la ropa y me di una ducha de media hora. ¡Qué maravilla sentir el agua caliente sobre mi cuerpo semicongelado! De mala gana, cerré el grifo, me sequé bien, me puse el pijama y volví a la habitación.

—Oh! —Sobresaltada, descubrí al señor Anglada de pie junto a mi cama.

Más que un poco turbada, me cerré bien el cuello de la camisa con una mano como si, en vez de mi viejo pijama escocés de franela, que había elegido porque era el más abrigado que tenía—, llevara puesta una incitante *neglillé*.

—Disculpe la intromisión, señorita Poliakova, he traído el botiquín. Me gustaría examinar su rodilla.

—De verdad, no se preocupe, estoy perfectamente. —Noté que me había puesto como un tomate y rogué por que pensara que era el efecto de la ducha caliente.

—Vamos, siéntese en la cama. —Como de costumbre, no hizo el menor caso de mis protestas, así que no me quedó más remedio que sentarme en el colchón.

Muerta de vergüenza, me subí la pernera por encima de la rodilla — desde aquí quiero dar las gracias al ser divino que inventó la depilación láser, al que deberían haber premiado hace ya tiempo con el Nobel de la Tranquilidad Femenina en caso de Imprevistos—, hasta dejar la herida a la vista. El arañazo tenía mucho mejor aspecto después de la ducha.

—¿Ve? No es nada, fue más el golpe que otra cosa —comenté, nerviosa.

A pesar de mis palabras, mi jefe se puso en cuclillas, pasó una de sus bonitas manos por detrás de mi pantorrilla y con la otra empezó a darme unos suaves toques en la rodilla con un algodón empapado en agua oxigenada. Sin querer, moví la pierna con brusquedad.

—Le he hecho daño, perdone —se disculpó y sopló con suavidad sobre la herida.

Sin embargo, aparte del ligero escozor, lo que me estaba matando era el cosquilleo que me producía el contacto de sus cálidos dedos sobre mi pierna.

«¿Se puede saber qué demonios te pasa, Natasha?» me reprendí a mí misma, irritada por mi absurda reacción. Desde luego, no era la primera vez que me tocaba un hombre y, además, lo habían hecho de una forma mucho menos inocente. A pesar de todo, noté que me costaba respirar.

—Ya está —afirmó, satisfecho, al tiempo que alzaba el rostro hacia mí para mirarme.

Por unos instantes, sus ojos turquesa y los míos castaños, se quedaron enganchados, hasta que, haciendo un gran esfuerzo, aparté la mirada y me puse a parlotear sin ton ni son, en mi línea.

—Muchas gracias por encontrarme, señor Anglada. Si no hubiera sido por usted seguro que habría muerto congelada y los lobos habrían devorado mi cadáver.

—No hay lobos en la sierra. —Una vez más, aquella luz burlona se había encendido en sus pupilas.

—¿No? Pues por el miedo que he pasado, como si los hubiera. Un poco más, y de mí no encuentran ni las raspas.

—No se ponga melodramática, Natasha. Estaba seguro de que la encontraríamos, al fin y al cabo, salimos enseguida en su busca y no hubo tiempo material para que se alejara demasiado.

Entorné los párpados y lo miré visiblemente irritada:

—Ah, ¿así que ahora estoy siendo melodramática? No sé, quizá a usted le pasa todos los días algo parecido. Claro, al fin y al cabo, fue suya la *feliz* idea de venir aquí a pasar el fin de semana en vez de quedarse cada uno tranquilito en su casa o en su fiesta. Seguro que piensa que un poco de agua oxigenada lo arregla todo, ¿no?

No se inmutó ante mi desplante.

—Caramba, Natasha, es usted un fenómeno digno de estudio; tan pronto es una llorosa damisela en apuros, como se convierte en una de las Furias romanas. —Me reventó que se quedara ahí, tan tranquilo, dándome la charla, como si yo estuviera sacando de quicio todo el asunto.

—Quizá me haya roto la rodilla o tal vez tenga un principio de congelación en los dedos, pero usted opina que no tengo derecho a

ponerme ni siquiera un poquitín histérica, ¿verdad? —Pedí aclaraciones, rabiosa.

—De acuerdo, Natasha, si cree que de verdad lo necesita, estoy dispuesto a llevarla al hospital de El Escorial para que le hagan un chequeo completo —respondió sin alterarse y, nada más acabar de decirlo, se puso en pie y alargó su mano hacia la cazadora que había colgado del gancho que había detrás de la puerta.

—Por supuesto que no pienso ir a ninguna parte, además estoy en pijama —declaré, tajante, sin parar de golpear el suelo con el pie desnudo, como una niña enfurruñada.

—Pues entonces será mejor que coma. Le he traído un poco de caldo y unas croquetas, me imagino que tendrá hambre. —Hasta que él lo mencionó no había notado que mis tripas rugían como una manada de leones famélicos—. Póngase cómoda, quiero hablar con usted de algunas cosas mientras tanto.

Asentí, un poco más apaciguada, la verdad es que era un detalle que se hubiera molestado en traerme la cena. Como no había nada que pudiera servir de mesa en la diminuta habitación, me recosté contra el cabecero de la cama y subí las piernas. El adorable señor Anglada —volvía a ser adorable, aunque hacía menos de dos minutos le hubiera tirado un jarrón a la cabeza si hubiera tenido uno a mano— me cuidaba tan bien como lo haría mi madre. Con cuidado, colocó la bandeja con la comida sobre mis rodillas y, en cuanto se apartó, me abalancé sobre las croquetas como un vampiro sobre la sangre.

—¿Por qué se separó del grupo?

Había reflexionado en la ducha sobre lo que iba a contar y estaba preparada para la pregunta. No pensaba confesar que ese par de pájaros de mal agüero me habían abandonado a mi suerte, bastante tendrían ellos con sus conciencias, si es que las tenían. No quería que sobre mis hombros recayera la responsabilidad de haber provocado su despido en un momento tan difícil como el actual.

—Verá tuve que... —noté que volvía a ponerme como la grana—. Esto...

Me metí una croqueta entera en la boca para ganar tiempo.

—Tranquila, no tengo prisa. —Desde luego no parecía que la tuviera. Sin pedirme permiso, se sentó a en el borde del colchón con los brazos cruzados sobre el pecho, como un rey que espera a que su bufón lo entretenga.

—Bueno, sentí la necesidad de ir al baño —solté de un tirón, tras haber conseguido masticar y tragar la masa de bechamel—. No debieron oír lo que les dije y cuando volví a la roca ya no se les veía por ningún lado.

—¿Cree que no la oyeron? —Clavó sus ojos, azules y penetrantes, en los míos. Entonces yo, incapaz de sostener su mirada, agarré el tazón con el caldo calentito, que por cierto estaba delicioso, y bebí durante un buen rato.

—Creo que no —respondí cuando acabé, sin mirarlo.

—Me parece que me oculta algo, señorita Poliakova. ¿Es consciente de que lo de hoy podría haber acabado en tragedia?

—Caramba, señor Anglada, por lo que dijo antes pensé que había sido una cosa sin la menor importancia, que pasa todos los días —respondí, irónica, muy satisfecha de poder devolverle la pelota.

El hombre alzó los ojos al cielo, como pidiendo paciencia, y contestó con serenidad:

—Sé bien que la habríamos encontrado, como de hecho hicimos, pero me preocupaba que en la oscuridad pudiera resbalar y caer por algún barranco.

—¡Bah, ya qué más da! —Me encogí de hombros—. Bastante desgracia tienen algunas personas por ser como son, eso sí que es una tragedia.

—Así que no me va a contar lo que pasó, ¿no? No quiere que nadie pueda acusarla de *acusica* y valga la redundancia.

A pesar de que su rostro mostraba una expresión severa, percibí una vez más las arruguitas que se formaban en el contorno de sus ojos. La verdad es que me estaba acostumbrando a que el atractivo señor Anglada se riera de mí, incluso creo que empezaba a gustarme.

—Así es. «Acusica» es una palabra muy fea —contesté yo, muy seria también.

Mi jefe me lanzó una de esas sonrisas que a cualquier mujer con menos presencia de ánimo que yo las dejaría completamente aleladas y anunció:

—Será mejor que la deje tranquila. Mañana no hace falta que asista a los talleres, debe descansar, así que duerma todo lo que pueda.

—¡Muchas gracias, jefe! —respondí, encantada.

—Y, señorita Poliakova, me gustaría que me hiciera un favor... —Mientras decía esto se inclinó hacia mí y, con mucha suavidad, deslizó su dedo pulgar por mi labio inferior; me quedé paralizada—. Tenía un poco de pan rallado.

Tuve que tragar saliva dos veces para recuperar un hilo de voz y preguntarle:

—¿Qué favor?

—Me gustaría... —Se detuvo de nuevo, y su tono me pareció más ronco que de costumbre. Me dio la sensación de que se lo pensaba mejor y cambiaba de opinión sobre lo que me iba a decir, porque se alejó un poco y su voz recuperó su matiz habitual—. Me gustaría que no fuera tan impulsiva, Natasha. Si hubiera permanecido donde estaba en vez de ponerse a dar vueltas por ahí, la habríamos encontrado mucho antes.

¡Ja, era para mondar! Después de todo lo que había pasado, encima mi exhéroe se atrevía a regañarme. Noté cómo la sangre se calentaba en mis venas hasta alcanzar el punto de ebullición y ya no pude controlarme.

—La culpa es suya —lo acusé, incapaz de morderme la lengua.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —preguntó, divertido.

—A quién se le ocurre reunir a un grupo de gente, hecha y derecha, y ponerles a competir en una serie de juegos infantiles. Me apuesto mi nuevo colorete de *Sephora* a que fue su equipo el que ganó la prueba.

—¿Cómo lo sabe? —Una vez más, se inclinó un poco más hacia mí; parecía fascinado por los saltos que daba mi mente.

—Porque, como es el jefe, tenía el mejor equipo.

—¿Me está acusando de hacer trampas, señorita Poliakova? —Por la forma en que relucían sus pupilas, comprendí que se lo estaba pasando en grande a mi costa, pero yo ya me había embalado y era incapaz de detenerme.

—Quizá —contesté, desafiante. De repente, comprendí con quién estaba hablando, así que cerré la boca y apreté mucho los labios; pero, a pesar de mis denodados esfuerzos, la muy maldita volvió a abrirse—. Y eso de jugar con ventaja no me parece un comportamiento muy digno, que digamos. —Horrorizada al escuchar mis propias palabras, me callé y me disculpé en el acto, avergonzada—. Perdóneme, señor Anglada, por favor. No sé ni lo que digo. Seguro que es consecuencia del estrés postraumático o quizá es que estoy empezando a incubar una pulmonía triple. —Tosí un poco—. Sí, debes ser eso, creo que tengo fiebre...

—¿Me permite? —Sin esperar mi permiso, y como hiciera Javier en otra ocasión, colocó una de sus bonitas manos sobre mi frente. Sin embargo, el efecto que provocó en mí aquel cálido contacto no fue ni parecido; esta vez me quedé sin respiración.

—Su frente se mantiene a una temperatura normal, así que, por ahora, creo que podemos descartar la pulmonía. —Las provocativas arruguitas seguían ahí y cuando, por fin, apartó la mano pude inspirar de nuevo. ¡Dios santo, cada vez que ese hombre se acercaba a mí, corría el riesgo de perecer por asfixia!

—Bueno, en serio, Natasha, ya la dejo en paz. Procure descansar. —Se levantó, recogió la bandeja que seguía sobre mis piernas y se dirigió hacia la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Anglada —susurré.

Pensé que después de tantas emociones me costaría conciliar el sueño, pero ni siquiera fui capaz de levantarme a lavarme los dientes, simplemente, me subí las sábanas hasta la barbilla y me quedé dormida en el acto.

Capítulo 6

¡Venganza!

Al día siguiente, no me desperté hasta las once de la mañana. Me sentía muchísimo mejor, y el mundo ya no me parecía un lugar espantoso y amenazador, poblado por seres malignos. Con entusiasmo, salté de la cama y me duché mientras canturreaba una canción. Justo cuando acabé de vestirme, llamaron con suavidad y fui a abrir.

—Hola, Natasha, ¿estás visible? —María Ibáñez esperaba en la puerta con una taza de café en una mano y un plato con un cruasán en la otra.

—Pasa, María. ¡Muchas gracias, justo lo que necesitaba!

Volví a sentarme en la cama para desayunar.

—Estamos haciendo una pausa, así que he aprovechado para venir a ver qué tal estabas —dijo, sentándose a mi lado.

—Me encuentro de maravilla. ¿Qué dice la gente de lo que ocurrió ayer?

—La verdad es que nos llevamos un buen susto al ver que se hacía de noche y aún no habías regresado. Todo el mundo le ha hecho el vacío a la López y a Menéndez; nadie se cree que te dejaran abandonada en medio de la nada sin querer.

—Hmm —contesté, sin afirmar ni negar nada. En el fondo, me alegraba de que sufrieran un poquito.

—El *coach* nos ha dicho que terminaremos a eso de la una, así que ya no falta mucho. Todavía me dan escalofríos cuando pienso qué te habría pasado si don Jorge no te hubiera encontrado. —Su cuerpo enteco se estremeció visiblemente.

—Yo prefiero no pensarlo. La verdad es que le estoy muy agradecida.

—Es un encanto, a Marcela Navarro le ha tocado la lotería con él.

—¿Quién es Marcela Navarro? —Aquel nombre cayó sobre mí como el tan traído y llevado jarro de agua fría.

—Es su novia.

—No sabía que tuviera novia, nunca lo he visto con ninguna mujer. —Traté de que no percibiera mi curiosidad malsana. No era que me importara que don Jorge tuviera novia, claro que no. Al fin y al cabo, era lógico que un hombre atractivo, con una buena posición económica y que debía rondar los cuarenta años, estuviera pensando en sentar la cabeza. Solo que me había sorprendido.

Nada más.

—Bueno, hoy en día ya no se sabe qué es qué. Su novia, su amiguita, su compañera...

—¿Pero viven juntos? —pregunté, interrumpiendo sin contemplaciones su interminable retahíla.

—No, qué va. Pero sé que se ven de vez en cuando. Por su cumpleaños, en noviembre, siempre le envió un ramo de flores.

—¿Rosas? ¿Rojas?

—Pues no sé, las que tengan en la floristería en ese momento. Es una de esas mujeres «muy», ya sabes: muy guapa, muy lista y trabaja en una inmobiliaria muy conocida. Si te digo la verdad, a mí me parece un poco estirada, creo que a don Jorge le iría mejor otro tipo de mujer. —Se quedó pensativa, con sus brillantes ojillos de ardilla entrecerrados, como si estuviera visualizando en su mente a la mujer perfecta para su don Jorge.

—¿Qué tipo? —No puede evitar preguntar, curiosa.

—Pues no sé... Más complaciente, que estuviera pendiente de él y le mimara, que fuera buena ama de casa... Creo que la señorita Navarro no sabe cocinar.

Hice una mueca de empalago.

—Por Dios, María, pareces la guionista del consultorio de Elena Francis! Te recuerdo que estamos en el siglo XXI y que tenemos la suerte de haber nacido en Occidente.

—Es que don Jorge se merece lo mejor. No me gustaría que cayera en manos de una ejecutiva agresiva que no pensara más que en su carrera y no quisiera tener hijos —respondió, muy digna.

Y dale con los hijos, ¿qué más le daba a una solterona sin descendencia semejante tema?

—¿Marcela Navarro no quiere tener hijos?

—Pues no tengo ni idea, la verdad. Nunca he cruzado más de dos palabras seguidas con ella. Normalmente: buenos días o buenas tardes.

Elevé la mirada al cielo, rogando que alguno de sus inquilinos me diera paciencia y, aunque la curiosidad me consumía, decidí cambiar de tercio. Eché una ojeada a mi reloj y le dije:

—Deberías volver a los talleres. Yo voy a hacer la maleta y luego iré para allá.

—De acuerdo, te veo luego.

A la una, me reuní en el claro con el resto de la pandilla que se disponía a volver a Madrid. En cuanto me vio, Pedro Rodríguez Mazas se acercó para pedirme todo tipo de disculpas.

—Le juro, señorita Poliakova, que es la primera vez que ocurre algo parecido en uno de estos cursos. —Agobiado, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de la frente.

—No se preocupe, señor Rodríguez —le respondí con mi mejor sonrisa, en realidad, el pobre hombre no tenía ninguna culpa de lo ocurrido—, gracias a Dios, la cosa no ha tenido consecuencias.

Pero él siguió con las excusas, hasta que no le quedó más remedio que ir a despedirse del resto de los asistentes.

—Te veo muy bien a pesar de lo de ayer. —Javier se acercó a mí y me dio unas cariñosas palmadas en el hombro.

—Gracias, Xavi, estoy perfectamente.

Por el rabillo del ojo vi a la peliteñida y a su compinche que se acercaban hacia donde yo estaba. Como no me apetecía lo más mínimo hablar con ellos, me agarré del brazo de Javier y lo arrastré hacia el coche.

—Venga, vámonos de una vez.

Javier se metió en el destartalado Ford y encendió el motor. Un fuerte petardazo resonó en el bosque y le cortó el rollo a los pajarillos que, cómo no, piaban alegres entre los pinos.

El motor acababa de fenecer.

Mi amigo trató de ponerlo en marcha una vez más; pero, al girar la llave de contacto, tan solo se oyó un desagradable chirrido metálico, seguido de un silencio aciago.

—Mierda! —exclamó Javier, golpeando el volante—. Creo que se ha gripado.

—¡Joder, ¿es que va a salir todo mal?! ¡¿Acaso se ha colado un tuerto en esta reunión?! —bramé, desesperada.

—¿Qué ocurre?

Por desgracia, no me había dado cuenta de que el señor Anglada estaba a mi espalda y me sentí terriblemente avergonzada de mi arrebato barriobajero.

—Me parece que mi coche ha exhalado su último suspiro —declaró Javier, al tiempo que salía del vehículo.

—¿Y ahora qué hacemos? —La señorita Ibáñez parecía resignada; estaba claro que pensaba que, estando su don Jorge cerca, nada malo podía

ocurrir.

—Esperen un momento. —El jefe se alejó hacia el único coche que permanecía aún en el claro, y tras un rato de conversación con el conductor regresó a darnos el parte.

—Carrasco tiene sitio para dos y las maletas, y yo puedo llevar al tercero en mi moto.

—¡Pido no! —Se me escapó sin querer, pero cuando el señor Anglada clavó sus pupilas en mi rostro, no pude evitar sonrojarme.

—Vas a tener que ir tú, Natasha —declaró Javier muy convencido—. María lleva falda y a mí no me gusta ir en moto con un tío.

—Eso suena a machismo trasnochado —protesté; no tenía ningunas ganas de llegar a mi casa con el pelo completamente blanco tras un viaje en moto con ese don Jorge que, en cuanto se subía a un trasto de dos ruedas, se convertía en un clon suicida de Jorge Lorenzo—. No pasa nada por que te agarres a la cintura de un hombre, Javier, a estas alturas del siglo nadie va a pensar mal de ti o si no tú, María, te remangas un poco la falda, que tiene vuelo, y ya está.

—Ay, Natasha, me encantaría irme con don Jorge, pero soy propensa a las bronquitis y tanto aire no puede hacerme bien. —La traidora de María se escaqueó con elegancia.

—Creo, señorita Poliakova, que no le queda más remedio que sacrificarse por el bien común y subirse en mi moto. —Como era habitual, el señor Anglada se lo estaba pasando en grande a mi costa.

De pronto se me ocurrió la solución.

—¡No tengo casco! —Me hizo tan feliz encontrar la excusa perfecta que, en vez de mostrarme apenada por el asunto, le dirigí una amplia sonrisa de felicidad.

—Yo le dejaré el mío, no se preocupe.

—¿Y usted? No puede ir sin casco; como le pille la guardia civil le pondrán una multa y no recuperará los puntos hasta dentro de dos generaciones. Además, ¿y si tenemos un accidente? Ya lo decía el anuncio: «Póntelo, pon...». —Enrojecí como una amapola—. Uy, no, creo que me he confundido de anuncio.

Los ojos turquesa parecieron aullar de la risa; pero, a pesar de ello, mi jefe contestó muy serio:

—No se preocupe por mí, Natasha. Soy un tipo duro, me gusta vivir peligrosamente. Y creo que, quizá, se refería al anuncio de: «El casco es la

vida».

—Sí, sí.. era ese. Seguro. Vaya, estos ya se van. —Javier y María caminaban en dirección al coche de Carrasco; estaba claro que no me iba a quedar más remedio irme con él, así que acepté de mala gana—. Está bien, iré con usted, pero prométame que será prudente, que no pasará de los cien kilómetros por hora, que se abstendrá de tomar las curvas quemando ruedas, que...

—Prometo que tampoco haré caballitos —me cortó en seco—. Venga Natasha, súbase de una vez, no puede retrasar más lo inevitable.

Refunfuñando, me subí a la moto y me puse su casco, que me bailaba un poco en la cabeza. Recordé a tiempo la existencia de Marcela Navarro, así que, como la primera vez, apenas me agarré al costado de su cazadora; no quería que nadie me acusara de tratar de interponerme entre una pareja. Oí cómo exhalaba un suspiro y, aunque no la vi, me imaginé su mirada de «¡Dios mío, dame paciencia!». Luego volvió su rostro hacia mí con los ojos ocultos tras unas Ray Ban oscuras.

—Señorita Poliakova, existe un término medio entre agarrarse a mí de forma imperceptible y hacerlo como si quisiera sacarme el bazo por la boca. —Sus dientes brillaron en una deslumbrante sonrisa, mientras agarraba uno de mis brazos y lo colocaba en torno a su cintura y luego hacía lo mismo con el otro.

—¡Mucho mejor! —exclamó, satisfecho.

Tuve que reconocer que así iba más a gusto. Al estar más cerca de él, el aire no se introducía entre nuestros cuerpos y el viaje resultaba más cómodo, o al menos eso es lo que me dije a mí misma. Durante el trayecto de vuelta, el señor Anglada se comportó, y reconozco que disfruté de la placentera sensación de ir en una moto potente, mientras el maravilloso paisaje de la sierra de Guadarrama volaba ante mis ojos. Poco tiempo después, mi jefe se detuvo frente al portal de mi casa.

—Muchas gracias por traerme, señor Anglada. —dije y me bajé de la moto con agilidad.

—Espero que no haya pasado miedo esta vez, Natasha.

—Ningún miedo, señor Anglada y créame que se lo agradezco. Creo que he agotado mi cupo de terrores anuales en un solo fin de semana.

Sonriente, le tendí el casco. Como la otra vez, puso uno de sus dedos enguantados bajo mi barbilla y, obligándome a mirarle a los ojos, comentó:

—Siento de veras lo que ocurrió el sábado, Natasha, a partir de ahora

prometo que cuidaré mejor de usted. —Después de soltar aquellas enigmáticas palabras, se puso el casco y desapareció a toda velocidad calle abajo. Intrigada, me pregunté qué habría querido decir. A veces, tenía la sensación de que el señor Anglada tonteaba conmigo, pero enseguida lo descarté. El hombre era un enigma y yo no tenía ningún interés en descifrarlo.

No, ninguno.

Justo en ese momento, el coche escoba que había recogido al resto de la expedición se detuvo a mi lado. Mis amigos bajaron del vehículo y Javier sacó todo nuestro equipaje del maletero. Después de despedirnos de los otros exclamé:

—Venga, os invito a una cerveza!

Aprovechamos lo que quedaba de tarde para sentarnos en la minúscula terraza de mi piso, en la que solo cabían una mesa diminuta, cuatro sillas plegables compradas en Ikea, y dos pequeños maceteros en los que unos geranios de color rosa crecían, exuberantes, a pesar de los escasos cuidados que les prodigaba.

—Se está bien aquí —afirmó Javier, al tiempo que le daba un largo trago a su cerveza.

—Desde luego, Natasha, tienes unas vistas espectaculares. —María miraba fascinada las torres y cúpulas que se recortaban contra el horizonte madrileño, tratando de distinguir qué iglesia era cuál.

—Sí, me tocó la lotería el día que encontré este pisito, además, por aquel entonces los precios eran medianamente razonables —declaré, satisfecha, y cerré los ojos para que el calor de los rayos de un sol todavía débil se extendiera bien sobre mi cara.

—Salvo por el pequeño detalle del ascensor... —añadió Javier haciendo una mueca.

—Nadie dijo que tenías que hacerte el «machoman» y subir las tres maletas tú solo del tirón —le recordé sin abrir los ojos.

—En eso Natasha tiene razón. Somos mujeres modernas y podemos cargar con nuestras maletas sin problemas. —María tenía una veta feminista que afloraba a la menor oportunidad; en cambio, yo odiaba cargar con pesos y, para ser sincera, estaba encantada de que aún quedasen caballeros en el mundo dispuestos a hacer el esfuerzo por mí.

—¿Qué vamos a hacer con López y Menéndez? Deberíamos infligirles un castigo ejemplar, no podemos permitir que después de lo que te hicieron

se vayan de rositas. —Mi compañera cambió de tema bruscamente, mientras sus ojos refulgían con la justa ira de los dioses.

—He decidido dejarlo estar. No merece la pena ir por el mundo guardando rencores. —Según salían estas palabras de mi boca, sentí que una aureola dorada flotaba sobre mi cabeza.

—Yo digo que: ¡Venganza! —aulló Javier, golpeando la botella contra la mesa oxidada.

—¡Venganza, Venganza! —María siguió su ejemplo y me empecé a preocupar por mi vieja mesa de hierro, rescatada en su día de un contenedor, a la que tenía mucho cariño.

—¡Bueno, está bien, Venganza, pero dejad de dar golpes en mi mesa, que la estáis abollando! —De golpe, mi aureola de santa estalló en el aire y se disolvió como vapor de agua.

—¡Vamos a maquinarse! —Los ojos de mi amiga chisporroteaban, maliciosos.

—¡Eso, maquinemos! —Los de Javier no se quedaban atrás; estaba claro que las cervezas comenzaban a hacer efecto, así que decidí que había llegado el momento de sacar unas patatas fritas y unas aceitunas. Nueve cervezas y cuatro latas de aceitunas rellenas de anchoa más tarde, todavía no habíamos dado con la venganza perfecta, pero nos habíamos reído tanto que temí que en cualquier momento los vecinos empezaran a aporrear las paredes para protestar.

—Bueno chicos, me lo he pasado en grande, pero os recuerdo que mañana hay que madrugar, así que: ¡largo! y, por favor, coged un taxi. No estáis como para ir en metro.

—¡A sus órdenes, Natasha Poliakova, *spasibo!*

—¡*Spasibo, tovarishch!*

—¡Así me gusta, que habléis idiomas! —Nos jaleó la Ibañez, que iba borracha como un piojo.

Por fin, después de una larga y emotiva despedida, conseguí sacarlos de casa, aunque a los dos minutos volvieron a llamar a la puerta.

—Se nos han olvidado las *maletonskis*, camarada.

—Vosotros dos vais fatal, ¿queréis que llame mejor a un taxi y que os recoja frente al portal?

—Me ofendes, camarada Natasha, estoy acostumbrado a beber como un cosaco. No temas, María Ibañezova y yo regresaremos, sanos y salvos, a nuestras *dachas*.

—Eso espero —suspiré, mientras escuchaba a María bailar un *kazachov*, popularmente conocido en España como cachachó— en mitad del portal.

Por fin se fueron y recé a San Cristóbal, patrón de los viajeros, para que llegaran a sus casas sin sufrir ningún percance.

Capítulo 7

¡Natasha al rescate!

En el trabajo me recibieron como a una heroína. Todo el mundo que pasaba por mi despacho se detenía para cruzar conmigo unas palabras y ofrecirme su apoyo. Me sentía en la gloria; confieso que me gusta sentirme querida.

A pesar de que estaba hasta arriba de trabajo —nos íbamos a Dubai en menos de dos meses—, pasé una mañana muy agradable. El señor Anglada estaba de viaje. Había ido a visitar una presa que Anglada & Partners estaba construyendo en Chile y tardaría al menos tres semanas en volver. Decidí que me vendría bien estar un tiempo sin verlo. Las emociones que despertaba en mí cuando estaba cerca eran, cuando menos, confusas, y ya iba siendo hora de que me serenara.

Dos semanas después, quedé a cenar con mis amigas a las que hacía tiempo que no veía. Cuando llegamos a Fass, nuestro cuartel general desde hacía muchos años, ya estaban las tres esperándome.

—Llevo soñando con comerme un codillo desde hace tres días —dije nada más sentarme. En mis gustos culinarios me sentía más alemana que rusa.

—Nos lo imaginábamos, así que ya hemos pedido por ti. —Ángela me tendió la carta por si deseaba algo más.

—Bueno, cuéntanos bien tus aventuras en la sierra, que estamos en ascuas...

Les conté mi fin de semana de *coaching* con pelos y señales y, cosa rara, no me interrumpieron ni una vez.

—¡Menuda aventura! —exclamó Ana, mirándome con envidia—. No es justo. Me gustaría saber por qué a ti te pasa siempre todo lo emocionante.

—Si estar perdida en una montaña y a punto de morir congelada para ti resulta emocionante, debo decirte que tu definición de «emocionante» es, cuando menos, extraña. ¡Hmm, cómo están estas salchichas!

—Come, hija, come, debes tener el síndrome del muerto de hambre. Claro, después de cuatro horas perdida, sin nada que llevarte a la boca...

Tragué el trozo de *weißwurst* que estaba masticando antes de contestar:

—Tú riéte, Isabel. Pero no le desearía nada igual ni a mi peor enemigo, bueno —aclaré, tras pensarlo mejor—, a la peliteñida y a Menéndez sí.

—Me parece superromántico que fuera tu jefe, el bello don Jorge, quien

te encontrara... —Los ojos de Ana brillaron, soñadores.

—Súper —dije con la boca llena, haciendo una mueca.

—Venga, Natasha, confiesa ¿te hace tilín? —insistió Isabel una vez más, tan cotilla como de costumbre.

—Ni tilín, ni tolón. Tiene novia —Solté la bomba, mientras me metía un buen trozo de codillo en la boca.

—¡Novia! —gritaron las tres al mismo tiempo.

—Me parece que a las que les hace tilín el bello don Jorge es a vosotras, nada menos que dos respetables señoras casadas y una respetable divorciada. —Las miré con malicia.

—Bueno, podría decirse que yo vivo mis fantasías a través de ti, Natasha. Llevo una vida tan deprimente, que es mi única forma de evadirme —confesó Ana y, de pronto, noté que bajo sus enormes ojos castaños se dibujaban unas profundas ojeras.

—¿Qué ha hecho el imbécil de tu ex? ¿Tampoco te ha pasado la pensión este mes? —pregunté, furiosa.

—Si solo fuera la pensión —suspiró mi amiga, desmoralizada por completo—. Ahora amenaza con luchar por la custodia de Manu. Quiere quedarse con la casa.

—¡Será capullo! —gritó Isabel, al tiempo que daba una fuerte palmada sobre el mantel, haciendo que todos los comensales de las mesas de alrededor se volvieran a mirarnos—. Si has sido tú la única que ha pagado la hipoteca durante los dos últimos años. Además, fue él quien se fue de la casa porque, de repente, se dio cuenta de que era muy joven para estar casado y tener un hijo. ¿Qué fue lo que te dijo esa cucaracha antes de irse...?

—Mucha carga y poca farra —contestamos Ángela y yo a la vez.

—¡Menudo bastardo! —se despachó Isabel.

—¡Un mamón!

—¡Un nenaza!

—¡Un picha floja! —respondió el coro griego.

—Gracias, chicas, me viene bien desahogarme, es lo único que me queda. —Ana trató de esbozar una sonrisa valiente, pero sus labios temblaban.

—No es lo único, no señora. Hablaré con Ramón, ya sabes que se dedica al derecho de familia; me debe un par de favores.

Isabel trabajaba en un bufete bastante importante y, al tal Ramón, un

compañero suyo, abogado, al que le gustaba la bebida más que una mariscada a un gotoso, le había echado unos cuantos capotes cuando llegaba arrastrándose después de la última juerga.

—No tengo un chavo —confesó Ana, agobiada.

A su amiga aquella confesión no pareció preocuparle lo más mínimo.

—Tú déjame a mí. No te cobrará.

—¡Genial! Y ahora, para que os animéis del todo, os voy a contar mi última aventura —anunció Ángela para distender el ambiente, al tiempo que daba unas palmadas para llamarnos la atención. A la pobre Ángela, que era tremendamente despistada y miope (casi nunca llevaba las gafas puestas porque su madre insistía en que, si las usaba a todas horas, se le quedaría la mirada triste), le pasaban las cosas más descabelladas—. Veréis, el otro día caminaba por la sección de señoras de El Corte Inglés y, de repente, veo a una tía con cara de malas pulgas que viene derecha hacia mí. Se quitará, me digo. Pero la tipa caminaba, decidida, y se acercaba cada vez más. Se quitará, me repito. Nada. La muy guarra seguía avanzando hacia mí como un kamikaze, pero ya me conocéis, yo nunca digo que no a un desafío, así que seguí en línea recta, dispuesta a no ser yo la que cediera...

—¿Y se quitó la muy chula? —preguntó Ana con los ojos muy abiertos.

—¡Qué va! De pronto, me di un viaje tremendo contra un espejo de cuerpo entero que había pegado a una columna.

—¡Dios, Ángela, eres la repanocha! —Nuestras carcajadas resonaron hasta en la otra punta del restaurante. Isabel casi se cayó de la silla, mientras Ana se retorció en la suya. Todavía llorando de risa, me comí el último trozo de codillo.

—¿Pero por qué no te pones unas lentillas de una puñetera vez? —le preguntó Isabel por enésima vez.

Ángela hizo un gesto evasivo con la mano.

—Ya te he dicho mil veces que me da pavor olvidarme de quitármelas por la noche, que se me queden pegadas al ojo y que luego tengan que operarme para separármelas de la córnea.

—Creo que serías la primera persona en el mundo a la que le pasara algo parecido, pero allá tú si prefieres irte chocando con los espejos. Pedimos un postre, ¿no?

—Desde luego, Natasha, tiene razón Isabel, como te vea tu don Jorge zampando va a salir corriendo —dijo Ana, mirándome con el ceño

fruncido.

—Repito que no es *mi* don Jorge. ¡Qué manía!

—Bueno, chicas, yo también tengo novedades —soltó de pronto Isabel, muy seria.

En el acto se hizo un silencio absoluto y esperamos, expectantes, a que continuara.

—Estoy... ¡Estoy embarazada de tres meses y medio! —anunció, emocionada, y las cuatro nos pusimos a gritar como *groupies* histéricas.

Definitivamente, les estábamos dando la cena al resto de los comensales; por fortuna, el encargado del restaurante nos conocía desde hacía años y no nos echó a la calle a patadas. Aprovechamos el feliz acontecimiento para pedir un par de botellas de cava —la futura madre tuvo que conformarse con brindar con mosto— a las que siguieron unas cuantas copas más, y todavía no sé cómo logré volver aquella noche a mi casa.

Cuando, unos días después, comenzaba a recuperarme de la resaca infernal —cada vez me costaba más volver a mi ser después de una noche de desenfreno, está claro que la edad no perdona—, ingresaron a la hermana de María Ibáñez en el hospital y la pobre, angustiada, me suplicó que le hiciera un favor.

—Lo que quieras.

—Verás, yo me ocupo de regar las plantas de don Jorge mientras está fuera, así que, si no te importa, vas a su casa, ventilas un poco y riegas la jardinera que hay en el salón y la de su dormitorio. También tienes que recoger el correo del buzón y ponerlo en una bandeja que hay en el recibidor. Toma, las llaves. No te importa ¿verdad? —Dejó un llavero sobre la mesa.

—*No problem.*

—Gracias, Natasha, me voy corriendo al hospital. —La pobre sonaba de lo más acongojada.

—¿Es grave? —pregunté, preocupada.

—Le ha dado una hipoglucemia. No es la primera vez que le ocurre, es muy descuidada con su diabetes y me trae por la calle de la amargura. Ella es soltera, como yo, así que soy el único familiar que tiene en el mundo.

Mientras hablaba empezó a recoger lo que había en su mesa, pero

cuando vi que metía en el bolso el tarro de los clips, y un cenicero que no sé por qué tenía encima de su mesa, decidí tomar cartas en el asunto.

—Para, María, que estás como una moto. —Le quité el bolso, saqué las llaves de la casa del señor Anglada, pues, sin darse cuenta, las había guardado de nuevo, los clips y el cenicero, y le metí el móvil que había estado a punto de olvidarse.

—¡Gracias, Natasha, eres un ángel! Menos mal que estás aquí.

—Anda, anda, que no me has pedido nada del otro jueves, venga, vete ya. ¡Espera! Tu chaqueta. —Le tendí su vieja chaqueta de lana y se fue corriendo hacia el ascensor, poniéndosela del revés por el camino.

Unas horas más tarde, al salir de la oficina, me dirigí al portal contiguo. En el llavero había una etiqueta que ponía 4º C. Por un momento, me pregunté si el señor Anglada no tendría una alarma conectada pero, por fortuna, cuando abrí la puerta blindada no me saludó ningún pitido estridente.

Dejé las cartas que había recogido del buzón en la bandeja que me indicó María y miré a mi alrededor con curiosidad. Los techos del piso eran altos y estaban adornados con molduras antiguas de escayola. Las paredes, pintadas de blanco y decoradas con enormes lienzos cubiertos de manchas de colores que imaginé que serían de algún pintor conocido, contrastaban con el oscuro parqué que crujía al pisarlo. Al contrario de lo que ocurría en mi piso, que comenzaba a estar atiborrado de cachivaches, el estilo que imperaba en el hogar de mi jefe era minimalista. Entré en el salón y abrí de par en par las altas ventanas francesas que daban a sendos balcones. Los muebles eran escasos y muy modernos, de un estilo que a mí me parecía algo frío. El espacio resultaba impersonal, por eso me sorprendía aún más que el señor Anglada tuviera plantas por las que se preocupaba.

En la cocina encontré una regadera de plástico sobre la flamante encimera de Silestone blanco. Los muebles de acero relucían como si nadie los hubiera estrenado aún. Aproveché y abrí un par de armarios para cotillear: sartenes, cacerolas... todo parecía recién comprado. También inspeccioné la nevera —un electrodoméstico de lo más revelador— sintiéndome Colombo en plena investigación y hasta bizqueé un poco para meterme bien en el papel. Media docena de huevos, unas hojas de lechuga envueltas en papel film y un trozo de queso brie; en fin, todo lo necesario para recibir una visita sorpresa.

Al terminar mi tour fisgón, llené la regadera, regué las macetas de los

dos balcones y luego fui a buscar el dormitorio. El piso no tenía más habitaciones que el de la calle Arrieta, pero en cada uno de sus cuartos podían caber, cómodamente, tres de los míos. El dormitorio era austero y muy masculino; con masculino quiero decir absolutamente aburrido. No había nada personal en esa habitación salvo una enorme cama de dos por dos. Ni una foto —ni siquiera de la misteriosa señorita Navarro—, nada capaz de estimular un poco la imaginación de una chica con inquietudes como yo. Sobre la mesilla dos libros: *Los ensayos*, de Montaigne, y la última de Stieg Larsson. Ambos tenían una señal colocada más o menos en la mitad.

«Interesante —pensé—, así que es de esas personas a las que les gusta leer dos libros a la vez».

En eso se parecía a mí; uno más profundo para leer, poco a poco, y uno ligero para quitarme las telarañas del anterior. Jorge Anglada y yo ya teníamos algo en común. Hice acopio de toda la integridad de la que pude echar mano y vencí la tentación de abrir los cajones de la mesilla y las puertas del armario. Reconozco que me costó lo mío, pero resistí y resistí hasta que llegué al baño —un auténtico spa con luz natural— y ahí, por fin, me rendí a mis más bajos instintos.

Como una ladrona, miré a ambos lados para cerciorarme de que nadie me veía y corrí una puerta de cristal al ácido tras la que se ocultaban los útiles de aseo de Jorge Anglada. Bueno, tampoco había descubierto la tumba de Tutankamon: cepillo y pasta de dientes, una maquinilla y gel de afeitar, un cortauñas, desodorante en spray, ningún perfume —eso me gustó. En general, no soportaba las colonias masculinas—, recambios de champú, gel y papel higiénico... En resumen: nada de nada. El señor Anglada parecía un hombre sin secretos y eso en sí ya resultaba de lo más misterioso.

De repente, me pareció escuchar el sonido de la puerta principal al cerrarse. Asustada, busqué en el armarito cualquier cosa que me pudiera servir como arma y cogí el desodorante. Parapetada tras el tubo y con el dedo sobre el tapón, listo para disparar, salí con precaución del baño y me pegué al tabique del dormitorio. Me sentía como un miembro de los S.W.A.T haciendo una redada en un piso lleno de narcotraficantes. Sin abandonar la protección que me brindaba la pared a mi espalda, me deslicé pegada a ella y me asomé al pasillo. El dichoso parqué gemía más que un bebé recién nacido, así que me quité los zapatos de tacón y, medio

patinando para no hacer ruido, fui acercándome hasta el recibidor, de donde procedían los ruidos extraños. En un momento dado, se me engancharon las medias en uno de los tablones y me acordé del padre de todos los cacos del mundo. ¡Las medias iban a ser mi ruina!

Desde mi posición, vi el perfil de un hombre de aspecto infame reflejado en el espejo de la entrada. Su pelo castaño, decolorado por el sol, estaba muy revuelto, y la descuidada barba de náufrago —aunque unos veinte centímetros más corta— enmascaraba unos rasgos requemados por el sol. Una camiseta, de un azul marino desvaído y con algún que otro desgarrón, cubría sus anchos hombros. Aterrorizada, llegué a la conclusión de que un vagabundo se había colado en el piso del señor Anglada y su cuerpo, tamaño XXL, se interponía entre yo y la libertad. Temblando de miedo, me aferré más fuerte al bote de desodorante, elevé una plegaria a mis antepasados cosacos para que me dieran valor y, de un salto, me planté en mitad del recibidor y rocié los ojos del intruso con el spray.

—*Towanda!* —grité con toda la fuerza de mis pulmones, mientras vaciaba el cargador (desde luego, si hubiera sido un revólver le habría dejado como un colador).

—¡¡Argh, joder!! ¡Me cago en la leche! —El hombre se frotaba los ojos con saña, retorciéndose por el escozor.

A pesar de que nunca antes había oído ese tipo de expresiones en su boca, reconocí esa voz en el acto; pero antes de que pudiera decir ni mu, mi jefe, medio ciego y todo, se abalanzó sobre mí, me tiró al suelo y se sentó a horcajadas sobre mi pecho sujetándome las muñecas por encima de la cabeza con una de sus manos. Boqueando como un pez fuera del agua, intenté que el oxígeno volviera a introducirse en mis pulmones, pero el tipo pesaba una tonelada, y a mí ni siquiera me quedaba aliento suficiente para hablar.

Incapaz de separar los párpados pegados por el pringue, el señor Anglada utilizó la mano que tenía libre para palpar mis facciones, en un intento de adivinar por el tacto quién o qué era yo. Rozó mi frente, mi nariz, luego pasó sus dedos por mis labios, como si quisiera calcular su grosor; por un momento, deseé abrir la boca y chuparlos lentamente, pero descarté ese pensamiento traicionero en el acto. Luego su mano, grande y caliente, se deslizó por mi garganta y, durante un tenso segundo, temí que fuera a estrangularme; sin embargo, la mano viajera siguió su camino hasta detenerse sobre uno de mis pechos.

—¿Qué demonios?! —exclamó, enfurecido, aunque sin apartar la mano. Si yo antes no podía respirar, ahora jadeaba aún más que Filípides después de recorrer los cuarenta y dos kilómetros que separan Maratón de Atenas.

—¿Señor Anglada? —Un susurro brotó apenas de mis labios, mientras trataba de ignorar el intenso calor que desprendían aquellos dedos, que traspasaba la fina tela de mi blusa.

—¿Natasha...? ¡Tenía que ser usted! ¡Desde luego, no hay boda sin la tía Juana!

La verdad es que me pareció un refrán de lo más ordinario, pero no dije nada. Por fin, su mano abandonó ese lugar tan inconveniente de mi anatomía y mi respiración se normalizó un poco. Sin dejar de frotarse los ojos, clavó los dedos que tenía libres en mi brazo con una fuerza considerable y me obligó a ponerme en pie. No protesté por el daño que me hacía —imaginé que era mi justo castigo—, simplemente, me limité a suplicarle, una y otra vez, que me perdonara, al tiempo que retorció mis manos con nerviosismo.

—De verdad que lo siento, señor Anglada, venga conmigo, por favor, lo llevaré al baño para que se eche agua fría en los ojos.

Mi jefe dejó que lo guiara hasta el cuarto de baño, sin parar de mascullar entre dientes; por fortuna, no logré entender nada de lo que decía. Cuando llegamos, lo coloqué frente al lavabo y abrí el grifo del agua fría. Intenté ayudarlo, pero me apartó en el acto como quien aparta una mosca molesta y no me quedó más remedio que quedarme ahí, sin hacer nada, viendo cómo se aclaraba los ojos una y otra vez. Por fin, levantó la cabeza y se miró en el espejo.

—Creo que esta vez no me quedaré ciego, pero ha estado cerca.

—Yo... lo siento mucho. —El blanco de sus ojos ya no merecía ese nombre, ahora estaba tan enrojecido que me escocía hasta mirarlo.

—Deje de decir eso y explíqueme por qué demonios me ha atacado con... —Tomó el bote, casi vacío, que aún estrechaba contra mi pecho y le echó un vistazo—. Mi desodorante.

—Verá, señor Anglada, hoy ingresaron a la hermana de María en el hospital y ella me pidió que viniera a regar las plantas, recoger el correo y airear un poco la casa. No puede imaginarse lo que he sentido cuando oí abrirse la puerta y luego... perdone que sea tan sincera, señor Anglada, pero con esas barbas y las pintas que lleva le tomé por un hombre sin hogar...

—Un vagabundo, vamos —aclaró él sin quitarme los ojos de encima,

por lo que no se perdió ni una gota del chorro de sangre que afloró a mi rostro.

—Sí... lo siento —repetí por enésima vez.

—¡Menudo recibimiento! —exclamó y salió del cuarto de baño, conmigo marchando detrás como un manso corderito—. Después de más de doce horas de viaje agotador, llego a Madrid y ¿qué es lo que me encuentro? Nada menos que a una directora financiera semienloquecida que me ataca con mi propio desodorante. A esto le llamo yo llegar y besar el santo.

«Joder con el refranero», pensé, fastidiada, aunque, por supuesto, en esta ocasión tampoco dije nada.

—Estaba soñando con tomar una ducha y comer algo —prosiguió con sus quejas.

—Yo... yo le prepararé la cena, señor Anglada. —Al instante, me sentí feliz de poder ser útil después de la que había armado—. Hay huevos en la nevera, le haré una tortilla francesa. Me salen riquísimas, de verdad, y... usted, mientras tanto, puede ducharse y así se relaja un poco...

«Que buena falta le hace», añadí para mis adentros.

—Hmm. —Me miró con sus ojos rojos de cobaya, como si la idea le resultase atrayente, pero no estuviera muy seguro de si podría fiarse de mí.

—En serio, señor Anglada, vaya a ducharse y no se preocupe por nada; en cuanto salga, le estará esperando una apetitosa cena.

—Está bien, señorita Poliakova, confío en que no prenderá fuego a la cocina ni nada parecido. —Al ver mi expresión avergonzada pareció apiadarse de mí y, tras rozar con su dedo índice mi enrojecida mejilla en una leve caricia, se alejó en dirección al cuarto de baño.

Capítulo 8

Vaya par de... pies

A toda prisa fui a la cocina, rezando por estar a la altura del desafío. Nunca había preparado una cena con menos ingredientes al alcance de la mano, pero era una buena cocinera, así que improvisaría. Saqué de la nevera los huevos y el trozo de queso. La lechuga estaba completamente pocha, así que la tiré al cubo de la basura. En uno de los cajones encontré tres tomates solitarios que, quitando algunas partes, aún se podían comer.

Al poco tiempo, tenía ante mí una bandeja con una esponjosa tortilla de cuatro huevos, una ensalada de tomate y una barra de pan que había descongelado en el horno. Aproveché para abrir una botella de vino tinto de las muchas que guardaba mi jefe en una pequeña vinoteca, di un paso hacia atrás para contemplar mi obra y me besé a mí misma mentalmente.

—Huele muy bien. —La voz profunda y algo rasposa del señor Anglada me sobresaltó y a punto estuve de tirar la servilleta limpia que acababa de sacar de un cajón.

Con rapidez me volví a mirarlo. Se había puesto unos vaqueros y una camisa de manga larga que no se había molestado en remeterse por la cintura y estaba descalzo. Al ver aquellos pies grandes, de largos dedos y uñas bien cuidadas —ya había tenido que enfrentarme, cara a cara, con más de un mejillón a lo largo de mi vida—, me sentí un poco mareada; casi como si lo hubiera pescado medio desnudo. Mi interés por los pies masculinos tenía mucho de fetichista y debía reconocer que los de mi jefe eran absolutamente perfectos.

No se había afeitado y su aspecto salvaje, tan diferente del pulcro señor Anglada que veía a diario en la oficina, me parecía, cuando menos, inquietante. La situación empezaba a ser demasiado íntima para mi tranquilidad. Ahí estábamos los dos solos, en su casa, yo preparándole la cenita y él... descalzo.

—En fin, será mejor que me vaya. —Mis palabras me sonaron un poco faltas de aliento.

—¿Se va? Le agradecería que compartiera mi cena, Natasha, no me gusta comer solo. Así podrá ponerme al día de las novedades de la oficina.

—Yo...

—¿Ha quedado con alguien? —Su mirada turquesa no se apartaba de mí.

—La verdad es que no, pero...

Me di cuenta de que me estaba comportando como una colegiala temerosa de que la sedujeran. Así que, con decisión, puse un plato, copa y cubiertos en otra bandeja y lo acompañé al salón. Nos sentamos frente a frente en la mesa de acero y cristal del comedor. Mi jefe partió la tortilla y sirvió la mitad en mi plato, añadió un poco de ensalada y me llenó la copa de vino.

—Muchas gracias. Ya no tiene usted los ojos tan rojos —comenté tratando de apaciguarlo por si seguía enfadado.

—¿No? Pues siento como si los tuviera llenos de chinas del tamaño de pelotas de petanca.

Azorada, me llevé la copa de vino a los labios y le dí un buen trago.

—Hmm. Exquisita. Es usted una gran cocinera, Natasha —declaró, masticando despacio.

—Bueno, es solo una tortilla, pero reconozco que me gusta cocinar. Mi madre me enseñó cuando era una niña y, de vez en cuando, preparo alguna cena para mis amigos. —Me metí un trozo en la boca y me felicité; en efecto, estaba deliciosa.

—La verdad es que usted es una caja de sorpresas. Eso sí, algunas mucho más agradables que otras... —Una vez más, sus ojos disparaban dardos de burla a discreción.

De nuevo, caí en la cuenta de que estábamos los dos solos en su casa, cenando mano a mano en su moderna mesa de comedor y él... descalzo. Bebí más vino para evitar que me temblasen las manos.

—Quizá debería ponerse unas zapatillas o... algo. Puede enfriarse. —Como si se diera cuenta de mi turbación, se miró los pies a través del cristal de la mesa.

—¿Le molesta?

—No, no, claro que no —contesté en el acto.

—Me gusta andar descalzo por la casa.

—Sí, claro, es su casa. Por supuesto que puede hacer lo que le dé la gana. —Tragué saliva un par de veces y cambié de tema—: ¿Qué tal su viaje a Chile?

—Ahora muy bien. Las obras de la presa en el río San Pedro casi están terminadas, pero ha sido un proyecto muy accidentado. Venga, nos tomaremos el vino en el sofá.

Recogió las bandejas y fue a la cocina, de donde volvió con una bolsa de nueces, dos cuencos y un cascanueces. Él abría las cáscaras con las manos

y yo prefería utilizar el cascanueces. La mezcla de frutos secos y vino era exquisita, y noté que empezaba a sentirme agradablemente relajada.

—¿Por qué ha sido tan accidentado? —pregunté, curiosa.

—Los ecologistas, los pescadores y hasta el club de kayakistas de la zona no han parado de protestar por la construcción. Hemos sufrido el sabotaje de varias máquinas, nos han robado herramientas, un par de operarios resultaron heridos en una pelea en el bar de la población más cercana... en fin, ha sido complicado.

Cansado, recostó la cabeza en el blando respaldo del sillón y cerró los párpados, al tiempo que estiraba sus largas piernas sobre la mesa de centro. Tratando de apartar mi mente de aquellas fascinantes extremidades, enfundadas en unos desgastados vaqueros que se adaptaban a ellas que daba gusto, comenté:

—Por eso tiene usted ese aspecto de forajido de leyenda. —Me mordí la lengua en el acto, pero era demasiado tarde.

—Vaya, Natasha, muchas gracias. —Abrió los párpados, perezosamente, y me miró—. Llevo casi tres semanas viviendo en un barracón sin agua corriente ni electricidad, bañándome en el río y asando salchichas en una fogata.

Le miré horrorizada, yo no aguantaría en esa situación ni cinco minutos. De repente, se me ocurrió una idea terrible.

—Cuando vayamos a Dubai iremos a un hotel normal y corriente, ¿no?

El señor Anglada se incorporó y sus ojos turquesa centellearon al percibir mi malestar.

—¿No preferiría alojarse en una jaima blanca, llena de coloridas alfombras persas y mullidos almohadones de seda, en mitad de un desierto sin fin mientras contempla las maravillosas puestas de sol y la brisa arrastra hasta su nariz misteriosos perfumes de Oriente?

Casi podía ver el mágico escenario que su voz, profunda y un poco ronca, conjuraba ante mis ojos. Comencé a salivar imaginando a un jeque de brillantes ojos azules, con su resplandeciente *hatta* blanco ondeando al viento, haciéndome una apasionada visita nocturna, mientras yo le esperaba recostada sobre esos mullidos almohadones, vestida como una bailarina de las mil y una noches. Tuve que hacer un gran esfuerzo, pero logré sacudirme el hechizo y contesté con firmeza:

—Yo no voy a ningún sitio en donde no haya un cuarto de baño como Dios manda.

Mi jefe echó la cabeza hacia atrás y empezó a rugir de risa. Definitivamente, no conseguía explicarme qué veía en mí ese hombre que le resultaba tan gracioso, pero no pude evitar mirar esa fuerte garganta morena con ganas de... de...

—No se preocupe, Natasha —respondió, enjugándose las lágrimas—, le prometo que iremos a un hotel decente.

Me sonrió y me quedé atrapada en su sonrisa. Asustada por mi debilidad, decidí que ahora sí que había llegado el momento de marcharse.

—Bueno, tengo que irme y usted tiene que descansar —afirmé con decisión, al tiempo que me levantaba del sofá y cogía mi bolso.

Por fortuna no intentó disuadirme, porque las cuatro copas de vino que llevaba en el cuerpo hubieran hecho difícil resistirme mucho tiempo. Tan educado como de costumbre, me acompañó hasta la puerta y la sostuvo entreabierta mientras nos despedíamos.

—Buenas noches, señor Anglada.

—Creo que después de compartir esta deliciosa cena, que has sido tan amable de prepararme, ya podríamos tutearnos, ¿no crees, Natasha? En pleno siglo XXI resulta un poco raro llamarse de usted, aunque yo sea tu jefe.

—Sí, claro —respondí turbada de una manera absurda.

—Claro, ¿qué?

—Claro, señ... digo, Jorge.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —Espontáneo, se inclinó y me dio un beso en cada mejilla, haciéndome cosquillas con su espesa barba.

Con rapidez, me aparté de él. No me gustaba tenerlo tan cerca... o quizá sí, pero no estaba dispuesta a coquetear con un hombre, mi jefe para más señas, quien, además, tenía novia.

—Adiós. —Jorge Anglada permaneció de pie, mirándome con fijeza, hasta que las puertas del ascensor se cerraron.

Cuando volví a verlo en la oficina, el señor Anglada iba impecablemente vestido y se había afeitado; parecía mentira que él y el individuo de aspecto salvaje que apareció en su piso la noche anterior fueran la misma persona. También me pareció increíble que yo hubiera podido pensar alguna vez que ese hombre había tratado de coquetear conmigo. Nada más impersonal que las pocas frases que me dirigió en todo el día.

«Mejor», me dije a mí misma y me encogí de hombros.

Además no tenía tiempo que perder pensando en tonterías; quedaban poco más de dos semanas para que nos fuéramos a Dubai y todavía tenía un cerro de cosas a las que dar los últimos retoques. El jueves y el viernes el ritmo de trabajo fue frenético y cuando, bien entrada la tarde, pude marcharme por fin de la oficina, me alegró recordar que esa noche nos habían invitado a una fiesta unos antiguos compañeros de facultad de Isabel, que la habían localizado gracias a Facebook.

Al llegar a casa me dí una ducha caliente y me lavé el pelo. Me puse uno de mis vestidos de matar, como los llamaban mis amigas, y calzada con unos tacones interminables y oliendo al delicioso perfume con el que me había rociado generosamente, me dispuse a disfrutar de la noche. Con tanto trabajo como había tenido durante las últimas semanas, tenía la sensación de que hacía siglos que no me divertía.

La fiesta era en un ático en José Abascal y había quedado con Ana —que vivía cerca de mí y que, milagrosamente, había conseguido canguro para esa noche— en que me pasaría a buscar. En cuanto me subí al coche de mi amiga percibí las buenas vibraciones, y no paramos de charlar y reír durante todo el camino. No me sentía tan animada desde mucho antes de conocer a Pancho; era casi como volver a mis tiempos de estudiante en la Complutense.

Cuando llegamos a la fiesta, Isabel y Ángela ya estaban allí con sus respectivos. Imaginé que eso era lo peor del matrimonio; que no te quedase más remedio que cargar durante toda la noche con un individuo con cara de ajo, en vez de poder disfrutar a tus anchas de hombres del tipo vampiro, es decir, alérgicos a ese condimento.

—Qué, Natasha, pillar o morir, ¿no? —me soltó Agustín nada más verme.

Por enésima vez, me pregunté qué pudo ver mi amiga en semejante payaso patético. Ignorándolo olímpicamente, me volví hacia Isabel y le dí dos besos.

—Ja, ja —murmuré en su oído.

—Ya sabes, NPC —contestó mi amiga sin inmutarse.

—¿Qué le has dicho, Isabel? —Se notaba que Agustín estaba a punto de ponerse de morros, pero, como si fuera ignífuga a las chispas que desprendían los estados de ánimo ciclotímicos de su marido, mi amiga le contestó sin cortarse un pelo:

—Le he dicho a Natasha que no te haga ni puto caso, querido.

Su marido se pasó el resto de la fiesta cabreado, pero ninguna de nosotras le prestó la menor atención. Desde luego, era como volver a los viejos tiempos. Las cuatro —perdón quería decir las tres, porque Isabel lo más fuerte que tomó en toda la noche fue una cocacola light, aunque daba igual; sus hormonas estaban tan revolucionadas que parecía que había acaparado el consumo de tripis de la zona—bebiendo como *hooligans* del Manchester y sin parar de vacilar a todo aquel incauto que se acercaba. Hacía tiempo que no me reía tanto.

En un momento en que coqueteaba con un antiguo compañero de carrera —antiguo admirador, para más señas, y de los pocos que aún conservaban el pelo—, al que no había vuelto a ver desde entonces, noté un golpecito en la espalda. Me volví pensando que sería una de mis amigas y a punto estuve de derramar la copa que sostenía en la mano de la impresión.

—Señor Anglada! —exclamé, estupefacta; era la última persona con quien pensé que me encontraría esa noche.

—¿No habíamos quedado en que me llamarías por mi nombre? —me preguntó enarcando una ceja con fingido enfado.

—Cierto, Jorge. —Me golpeé la frente con un gesto exagerado—. Por un momento lo había olvidado.

De repente, me sentía exultante y lo achaqué a los dos rones con cocacola que me había tomado. Nos quedamos ahí parados, sonriéndonos el uno al otro hasta que mi antiguo admirador de la facultad, con el que hasta ese instante había estado tonteando sin pudor, hizo notar su presencia. En un abrir y cerrar de ojos, el pobre hombre pasó de ser un tipo simpático a ser un auténtico petardo, y me pregunté qué demonios hacía perdiendo el tiempo con un tío que seguía contando los mismos chistes que cuando teníamos veinte años. Muy a mi pesar, no me quedó más remedio que presentarlos:

—Jorge Anglada, Teo Bárcenas.

Los dos hombres se dirigieron un frío saludo y, en ese momento, una mano de largas y afiladas uñas de bruja, se posó sobre la camisa azul claro que cubría el antebrazo de mi jefe.

—Jorge, cariño, es increíble la de gente sorprendente que puedes llegar a encontrarte en una fiesta como esta; pero, gracias a Dios, creo que ya he terminado de saludarlos a todos. —Unos ojos, claros y fríos, se posaron con curiosidad sobre mí—. ¿Me presentas a tus amigos?

—Por supuesto. Marcela Navarro, Natasha Poliakova y su amigo Teo Bárcenas. Natasha es la directora financiera de mi empresa.

—¿En serio? —Sus ojos azules eran ahora dos cubitos de hielo; estaba claro que el anuncio no le había hecho ninguna gracia.

—En serio —contesté, dirigiéndole una sonrisa ingenua.

Desde luego, qué pequeño es el mundo. Resultó que la novia de Jorge Anglada era de la misma promoción de derecho en la Autónoma que Isabel. Marcela Navarro me cayó fatal desde el segundo en que percibí esas uñas rojas reptando por el brazo del señor Anglada —en ese mismo instante decidí que, en mi interior, él sería siempre para mí el señor Anglada; cuantas menos familiaridades me tomara con él, aunque fueran mentales, mejor que mejor—, y deslicé mis ojos por aquella melena, rubia y brillante, que su dueña insistía en apartarse de la cara con un ademán que me pareció muy poco natural.

La señorita Navarro pertenecía a ese tipo de mujer, bajita y curvilínea, que despertaba en los hombres un fuerte instinto protector; como si, por el solo hecho de estar a su lado, ellos se convirtieran automáticamente en todo un sir Galahad o, para poner un ejemplo más de esta época, en un Schwarzenegger atiborrado de anabolizantes.

Una auténtica pedorra, vamos.

La euforia que había sentido durante la noche desapareció de golpe y, de repente, me sentí más sobria que un talibán en la Meca.

—¿Quieres otra copa, Natasha? ¿Vosotros queréis algo? —Teo pareció leer mi mente o quizá es que estaba deseando alejarse de un posible rival.

«Rival, ja», pensé. Marcela Navarro era de las pocas mujeres que conseguían minar mi, por lo general, elevada autoestima. A su lado me sentía demasiado alta y un poco hombruna; más del tipo de mujer de pelo en pecho que conduce un camión de cien toneladas.

—¡Una Hendrick's con tónica Fentimans!

—¡Ron con cocacola!

Pedimos la divina y yo al mismo tiempo.

—Yo te ayudo, Teo. —El señor Anglada se largó con él, y la vampiresa liliputiense y yo nos quedamos mirándonos con manifiesta aversión.

—Jorge es un encanto. Siempre está pendiente de mis menores deseos —afirmó, mientras inspeccionaba una de sus uñas interminables.

—Me alegro por ti. Desde luego no está nada mal... como jefe, quiero decir —comenté con un tono de lo más inocente.

—No creo que pase mucho tiempo antes de que hagamos un anuncio —contraatacó ella, al tiempo que me dirigía una sedosa sonrisa que apenas ocultaba sus afilados colmillos.

—¿Estás embarazada?! —pregunté abriendo mucho los ojos.

—Por supuesto que no —contestó, indignada—, me refería a un tipo de anuncio completamente distinto.

—Ahh... —Esa era mi expresión favorita cuando quería parecer especialmente aguda.

Me imagino que la tipa se dio cuenta de que me estaba riendo de ella, porque cualquier rastro de falsa amabilidad se borró de sus rasgos y, mirándome con auténtico odio, siseó:

—No permitiré que una buscona como tú se interponga entre nosotros. Desde el primer momento he sabido de qué pie cojeas.

—¿Del derecho? ¿O es del izquierdo?

—Muy graciosa. —De repente, su expresión cambió drásticamente una vez más y se tiñó de una dulzura tal que Teo, que volvía con las bebidas, tropezó y estuvo a punto de derramarlas sobre mi vestido.

Detrás venía Jorge con otras dos copas:

—Lo siento, Marcela, es Beefeater con Schweppes, no había otra cosa. —Me dieron ganas de lanzar una carcajada, pero me contuve, a pesar de lo cual, el señor Anglada me miró de una forma extraña.

La tensión podía palpase en el ambiente, así que tras unos minutos de charla insustancial nos despedimos. Durante el resto de la noche fui consciente en todo momento de dónde se encontraban mi jefe y su pareja. Los veía charlando, muy animados, y cada vez que el señor Anglada se reía de algo que le contaba la otra, me ponía enferma. Sorprendida por mi estúpida actitud, traté de parecer tan alegre y despreocupada como hasta hacía poco rato, pero no lo debía estar haciendo muy bien porque Ángela, preocupada, me preguntó:

—¿Te pasa algo? Estás muy callada.

—No me pasa nada; bueno, me duele un poco la cabeza —mentí.

—¿Y qué tal tu fantasma del pasado? —Angelá señaló con un gesto de la cabeza a Teo, que en ese momento le estaba pidiendo otra copa al camarero encargado de las bebidas.

—No sé —respondí con un encogimiento de hombros, aunque lo sabía muy bien; Teo no me interesaba lo más mínimo, a pesar de que cuando estudiábamos juntos en la facultad hubo una época en la que me hacía un

poco de gracia—. Tengo la sensación de que me he pasado de frenada con mi régimen bajo en calorías masculinas, creo que ahora padezco anorexia sentimental.

Ángela lanzó una carcajada:

—No caerá esa breva!

—¡Por Dios, qué dicho más vulgar, no aguanto los refranes! —protesté—. Pero lo digo en serio, hace tanto tiempo que no me siento atraída por ningún tío que si no fuera porque las mujeres me dejan fría, pensaría que me he vuelto lesbiana.

—No creo que corras peligro en ese sentido. —Ángela me dio unas tranquilizadoras palmaditas en la espalda. En ese momento, aparecieron Isabel y Ana, moviéndose enardecidas al ritmo de la música.

—Pero ¿qué hacéis ahí como dos pasmarotes? ¡Vamos, venid a bailar!

—¡Eso a bailaaarrrr! —gritó Ana como si fuera el eco o, más bien, una motocicleta intentando arrancar.

—No, gracias, será mejor que vuelva con Juan y tú, Isabel, creo que también deberías hacerle un poco de caso a tu marido. Por la cara que tiene Agustín, creo que esta noche vas a tener *jari*.

—*Jari, jari how you thrill me, ah-hah...!*

Como si les hubieran apretado el botón de encendido, Isabel y Ana empezaron a cantar a la vez una pseudocanción de Abba, acompañándose de una demencial coreografía setentera. Definitivamente, la una estaba hasta arriba de alcohol y la otra de hormonas y, a pesar de saber que más tarde a Isabel no le iba a hacer tanta gracia el asunto, Ángela y yo nos partíamos con sus chorradas. En ese momento, Teo me agarró del brazo y me apartó del escandaloso grupo.

—Natasha, tú y yo tenemos algo pendiente —susurró acercándose mucho a mi oreja, al tiempo que pasaba un brazo por mis hombros. Él también parecía haber bebido más de la cuenta.

—No creas, Teo —contesté y me aparté con firmeza.

—Venga, no te hagas la estrecha, ya vas siendo mayorcita y esos juegos no me van. —De nuevo, me agarró de la cintura y me apretó con fuerza contra sí. Aunque no me veía a mí misma, sabía que una vena hinchada, del tamaño de un macarrón, me latía en la sien. De un fuerte empujón, le aparté de mí con cara de asco.

—Qué quieres decir con eso, ¿eh? ¿Que porque, por decisión personal, no tengo novio a los treinta y un años debo estar desesperada y estoy poco

menos que obligada a enrollarme con el primero que me lo pida? ¿Es eso lo que me quieres decir? —Apenas podía articular bien las palabras de lo rabiosa que me sentía.

—No, claro que no. Pero reconócelo, Natasha, a ti siempre te ha gustado calentar a los tíos.

Si en ese momento, Isabel y Ángela no me hubieran sujetado, me habría lanzado sobre él y le habría sacado los ojos con las uñas.

—No merece la pena, es un idiota. —Trató de tranquilizarme Ángela.

—Tú, largo de aquí. Estoy harta de ver tu cara de culo. —Teo captó al vuelo la amenaza real que subyacía bajo las amables palabras de Isabel y huyó despavorido.

Desde donde me encontraba, noté que la odiosa Marcela Navarro lo había oído todo. La malicia brillaba en sus ojos azules de muñeca y vi como le susurraba algo al señor Anglada al oído.

—No sé por qué nos toca lidiar siempre con los más estúpidos —comentó Ana filosóficamente, luego le dio un largo trago a la copa que llevaba en la mano, entornó los ojos pensativa, y añadió—: Me pregunto si nuestros cuerpos excretan unas feromonas especiales que los atraen...

—Sí, la cosa es digna de estudio —afirmé, al tiempo que le arrebatava la copa con un movimiento fluido.

—¡Eh! —intentó protestar mi amiga.

—Ya has bebido más que suficiente por esta noche. Ahora mismo nos vamos, y vete aflojando las llaves porque conduzco yo.

Isabel y Ángela estuvieron de acuerdo en que ya iba siendo hora de echar el cierre. Sus maridos hacía rato que las miraban con caras largas, y eran conscientes de que todavía tendrían que capear cada una su propio temporal en cuanto llegaran a casa.

Mientras conducía en silencio —Ana había entrado en coma en cuanto se subió al coche—, percibí que no quedaba ni rastro de alcohol en mi sangre. Me sentía más serena que nunca mientras repasaba los acontecimientos de la noche. No entendía por qué me sentía tan deprimida, ¿era por la espantosa escena que había montado mi antiguo compañero? Justo en el instante que me hacía esa pregunta supe que había llegado el momento de dejar de engañarme a mí misma. Si estaba desanimada era por haberme encontrado en la fiesta con el señor Anglada y su novia.

Está bien, lo reconocía, ese hombre me gustaba; hasta qué punto, eso ya no era capaz de determinarlo, pero estaba casi segura de que no podía ser

nada grave. Al fin y al cabo, mis enamoramientos siempre habían sido superficiales y pasajeros. En otras circunstancias, me habría liado con él durante unas semanas y me lo habría quitado de la cabeza en un abrir y cerrar de ojos, pero, como era mi jefe, no me quedaba más remedio que considerarlo territorio tabú. Con decisión, detuve el coche frente a la casa de Ana.

—El servicio de radio-taxi ha llegado a su destino —vociferé haciendo que se despertara, sobresaltada.

—¿Se puede saber por qué gritas? —preguntó mi amiga en un susurro, mientras se apretaba la cabeza con ambas manos.

—Hemos llegado a tu casa. ¿Cómo vas? ¿Quieres que suba contigo y pague yo a la canguro?

—No, no hace falta —respondió en voz muy baja, como si cualquier tono que se elevara por encima de ese registro fuera a hacer saltar el mundo por los aires.

—Te dejo el coche aquí aparcado, toma las llaves. —Se las tendí.

—¿Por qué no te lo llevas tú? Es muy tarde para buscar un taxi.

—Mañana lo necesitarás para llevar a tu hijo a las quinientas actividades que seguro que tiene programadas. —Noté cómo se estremecía solo de pensarlo—. No te preocupes, he visto varios taxis vacíos.

La acompañé hasta el portal y, algo más tranquila al ver que al tercer intento conseguía girar la llave en la cerradura y abrir la puerta, me dí la vuelta y paré un taxi que en ese momento pasaba por ahí. Tres cuartos de hora después, estaba acostada en mi cama y seguía dándole vueltas al tema Anglada:

«Pros: es guapo, tiene buen cuerpo y es un encanto. Contras: aprovecha la menor oportunidad para reírse de mí, tiene novia, y, lo peor de todo, es mi jefe; con plenos poderes para ponerme de patitas en la calle a la primera discusión y a mí me encanta mi trabajo. Conclusión: lo mejor es olvidarme de él, así que se levanta la veda y me doy permiso a mí misma para enamorarme de otro hombre que me convenga más», casi pude escuchar el golpeteo del mazo del juez. Muy satisfecha por la decisión que había tomado, agarré la almohada con fuerza y me quedé dormida al instante.

Capítulo 9

Una visita inesperada

El timbre del portero automático hizo que me despertara con el corazón en la boca.

«Las diez y no he oído el despertador», me dije, arrojando las sábanas a la otra punta de la cama antes de tirarme en plancha al suelo. Pero, justo cuando mis pies tocaron las frías tablas de madera, recordé que era sábado y que el día anterior me había acostado a las cuatro de la madrugada. Mascullando improperios contra los malnacidos que despertaban a los ciudadanos de bien los sábados a primera hora sin ningún tipo de consideración, me dirigí descalza hasta la cocina:

—¿Quién es? —Mi voz sonó como el graznido de un cuervo.

—Perdona que te despierte, soy Jorge.

¡Jorge! ¿Mi Jorge? ¿Qué pretendía ese hombre? Ahora que había decidido apartarlo de mi vida, él parecía decidido a lanzarse de cabeza dentro de ella.

—¿Jorge? No te habrás confundido de casa, ¿no? ¿Estás seguro de que sabes dónde estás llamando? Soy, Natasha, trabajo para ti...

—Por supuesto que sé a casa de quién estoy llamando, Natasha. —Su ronca carcajada se coló por el teléfono del portero automático provocando que mi *musculus erector pili* empezara a hacer de las suyas—. Ábreme por favor, te aseguro que no te hubiera despertado un sábado a estas horas si no fuera importante.

Sin más, presioné el botón que abría el portal. Por un momento, me planteé arreglarme a toda prisa para recibirlo; pero, al final, me encogí de hombros y decidí que, para matar cualquier tentación que remotamente pudiera albergar en su interior, lo mejor sería que me viera con el aspecto real que presento recién levantada tras una noche de copas. Así que me limité a ponerme sobre el camisón mi batín de seda —una auténtica pesadilla de dragones de colores que mi madre me había traído de un viaje a China— y, sujetándome bien el cuello de la bata para no descubrir ni el más mínimo de mis secretos, abrí la puerta. Allí estaba él con un aspecto impecable, como si hubiera dormido doce horas del tirón, y con ese olor tan suyo, a *after shave* y a limpio, que en otra etapa de mi vida me habría vuelto loca.

—Ya puede ser urgente —mascullé sin importarme lo más mínimo que

me oyera.

—Caramba, Natasha, tienes un aspecto terrible —afirmó muy serio, aunque en la comisura de su boca vibró un músculo delator.

—Muchas gracias —contesté, apartándome la revuelta melena de la cara sin inmutarme—. Te agradecería que me dijeras cuanto antes lo que sea que hayas venido a decirme, para que pueda retomar mi sueño exactamente donde lo dejé.

Mientras hablaba lo conduje al salón; por fortuna, la asistenta había ido el viernes y estaba todo bastante ordenado.

—Me gusta tu casa, me recuerda a ti: exótica y confortable a la vez. — Como quien no quiere la cosa, su mirada resbaló perezosa por mis piernas desnudas. Lo miré con el ceño fruncido; con el señor Anglada nunca estaba segura de si lo que decía tenía un significado oculto o no, pero su expresión era de lo más inocente, así que me limité a gruñir—. Parece que no te levantas de muy buen humor por las mañanas, te vendría bien un café.

—No es necesario —declaré, tajante—, en cuanto te vayas me vuelvo a la cama. No sueñes que me ponga ahora a prepararte el desayuno.

Sin inmutarse ante mi grosería, contestó:

—No te preocupes, yo me ocuparé de todo. Tú siéntate aquí —dijo golpeando el almohadón de uno de los sofás— y enseguida te lo traigo.

Como de costumbre, esa forma de ser suya, tan educada y mandona a la vez, aniquiló en mí cualquier deseo de resistencia. Sin ganas de discutir, me derrumbé sobre el sillón, apoyé la cabeza sobre el respaldo y cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, el genio de la lámpara se inclinaba sobre la mesa para posar una bandeja llena de cosas ricas. Sin mostrarse cohibido en absoluto por las circunstancias, se sentó a mi lado con toda tranquilidad.

—¿Lo quieres solo, cortado, con leche? —preguntó, solícito.

—Con leche por favor. —El olor del café y el aspecto de las tostadas que había preparado me habían abierto el apetito. Después de tomarme dos tazas de café y tres tostadas, me sentía un poco más persona y me recosté en el sillón, satisfecha.

—Menos mal que no querías tomar nada. —Se mofó de mí, una vez más, sin quitarme la vista de encima. Fiel a la resolución que había tomado la noche anterior, no dejé que el brillo turquesa de sus iris me afectara.

—Y no quería, pero en cuanto ponen comida delante de mí no puedo resistirme. Soy como esas personas que han pasado tanta hambre en algún momento de su vida que, en cuanto ven algo de comer, hacen acopio por si

las moscas. Ahora, si no te importa, me gustaría saber qué es eso tan urgente que te hace despertar, sin ninguna consideración, a una de tus pobres empleadas. Una que, para más inri, sabes muy bien que estuvo de fiesta hasta altas horas de la madrugada la noche anterior.

El señor Anglada, impertérrito, se acomodó en el sillón y estiró sus largas piernas.

—Es por el topo.

En el acto, todo rastro de displicencia me abandonó.

—¿El topo? ¿Ha vuelto a atacar? —le pregunté sin aliento.

—Ah, ¿entonces te interesa?

—Jorge, ¿te importaría no comportarte como un niño repelente? — Estaba claro que le había perdido el respeto por completo, pero a él no pareció importarle.

—No, no ha vuelto a atacar desde que tomamos las medidas necesarias para impedir que pudiera copiarse la información directamente desde los ordenadores o enviando archivos a través de la red. Además, hace algún tiempo que, tanto los arquitectos como los ingenieros, trabajan divididos en grupos estancos para impedir que tengan una visión de conjunto. Pero a pesar de todo, estaba preocupado por nuestro proyecto en Dubai. La persona que robó la información con anterioridad parece tener grandes conocimientos de informática.

—¿Crees que va detrás del PD?

—¿Del quién? —preguntó frunciendo el ceño, desconcertado.

—Es el nombre en clave del Proyecto Dubai; me parece que has visto pocas películas de espías —comenté con desdén.

—A mí me da la sensación de que tú, en cambio, has visto demasiadas. Bueno, a lo que iba. No me sentía a gusto con los planos en la oficina a pesar de haber doblado las medidas de seguridad, así que ayer decidí meterlos en un portátil y dejarlo en tu casa.

—¿En mi casa? ¡Estás loco! Yo sí que no tengo ningún tipo de seguridad, ni siquiera tengo una alarma.

—Ya me he dado cuenta y, desde luego, creo que deberías corregir esa imprudencia. Al fin y al cabo, una chica guapa que vive sola es un imán para los psicópatas. —Ahora hablaba completamente en serio, y me alegré de haber tomado la decisión de olvidarme de él para siempre la noche anterior, pues su preocupación me enterneció.

—Gracias por lo de guapa, pero te empiezas a parecer a mi madre —

contesté con aspereza, tratando de disimular mi inesperada debilidad.

—No seas impertinente, Natasha —ordenó muy serio—. Como te iba diciendo, los documentos están encriptados y, aunque eso no garantiza que no vayan a ser descifrados, lo complica todo un poco más. Me sentiré más tranquilo si se quedan aquí, al menos hasta que regresemos de Dubai, así yo podré acceder a ellos sin problemas en cualquier momento.

—Qué emocionante es todo —mis ojos despedían chispas de excitación — y, por supuesto, es todo supersecreto y no puedo contárselo a nadie...

—A nadie —respondió, mostrando esas arruguitas en los ojos que me volvían loca (bueno, puntualicemos: que me hubieran vuelto loca si la noche anterior no hubiera decidido que se acabaron las locuras). Nos quedamos un rato mirándonos en silencio, hasta que el señor Anglada, con visible esfuerzo, apartó los ojos de mí y los dejó vagar por la habitación.

—Y estos ¿quienes son? —Alargó la mano y cogió una foto de la mesa que estaba pegada al sillón.

—Son Jaime y Bea, mis hermanos. Mi madre se volvió a casar muchos años después de que muriera mi padre. La verdad es que ha tenido la suerte de encontrar, por segunda vez en su vida, un gran amor.

Creo que notó la expresión de melancolía que se dibujó en mi semblante.

—Quizá sea porque tu madre es una persona llena de amor, si das amor sueles recibirlo o al menos eso dicen. —El señor Anglada tenía la costumbre de acariciarse la barbilla cuando reflexionaba; un tic que me pareció irresistible—. A lo mejor a su hija le ocurre lo mismo.

—¿Encontrar dos grandes amores? Me conformaría con uno solo, pero la verdad es que soy bastante escéptica. Hace tiempo que pienso que los príncipes azules son solo una leyenda urbana.

—¿Por qué? ¿Has sufrido muchas decepciones? —preguntó sin tratar de disimular su curiosidad.

De repente, fui consciente de que estábamos a solas, repanchingados en el sillón de mi salón y de que yo, por toda vestimenta, lucía un batín y un escueto camisón.

—No creo que este sea un tema adecuado para mantener una conversación jefe-empleada —contesté con un mohín remilgado.

—Tonterías. Hoy es sábado y tú no trabajas para mí, podemos hablar de lo que queramos. —Colocó su brazo a lo largo del respaldo y se volvió hacia mí, esbozando una de sus atractivas sonrisas—. Venga, confiesa, ¿qué hombre te ha decepcionado tanto para que ya no creas en el amor?

Divertida, le seguí el juego.

—No le puedo echar la culpa a ninguno en particular. Más bien debo reconocer que soy yo la culpable. Me enamoro y me desenamoro con tanta facilidad que no puedo creer que nada será eterno.

—Así que confiesas que en el amor eres una veleta. —De nuevo esas arruguitas...

—Me llamo Natasha Poliakova y soy una veleta —respondí, al tiempo que me llevaba una mano al corazón con un gesto dramático.

—En verdad es muy triste. —Sacudió la cabeza con fingido pesar.

Ahora me tocaba a mí.

—Muy bien, señor Anglada, es tu turno. ¿Crees en el amor verdadero?

—Creo.

Le miré sorprendida.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Amor para toda la vida? ¿Contigo o con nadie? ¿Tú y solo tú?

—Creo, firmemente, que hay una mujer destinada para mí en alguna parte —declaró muy serio.

Sacudí la cabeza, desconcertada.

—No te pega nada decir estas cosas. En realidad, nunca había escuchado a ningún hombre afirmar algo semejante. Entonces, ¿no la has encontrado todavía?

—Llevo un tiempo pensando que quizá la haya encontrado al fin —lo dijo de una forma tan tierna que sentí que se me caía el alma a los pies.

—Me alegro por ti.

Dejé que un mechón de mis desordenados cabellos me tapara la cara, para que no pudiera ver mi expresión de repentino pesar y me regañé a mí misma por sentirme tan hecha polvo. Ya había renunciado a él la noche anterior, ¿no? En realidad, me dije, lo que me entristecía era saber que la señorita Marcela Navarro lo había engañado como a un chino. Yo, en cambio, no tenía ninguna duda de que bajo la dulce apariencia de aquella mujer se escondía una arpía fría y calculadora.

—¿Seguro que te alegras? No lo parece. —Aquellos ojos perspicaces no se apartaban de mí, así que me obligué a dirigirle una de mis mejores sonrisas y contesté:

—Pues claro que me alegro, Jorge, aunque confieso que siento cierta envidia. El que crea que no hay nadie especial destinado para mí no quiere

decir que no me haga feliz enterarme de que otros tienen más suerte.

—Ya veo. —Su expresión era indescifrable.

En ese momento, sonó una vez más el telefonillo.

—Caramba, otra visita, qué mañana de sábado tan animada! ¿Quién será ahora? —salté del sillón y fui a averiguarlo.

—Natasha, soy yo, Javier.

Javier. Maldición, había olvidado por completo que habíamos quedado para irnos de tapeo por la zona.

—Javier, perdona, pero me he quedado dormida y todavía tengo que ducharme. ¿Te importa tomarte un café en el bar de Pepe mientras me esperas? —El bar estaba a la vuelta de la esquina; con un poco de suerte, no vería al señor Anglada salir del portal.

—¿No me dejas subir a tu casa? Así que eres una chica anticuada, ¿eh? Creo que me gusta —Cerré los ojos. Si él supiera...—. Está bien, te espero en el bar de Pepe. No tardes.

Con un suspiro colgué el auricular, me volví y descubrí a mi jefe recostado contra el marco de la puerta de la cocina con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Veo que Castro y tú hacéis muy buenas migas. —De nuevo, su rostro permanecía inescrutable.

—Sí, somos amigos. Olvidé que habíamos quedado.

—¿Por qué no le has invitado a subir? Yo ya me iba.

Le miré muy seria.

—No me gustaría que pensara que tengo un lío con el jefe. Esas historias no contribuyen a mejorar el ambiente de una oficina, precisamente.

—Ya veo. —No sé por qué, tenía la sensación de que estaba enojado, lo cual era absurdo—. Está bien, me voy. Esconde el ordenador en algún sitio, por favor.

En silencio, le acompañé hasta la puerta, la abrí y me aparté para que pasara. Durante unos instantes noté que sus ojos se posaban sobre mi pecho y al mirar hacia abajo descubrí la razón. Mi batín se había abierto un poco y la curva de mis senos asomaba por el escote del fino camisón.

Turbada, cerré las solapas de la prenda con el puño.

—Adiós, Jorge —me despedí sin alzar la vista.

Con suavidad, en un gesto que empezaba a ser habitual, me agarró la barbilla entre el índice y el pulgar y me obligó a mirarlo. Su rostro estaba tan cerca que noté cómo se dilataban las aletas de su nariz. Por un

momento, pensé que iba a besarme y la sola idea de sentir sus labios sobre los míos hizo que mi corazón empezara a bombear a la velocidad de una ráfaga de ametralladora.

—Hasta luego, Natasha —susurró con aquella voz rasposa que hacía que se me fuera la cabeza.

Entonces, se inclinó aún más y, muy despacio, me dio un beso —nada que ver con aquellos chasquidos de labios en el aire que la gente suele intercambiar— en cada mejilla, muy cerca de la boca. Luego me soltó y se alejó en dirección a las escaleras.

Cerré la puerta y tuve que apoyarme en ella durante unos segundos para recuperar el aliento y el uso de las piernas. En cuanto lo conseguí, me dirigí a la ducha para arreglarme y sofocar aquel repentino calor que me había entrado.

Obediente, Javier me esperaba sentado en el bar frente a un café con leche, absorto en la pantalla de un televisor que mostraba las imágenes sin sonido.

—Hola, Javier, perdona la espera.

—No te preocupes, Natashova, este programa me interesa.

—Pero si no oyes nada —lo ilustré como si, a esas alturas, no lo hubiera descubierto ya. Hice una seña al camarero y le pedí otro café con leche antes de dirigir la mirada a la pantalla—. ¿Quién es ese tío?

—¿De verdad no lo conoces? —Sus ojos me observaron, incrédulos—. Es un compatriota tuyo, Román Abramóvich.

—El nombre me suena, pero al tipo no lo había visto jamás —respondí sin mucho interés, mientras le daba un buen sorbo al café.

—Es el hombre más rico de Rusia según la revista Forbes. Acaba de construirse el velero más grande del mundo. ¿Puedes imaginar el pastón que tiene? —preguntó con ojos soñadores.

—No, no puedo —respondí con un encogimiento de hombros—. Cuando el número de ceros rebasa cierta cota, pierdo la noción del dinero. No puede ser bueno ser tan rico, llegaría un momento en que no sabría qué hacer con semejante dineral.

—A mí en cambio me encantaría —comentó Javier, al tiempo que apartaba un largo mechón oscuro que había resbalado sobre su frente.

—Pues hoy es su día de suerte, señor Castro, mire quién viene por ahí.

—Señalé hacia la puerta del bar que acababa de abrirse; un vendedor de la ONCE se acercaba con varias tiras de cupones colgando de su chaqueta, sujetas con unas pinzas.

—Por favor, deme dos. —Pagué y le tendí uno de ellos a mi compañero—. Ya verás, seguro que nos toca.

—¡Seguro! ¡Muchas gracias, preciosa! —respondió Javier con una amplia sonrisa. Se levantó de la mesa y dijo, impaciente—: Vamos, ¿por dónde empezamos nuestro periplo?

—Podemos empezar en la Taberna de los cien vinos y luego Dios dirá.

—Perfecto. ¡En marcha! —Pagó los cafés y fuimos caminando por las antiguas callejuelas de Madrid, que relucían como recién lavadas en aquella preciosa mañana de primavera.

Capítulo 10

Un día horribilis

El lunes fue un día espantoso. Todo pareció salirme mal desde que asomé la nariz por debajo de las sábanas. Primero se me quemó la tostada; luego la caldera se puso farruca y tuve que ducharme con agua fría. Una avería en el metro provocó que llegase más de una hora tarde y todavía tuve que enfrentarme a los patéticos chistes de Menéndez —desde que me perdí en la sierra no les había dirigido la palabra ni a él ni a su compinche y procuraba esquivarlos en lo posible; aunque, los vigilaba a ambos de lejos. No me hubiera extrañado nada que él, experto en informática, fuera el topo de la empresa— que se encontraba, muy a gusto, bebiendo un café junto a la máquina:

—El metro, ¿eh? ¿No me digas que ha pinchado?

—Ja. Me parto, tío, tienes una chispa... —despeinada, con el Gran Premio de Montecarlo dibujado en las medias tras engancharme con la pulsera de otra viajera, y de un humor de perros me dirigí a mi despacho.

Una montaña de papeles se amontonaba, amenazadora, sobre mi mesa. Definitivamente, odiaba los lunes; entendía perfectamente a esa chica de la canción que se dedicó a balear a no sé cuántos porque a ella tampoco le gustaban. Solo me dio tiempo de colgar la chaqueta en el perchero antes de que María apareciera en la puerta y me anunciara que don Jorge había preguntado tres veces por mí y que quería verme cuanto antes. Jurando en hebreo y sin saber muy bien qué hacer con las medias —al final decidí quitármelas y las tiré a la papelera—, me dirigí a su despacho.

—Buenos días, Natasha —me saludó muy serio.

—Buenos días —respondí, aunque no sabía qué narices tenían de buenos.

—Siéntate. —Señaló una silla frente a su mesa con un gesto—. El próximo lunes nos vamos a Dubai. Necesito que dejes los documentos sobre mi mesa después de comer para poder repasarlos estos días con calma.

¡Joder, joder, el próximo lunes y todavía me quedaban un montón de cosas por hacer! ¡Menuda forma de empezar la semana! Mi grado de estrés en ese momento alcanzó un nivel de veinticinco en una escala de diez.

—Todavía no hemos cerrado por completo el *project finance* con el banco, quedan algunos flecos... —empecé a decir, procurando de que no

me temblara la voz.

—Creía que lo tenías todo bajo control —me interrumpió con brusquedad. En esta ocasión, su mirada no tenía nada de amistoso y, por primera vez, comprendí lo que sentirían sus competidores al enfrentarse con él.

—Está bajo control —me defendí—, solo que pensé que todavía nos quedaban dos semanas.

—Han adelantado la fecha de la presentación. —Se pasó una mano nerviosa por la frente, como si su nivel de estrés también se hubiera disparado.

—Dame un poco más de tiempo —supliqué—. Te prometo que el miércoles lo tendrás todo sobre la mesa. —Tendría que ponerle una vela a san Judas Tadeo, patrón de los imposibles.

—Muy bien, el miércoles sin falta espero tu informe. Igual tendrías que renunciar durante unos pocos días a salir con tus amigos. —Detecté un elevado grado de sarcasmo en su tono, lo cual me pareció tremendamente injusto.

—Le dedico a esta empresa muchas más horas de las que me corresponden, así que no creo que puedas acusarme de nada —repliqué, herida por sus palabras.

—No te estoy acusando de nada. Sé que trabajas mucho pero, como tú misma comentaste, pienso que no es bueno mantener relaciones con el personal de la empresa.

—¿A qué le llamas mantener relaciones, si puede saberse? —Estaba tan rabiosa que temí que empezaran a asomar espumarajos de baba por mi boca; pero, cuanto más me enfadaba yo, más parecía relajarse él, lo que tampoco contribuía a calmarme, la verdad fuera dicha.

Cruzó los brazos sobre su pecho, en un gesto indolente, y con absoluta tranquilidad me soltó:

—¿Tú qué crees? —Rechiné los dientes; no soportaba que me contestasen con otra pregunta.

—Si te refieres a salir a tomar unas inocentes tapas con un compañero fuera de las horas de trabajo, no leí ninguna cláusula que dijera nada al respecto cuando firmé el contrato —contraataqué.

—Como sigas lanzando chispas por los ojos vamos a salir ardiendo...

Ahora, el muy idiota, se ponía en plan gracioso, y eso era más de lo que podía resistir. Abrí la boca decidida a arrojar por ella sapos y culebras,

pero antes de poder pronunciar la primera sílaba, sonó el timbre de su móvil.

—Disculpa un momento. ¿Sí?... Ah, hola, Marcela. Sí, sí, el viernes por la tarde, perfecto. Perdona, tengo que colgar.

—Por lo que veo, tú sí que puedes salir con tus amigas. —Las palabras salieron antes de haberse registrado siquiera en mi cerebro; asustada, me llevé una mano a la boca, como una niña pequeña que acabara de meter la pata.

—Desde luego, Natasha, no sabes cuándo callarte. —Una vez más, sus pupilas, que no se apartaban de mi rostro congestionado, rezumaban diversión.

—Perdóneme, señor Anglada, yo no...

—¿Ahora vuelves a llamarme de usted?

—Yo... de verdad que lo siento, te juro que lo tendrás todo sobre tu mesa el miércoles sin falta. —repetí. Me sentía a punto de hacer pucheros, así que me dirigí hacia la puerta sin esperar a que él me lo indicara—. Será mejor que me vaya ahora, antes de que diga cualquier tontería. Está claro que hoy es uno de esos días en que habría sido mejor que no me hubiera levantado de la cama.

—Está bien, Natasha, ya hablaremos otro día menos infausto. —Sostuvo la puerta abierta mientras salía, haciendo gala de sus exquisitos modales. Sin embargo, esta vez, no me impresionó lo más mínimo. Muy enfadada, me pregunté cómo podía haber pensado en algún momento que ese tipo odioso me gustaba.

¡Que se casara con la aborrecible Marcela; eran tal para cual!

Abrumada al pensar en la cantidad de trabajo que me esperaba, me derrumbé sobre mi silla sin saber muy bien por dónde empezar.

—Un mal día, ¿eh? —María asomó la cabeza por la puerta de mi despacho.

—Peor imposible —suspiré.

—Debe haber algo raro en el ambiente. Don Jorge también ha llegado más enfadado que Umbral hablando de su libro, pero ahora, después de verte a ti, parece que se le ha pasado.

—¡No me hables de don Jorge! —respondí de mal humor.

—Hija, ni que hubiera sido él el culpable de que el metro se estropeará. Bueno, te dejo que veo que tienes mucho trabajo. Anímate, anda. ¿Quedamos para comer?

—¡Imposible! No me va a dar tiempo ni a ir al baño, así que, si no te importa, me subes un bocadillo cuando vuelvas del bar, por favor —le pedí, mientras empezaba a hojear el primer montón de documentos.

—¿De lomo o de jamón y queso?

—El que más rabia te dé. Muchas gracias, María. —Empecé a teclear con furia y no paré hasta que la Ibáñez reapareció con una bolsa de papel un poco grasienta, que todavía despedía algo de calor.

—Por lo menos, deja el ordenador mientras comes —protestó mi amiga.

—Te juro que no puedo —le respondí con la boca llena tras darle un mordisco al bocadillo—. Todavía tengo que hablar con los americanos, con los del banco y he quedado con los arquitectos más tarde...

—Vaya por Dios, quería que hoy vinieras conmigo a ver ese sofá del que te hablé.

—Imposible, María, lo siento. Además nos vamos el lunes, así que esta semana no podré acompañarte. Será mejor que vayas con tu hermana.

—Yo con esa no voy ni a la esquina. —Sus delgados labios se fruncieron en un mohín de desprecio; era la primera vez que la veía tan enojada.

—Creía que ya podía hacer una vida normal.

—¿Cómo va a hacer una vida normal alguien que es completamente anormal?

Crucé los dedos para que se tratara de una pregunta retórica, porque no me sabía la respuesta. Suspiré pensando en todo lo que tenía pendiente y me volví hacia ella; estaba claro que la pobre María necesitaba un hombro sobre el que llorar.

—¿Os habéis peleado? —aventuré, aunque no hacía falta ser Poirot para adivinarlo.

—La verdad es que he tenido que soltarle cuatro cosas. —A mi compañera le encantaba «soltarle cuatro cosas» a la gente de vez en cuando; la pobre era de las que tragaban y tragaban hasta que, claro, tenía que reventar por algún lado—. Ya sabes que la semana pasada pasé todas las tardes e incluso me quedé más de una noche en el hospital, ¿no? —Asentí en silencio, había comprobado en mis carnes que, cuando una persona necesita desahogarse, lo mejor es que suelten todo lo que llevan dentro antes de intervenir—. El fin de semana después de acompañarla a su casa ordené un poco el piso, que lo tiene hecho una leonera, le preparé la cena y la ayudé a darse una ducha antes de acostarse. ¿Tú crees que me dio las gracias? —Me miró furibunda, así que negué con la cabeza pensando

que eso era lo que se esperaba de mí.

—Exacto. No solo no me dio las gracias en ningún momento por mis desvelos, sino que cuando le llevé una bandeja con la cena a la cama, ¿sabes lo que me dijo? ¡¿Acaso puedes imaginártelo?! —Su voz se elevó unos cuantos decibelios, y una vena empezó a latirle en el cuello así que, un poco asustada, negué tres veces más; san Pedro no lo habría hecho mejor—. ¡Me dijo que la próxima vez cocinara con un poco más de sal, que mis platos estaban siempre sosos!

La miré con los ojos muy abiertos y solté:

—Chamaca *malagradesida*!

Definitivamente, los culebrones latinoamericanos eran mi perdición.

—Pues sí, mi hermana es un pedazo de chamaca. —Se llevó una mano a la boca, asustada y satisfecha a la vez por sus palabras, así que no me molesté en aclararle que el término «chamaca» no era exactamente un insulto—. Bueno, pobre, te dejo ya tranquila, que sé que tienes un montón de trabajo.

Se fue mucho más contenta de lo que había entrado, así que me sentí satisfecha de haber realizado la buena obra del día; merecía la pena haber perdido unos minutos de mi escaso tiempo para escucharla.

Hasta las nueve y media no me fui de la oficina. Puede que a otros, acostumbrados a calentar la silla, no les parezca muy tarde, pero yo no había parado de trabajar en todo ese tiempo y notaba los músculos del cuello agarrotados.

Estaba a punto de llegar a la boca de metro, cuando me di cuenta de que me había dejado en la mesa una carpeta con una serie de documentos que quería repasar en casa. Maldiciendo entre dientes, me dí media vuelta. La oficina me pareció tétrica y amenazadora. A lo mejor era cierto que yo tenía un exceso de imaginación, pero ver vacío y en silencio un lugar habitualmente lleno de gente resultaba de lo más inquietante.

Al pulsar un interruptor los fluorescentes empezaron a parpadear y emitieron su característica luz azulada que acentuó aún más lo siniestro del ambiente. A toda velocidad, me dirigí a mi despacho y cogí la carpeta que estaba encima de la mesa. En ese momento, no sé por qué, me fijé en el ordenador de Menéndez. A pesar de que la pantalla estaba oscura, un punto rojo brillaba debajo del monitor, indicando que el ordenador permanecía encendido.

Hacía días que había decidido que Menéndez y su cómplice peliteñida

estaban metidos hasta el cuello en el tema del espionaje. No tenía ninguna prueba de ello, pero me caían tan mal que les habría acusado de todos los crímenes de la humanidad; desde la matanza de los Santos Inocentes, hasta el asesinato de la pequeña Beth de *Mujercitas*. Venciendo las ganas de salir corriendo que me aquejaban, me acerqué a la mesa del informático y pulsé el botón de encendido de la pantalla. De repente, escuché un ruido seco a mi espalda, pero, antes de poder darme la vuelta para ver qué ocurría, mi cabeza estalló en mil pedazos y el mundo a mi alrededor hizo un fundido en negro.

Capítulo 11

De vuelta al nido

No sé cuanto tiempo estuve inconsciente. En un momento dado, me pareció escuchar que alguien me llamaba, pero estaba demasiado cansada para prestar atención y solo pensar en abrir los ojos se me antojaba un esfuerzo sobrehumano. Intenté sumirme en esa especie de sueño sin sueños del que acababa de emerger, pero ya no me fue posible.

De pronto, noté un roce, tan suave como el aleteo de una pestaña, que se deslizaba por mis párpados y mis mejillas con delicadeza, provocando en mí un bienestar que hacía tiempo que no experimentaba. Pero de manera igualmente repentina, aquella caricia exquisita cesó y emití un débil gemido de protesta. Al instante, regresó la suave presión y, esta vez, la sentí sobre mi boca. A pesar de la bruma que invadía mi mente, mis labios se movieron, tiernos y ansiosos, contra ese tacto sedoso y traté de levantar la cabeza, en un intento de acercarme, aún más, a la fuente de la que manaba semejante dicha.

Sin embargo, aquel ligero movimiento me provocó un dolor sordo, de una intensidad desconocida hasta entonces, que pareció partirme el cráneo por la mitad. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por entre mis párpados cerrados y fui incapaz de reprimir un profundo quejido. De nuevo, el sonido de una voz intentó atravesar la confusión que prevalecía en mi cerebro y, poco a poco, empecé a descifrar las palabras:

—Tranquila, Natasha, tranquila.

Confundida por completo, conseguí abrir los ojos al fin y descubrí a mi jefe arrodillado a mi lado, mientras sujetaba un pañuelo húmedo sobre mi frente.

—Ay, mi cabeza! —musité; mi propia voz me sonó áspera y extraña.

—¿Sabes quién soy? —preguntó, preocupado.

Clavé la mirada en su rostro, con expresión de susto, y conteste:

—¿Abuelo, eres tú...? ¿Has venido a buscarme para llevarme junto a ti? —Me entró la risa floja, pero el dolor que me produjo mi inoportuno regocijo fue tal que recuperé la seriedad en el acto—. Pues claro que sé quién eres, jefe, no digas tonterías.

—No sé cómo pueden quedarte ganas de bromear, Natasha. Me has dado un susto terrible, llevas un rato inconsciente. —Estaba muy serio y parecía preocupado.

—No estaba inconsciente. Estaba soñando y era un sueño tan maravilloso que no quería despertar —declaré con un suspiro. Una expresión extraña, que no supe descifrar, asomó a sus ojos. Miré a mi alrededor, sin atreverme a mover la cabeza y pregunté—. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Después de correr, me di una ducha y decidí que trabajaría un rato más. Cuando entré en la oficina, te encontré tendida en el suelo, inconsciente.

—Pues a mí que me registren. Solo sé que subí a recoger unos documentos que me había olvidado y me he despertado aquí en el suelo, tirada como una colilla, y con un espantoso dolor de cabeza.

—Déjame ver. —Con mucho cuidado, el señor Anglada pasó su mano por detrás de mi cabeza, pero a pesar de la suavidad de su tacto, vi las estrellas y tuve que cerrar los ojos una vez más, pues se me iba la cabeza.

—Perdona si te he hecho daño —se disculpó, sin abandonar aquella mirada de preocupación—. Tienes un chichón en la nuca del tamaño de una pelota de golf. Voy a tener que llamar a una ambulancia, no quiero moverte mucho.

—¡Ambulancia! Ni lo sueñes, no es para tanto. —Me incorporé de golpe y me entró un mareo de tal calibre que estuve a punto de vomitar.

—¡Pero mira que eres burra! —exclamó mi jefe, exasperado, atrayéndome hacia sí. Con un suspiro de alivio, apoyé la frente en su pecho y al instante empecé a sentirme mejor.

—De verdad, no es necesario. Ya estoy bien, quiero irme a mi casa —susurré contra su camisa blanca, al tiempo que aspiraba su agradable olor.

—Ni hablar. Ahora mismo te voy a llevar a urgencias para que te hagan un escáner. Igual tienes una conmoción cerebral. ¿Tienes algún seguro o te llevo directamente al Gregorio Marañón?

—Tengo seguro.

—Muy bien, llamaré a un taxi y te llevaré en brazos. Procuraré no moverte mucho.

Aliviada al pensar que me libraba del numerito de la ambulancia, no protesté. El señor Anglada sacó su móvil del bolsillo y, a los pocos minutos el taxi anunciaba su llegada. Mi jefe cogió mi bolso, se lo colgó del hombro y, con mucha suavidad, me alzó entre sus brazos; algo que empezaba a convertirse en una deliciosa costumbre.

Enseguida llegamos al hospital, y un médico muy amable me hizo un

montón de pruebas hasta que, finalmente, descartó que tuviera algo más que un fuerte golpe en la cabeza, propinado con un objeto contundente. El doctor quería que me quedase en observación durante veinticuatro horas, pero me negué en redondo. Yo era bastante supersticiosa con ciertas cosas y estaba convencida de que si una persona permanecía el tiempo suficiente en un hospital acabaría cogiendo lo que no tenía, así que lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes.

—Eres muy aprensiva, Natasha —protestó mi jefe cuando comenté que necesitaba salir del hospital enseguida para respirar un poco de aire libre de patógenos—. Si prefieres no quedarte aquí, de acuerdo, pero olvídate de volver a tu casa, alguien tiene que echarle un ojo.

Al ver su aspecto decidido y notar el matiz terminante de sus palabras, no me quedó más remedio que acceder a regañadientes:

—Está bien, llamaré a mi madre y me quedaré en su casa.

Una vez más, hizo amago de cogerme en brazos para salir del hospital, pero me negué en redondo.

—De verdad, no es necesario. Puedo andar sola, ya no me da vueltas la cabeza. No quiero que sufras una contractura por mi culpa.

—No te preocupes por mí; me gusta deslumbrar a las chicas guapas con mi fuerza extraordinaria —lo dijo tan serio que no pude evitar sonreír—. Venga, te acompañaré a casa de tu madre y luego me acercaré a una farmacia para comprar las medicinas que te han mandado.

—Gracias, Jorge, siento mucho resultar un incordio.

—No te preocupes, estoy acostumbrado. Has resultado un incordio desde el mismo día en que te conocí —afirmó rodeando mi cintura con su brazo, mientras me conducía hacia la salida.

—Caramba, muchas gracias —respondí, bastante picada—, pero solo era una forma de hablar. Puedes dejarme aquí, soy perfectamente capaz de subirme sola a un taxi.

—Lo sé, pero me gusta flagelarme. Siempre he sido un poco masoquista.

Abrió la puerta del taxi y me ayudó a entrar. Yo seguía de morros por sus comentarios, así que no le dirigí la palabra en todo el camino. Él hizo como si no notara nada extraño y se limitó a observarme, socarrón. A veces el señor Anglada lograba sacarme de quicio.

Cuando llegamos, nos esperaba todo un comité de recepción en el pequeño recibidor: los mellizos, mi padrastro y, por supuesto, mamá; solo faltaban un par de pancartas de «Bienvenida a casa, Natasha». Mi madre,

que se había quedado muy preocupada tras hablar conmigo, se asustó aún más al observar mi palidez; pero Jorge la tranquilizó enseguida. Daba la sensación de que él nunca perdía los nervios por nada ni por nadie, y esa actitud contribuía, invariablemente, a calmar los ánimos de la gente que había a su alrededor.

De aquella forma sutil que le caracterizaba, empezó a dar órdenes a diestro y siniestro, y a organizarlo todo. Mientras él iba a la farmacia, dijo, lo mejor sería que yo me acostara y que mi madre me preparase algo de cena. Por supuesto, mi madre declaró en el acto que estaba completamente de acuerdo, así que me hizo ponerme uno de sus camisones y me obligó a meterme en la cama a pesar de mis protestas.

Un poco más tarde, recostada sobre varias almohadas, oí cómo se abría de nuevo la puerta principal y esperé, impaciente, a que alguien viniera a hablar conmigo, pero nada. Desde el salón me llegaban las voces de todos ellos hablando a la vez; seguro que me estaban organizando la vida mientras yo, la principal interesada, permanecía recluida en mi habitación sin poder meter baza.

Me sentía cada vez más irritada —si no me hubiera dolido tanto la cabeza habría gritado de frustración—, pero, justo en ese momento, apareció mi madre con una bandeja sobre la que había dispuesto una taza de chocolate caliente y un par de tostadas.

—No tengo hambre —anuncié, enfadada.

—Tonterías, tú siempre tienes hambre. Además, no puedes tomarte las pastillas con el estómago vacío. —Descartó mis protestas sin hacerme el menor caso. Mamá me conocía demasiado bien. Justo cuando daba el último mordisco a la segunda tostada, apareció el señor Anglada en la puerta y repicó con los nudillos sobre la jamba de madera.

—¿Puedo pasar?

—Adelante, estás en tu casa. —Mis palabras rezumaban sarcasmo, pero él no se dio por aludido.

—Tómame esto antes de que te acabes el chocolate, Natasha —exigió mi madre, al tiempo que me tendía un par de cápsulas de colores. Obediente, me las tragué sin rechistar, mientras miraba con desconfianza a mi jefe, que hablaba con mi madre como si la conociera de toda la vida.

—Te compadezco, Helena, me da la impresión de que esta paciente no va a ser fácil —dijo y me miró burlón, al tiempo que alzaba una de sus cejas.

—¿Crees que después de treinta y tantos años no lo sé? —respondió mi madre de buen humor.

Me fastidió un montón que hablaran de mí como si yo no estuviera presente.

—Eo! ¡Estoy aquí!

Ni caso. Ellos siguieron a lo suyo, ji, ji, ja, ja.

—Voy a ir a acostar a los niños. Hace horas que deberían estar en la cama —dijo mi madre y salió de la habitación, dejándome a solas con mi jefe.

De repente, el hecho de que el señor Anglada, con su imponente humanidad, estuviera en mi cuarto de toda la vida —en las paredes todavía colgaban los pósters de mis ídolos juveniles— me produjo una extraña sensación de incomodidad, y aún me sentí peor cuando se sentó a mi lado en el borde del colchón.

Como seguía enfadada con él, no hice amago de abrir la boca.

—¿Todavía sigues enfurruñada? —Su pregunta me hizo sentir como una niña pequeña y maleducada.

—No estoy enfurruñada —negué la evidencia—, es solo que cuando hablo me duele la cabeza.

—Pobrecilla. —Me examinó con ternura, al tiempo que deslizaba el dorso de sus dedos por mi mejilla en una delicada caricia y, una vez más, empezaron mis dificultades respiratorias—. Te prometo que encontraré a la persona que te ha atacado; esta vez ha ido demasiado lejos. Mañana no se te ocurra ir a trabajar, no quiero verte por la oficina. Ahora será mejor que me vaya y te deje descansar, pareces agotada.

En realidad lo estaba. Noté que los párpados me pesaban de una manera terrible; sin embargo, no quería que se fuera. Lo que más me hubiera gustado en ese momento habría sido hacerle un hueco en mi cama de uno ochenta por noventa centímetros, acurrucarme contra su pecho y quedarme dormida entre sus brazos...

¡Por Dios, debía estar más sonada de lo que pensaba!

Un destello de aquellas emociones debió asomar a mis ojos, porque Jorge se quedó muy quieto, mientras su mirada resbalaba sobre mi cuerpo escasamente cubierto por el atrevido camisón que me había prestado mi madre. Como si ocurriera a cámara lenta, extendió la mano, subió uno de los finos tirantes de seda que se había escurrido de mi hombro y lo acomodó de nuevo en su lugar. Noté cómo se me endurecían los pezones y

me di cuenta de que él también lo había advertido, así que, roja como un tomate, traté de subirme las sábanas hasta la barbilla.

—Perdóname por no haber cumplido la promesa que te hice. —Su voz sonó más ronca que de costumbre.

—¿Qué promesa? —pregunté en un susurro, incapaz de apartar la mirada de aquellos iris que parecían arder con un fulgor marino.

—La de cuidar mejor de ti. —Inclinó la cabeza y sus labios se posaron en la comisura de mi boca—. Buenas noches, Natasha.

Con rapidez se puso en pie y salió de mi habitación. Escuché cómo se despedía de mi madre y de mi padrastro, y los gritos de Bea y Jaime diciéndole adiós. Con manos temblorosas, retiré las almohadas sobrantes y me quedé solo con una. Apoyé la mejilla sobre ella y me quedé dormida pensando en él.

Cuando abrí los ojos, debía ser mediodía y, a pesar de que aún me dolía la cabeza y de que el chichón seguía ahí, me sentía bastante mejor. En ese momento mi madre asomó la cabeza por la puerta:

—Por fin te despiertas, Natasha. He estado a punto de llamar a Antonio para que volviera de la consulta, dormías tan profundamente que estaba preocupada. Ya sabes lo que dicen de quedarse dormido después de recibir un golpe en la cabeza...

—No te preocupes, mamá, me encuentro muchísimo mejor. ¡Me muero de hambre!

—Bien, eso significa que vuelves a ser tú —afirmó su madre, satisfecha—. Ahora mismo te traigo algo de comer. ¿Prefieres tipo desayuno o mejor un plato de pasta de la que he preparado para la comida?

—Pasta, por favor, mami. —Daba gusto estar de vuelta en casa y tener a alguien que me mimara, para variar.

Mi madre me trajo una bandeja, la apoyó sobre mis muslos y se sentó a mi lado en la vieja silla sobre la que había pasado tantas horas estudiando cuando era niña.

—Debo decirte, Natasha, que tu Jorge me ha causado una buenísima impresión —declaró con una gran sonrisa—. Además de muy atractivo, es un hombre encantador. Es la primera vez que puedo hablar con uno de tus amigos de cosas corrientes, sin tener que aparentar que me he quedado a tres votos de conseguir el Nobel de Física Cuántica.

—No es mi Jorge, mamá, ni tampoco uno de mis amigos. Es mi jefe y sí, a veces puede resultar encantador, pero en otros momentos me entran

serias dudas sobre ese encanto del que todos habláis.

—¡Tonterías! Hasta tus hermanos, que ya sabes que no aguantan a nadie, le pidieron que volviera otro día a jugar con ellos. Antonio ha comentado que es el primer tipo normal que le presentas.

—Vaya, dale las gracias a Antonio por el comentario —contesté, fastidiada, en parte por lo que había dicho mi padrastro, y en parte por el entusiasmo que había despertado en mi familia Jorge Anglada.

No deseaba escuchar lo maravilloso que era mi jefe. Había renunciado a los hombres después de Pancho y había pasado los meses más tranquilos de mi existencia. El día que lo dejé con él, decidí darle vacaciones al amor y no deseaba acortarlas. Además, aunque no podía negar que Jorge Anglada era uno de los hombres más seductores que conocía, había algo en su actitud imperturbable que a veces rozaba la indiferencia. Definitivamente, no era mi tipo; demasiado frío para mí.

—Venga, no te enfades. Tienes mucha mejor cara, ayer parecía que te habías maquillado con polvo de tiza. ¿Te has tomado las pastillas? —preguntó y se agachó a recoger la bandeja.

—Déjame el vaso, por favor, me las voy a tomar ahora mismo. —Alargué la mano y cogí la caja que estaba sobre la mesilla de noche—. La verdad es que me quedaría todo el día en la cama.

—Eso es lo que dijo Jorge que debes hacer. Dice que no te preocupes por el PC ¿Dijo PC o PD? —dejó la bandeja sobre el escritorio y volvió a sentarse. Luego inclinó la cabeza, pensativa, y guiñó un poco los ojos—. Hija mía, por desgracia creo que he llegado a esa edad en que te vuelves mitad pez.

—¿Mitad pez, como en una sirena? —pregunté, extrañada.

—No, mitad pez como esos que a la vuelta de las vacaciones te los encuentras flotando panza arriba en la pecera. Su dueño les echa más comida que de costumbre para que aguanten el tirón y se la comen de una tacada, pues su memoria es tan escasa que se les olvida que ya han comido hace un minuto, y hace dos, y ha...

—¡Por Dios, mamá, para! Ni que hubieras hecho un estudio psicológico en una piscifactoría. No te preocupes por tu memoria de pez; lo he captado.

—Pues eso, que ya te llamará él para que le digas dónde está todo para darle un repaso final.

—Estupendo. Queda menos de una semana para irme a Dubai, estoy hasta las cejas de trabajo y, justo ahora, a alguien se le ocurre la feliz idea

de pegarme un porrazo en la cabeza. Qué oportuno. —Me rebelé contra mi mala suerte, golpeando la almohada con el puño.

—No te amargues, ese tipo de cosas siempre ocurren en un momento inoportuno. Claro, que sería difícil decidir cuál es la ocasión más conveniente para recibir un golpazo semejante en la cabeza...

A mi pesar, no me quedó más remedio que reírme. Mamá era toda una experta en quitar dramatismo a una situación.

Me pasé dos días más de reposo en casa de mi madre. En realidad, después de lo tensa que había estado en el trabajo, esos días me parecieron equivalentes a unas vacaciones en un balneario de lujo. Mamá estaba encantada de tener a alguien a quien cuidar y con quien charlar, mientras su marido estaba en la consulta y los niños en el colegio. Y más tarde, en cuanto mis hermanos llegaban a casa, venían a mi habitación y se tiraban sobre mi cama, para contarme todas las barrabasadas que habían hecho en clase.

—Me vais a matar, pequeños demonios! —les gritaba, pero lo cierto es que me encantaba estar con ellos. Echaba de menos no verlos todos los días, sobre todo porque siempre parecían haber crecido un palmo desde la última vez.

Mi jefe llamó el jueves para preguntar sobre mi importante salud y, mientras hablaba con él por teléfono, me sentía tan nerviosa como cuando me llamó a casa el primer chico del que me enamoré.

—¿Qué tal tu chichón? —me preguntó, tan amable como de costumbre.

—Bien, ya no es como una pelota de golf. En esta etapa más bien lo equipararía a una canica, de las gigantes, eso sí. —El sonido de su risa, ronca y sensual, penetró por el auricular y se deslizó por mi oreja, acariciándome de paso los huesecillos del oído, bajó por mi cuello hasta llegar a la nuca...

—¿Natasha, sigues ahí? —Su pregunta me sacó de golpe de mi ensoñación viajera por el interior de mi cuerpo.

—¡Sí, sí, claro que sigo aquí! —respondí, turbada.

—Por un momento, pensé que sufrías problemas de riego.

—Ni hablar, ahora mismo tengo el cerebro funcionando en modo aspersion. —De nuevo esa risa...

¡Dios, era increíble que el sonido de una simple risa tuviera el poder de volverme completamente lela! Traté de espabilarme un poco y me di un par de cachetes mentales, decidida a sonar un poco más profesional, para

variar.

—Jorge, ¿tienes los documentos que querías? ¿Necesitas algo más? ¿Estás de acuerdo con las garantías de ejecución o deseas revisarlas?

—Tengo lo que necesito, no te preocupes. Ayer y hoy he estado estudiando los detalles con detenimiento y me parece que está todo en orden. —De pronto, sentí como si me hubieran quitado de los hombros una roca de dos toneladas—. Así que no tengas prisa por volver...

—Mañana iré a la oficina —lo interrumpí, decidida—. Con tantos mimos como he recibido estos días, no me ha quedado más remedio que recuperarme. Todavía tengo que preparar un montón de cosas antes del lunes. —Cada vez que pensaba en que solo quedaban cuatro días para irme con él a Dubai, me entraban unos nervios que, más que mariposas en el estómago, parecían águilas reales picoteándome los intestinos.

—Está bien, como quieras. En la oficina te daré todos los datos del viaje, pero te aviso que estaremos fuera una semana. Te veo mañana.

—¡Espera! ¿Has averiguado algo más?

—No, lo siento, Natasha, no hay nada nuevo. He revisado personalmente las cintas de las cámaras que habíamos colocado estratégicamente por toda la oficina. El tipo ese es muy listo y se las arregló para interferir la señal durante el tiempo que estuvo actuando. Lo único que he detectado es una silueta, de la que es imposible saber ni siquiera si es hombre o mujer. Las cintas están ya en manos de la policía, pero me temo que la cosa va para largo.

—Ya veo. Así que el topo campa a sus anchas. Tendrás que prestarme uno de tus cascos para ir a trabajar. —Mi broma no me hizo gracia ni a mí misma; en realidad, estaba más inquieta de lo que quería dejar ver.

—Sé que no te he protegido como debía. —Quería protestar; decirle que mi protección no era asunto de su competencia—. No, no me interrumpas. Esta vez, el tipo ese ha conseguido cabrearme de verdad y creo que he descubierto la forma de atraparlo.

—¿Sí? ¿Cómo? —Me moría de curiosidad, pero mi jefe no quiso soltar prenda.

—Es mejor que no sepas nada.

—¿Acaso crees que le voy a ir al topo con el cuento? —pregunté, indignada.

—A no ser que sepas quién es, lo dudo mucho —contestó, irónico, y casi pude ver aquella sonrisa seductora que tan a menudo asomaba en sus

apetecibles labios.

—Igual lo sé. A lo mejor ha sido todo un paripé para que pienses que no tengo nada que ver en el asunto y en realidad estoy compinchada con él...
—insinué, haciéndome la misteriosa.

—Entonces eres una gran actriz. El chichón de tu cabeza fue realmente convincente, así que recuérdame que te mande un gran ramo de flores a tu camerino.

Nada, no había forma de que ese hombre me tomara en serio. Lancé un bufido de indignación.

—Hasta mañana —me despedí con frialdad.

—Hasta mañana, Natasha, y no te enfades. Me alegra saber que ya estás completamente recuperada.

Capítulo 12

Preparativos de última hora

En cuanto llegué a la oficina, María Ibáñez se pasó por mi despacho. Me había llamado todos los días que estuve de baja para darme el parte de lo que ocurría en la oficina; en especial, de todo lo relacionado con Menéndez y Vanessa. Las dos estábamos convencidas de que eran culpables, y María había tratado por todos los medios de encontrar el arma del crimen (gracias a Dios era un decir).

—He revisado la mesas de los dos cuando nadie miraba y nada —fue lo primero que me soltó, en cuanto apareció por la puerta.

—¿Seguro que has buscado bien? ¿No has visto ningún objeto contundente? —pregunté, ansiosa.

—Lo único contundente que encontré fue una revista pornográfica debajo de una caja de bombones que Menéndez guarda en un cajón. Créeme, era tan contundente, que casi vomito en la papelera. —Al ver su cara de asco me entró la risa floja.

—No creo que con esa revista haya podido hacerme un chichón del tamaño de un huevo. ¿Y qué me dices de la peliteñida? ¿Nada?

—Nada. —Su desánimo era evidente—. Tres tubos de rímel, cuatro esmaltes de uñas y ocho barras de labios. El maletín de la Señorita Pepis que me regalaron los Reyes Magos cuando era niña era un páramo al lado de los cajones de su escritorio.

Yo también me sentí desalentada con las noticias.

—Hola, hola, caracola.

Javier Castro eligió ese instante para entrar en el despacho con aquel aspecto, un tanto desaliñado, que era una de sus señas de identidad más sobresaliente. Los alegres ojos castaños no brillaban tanto como en otras ocasiones, pero, aun así, María y yo recuperamos un poco el ánimo al verlo.

—¿Qué tal está mi *matrioska* favorita?

—Oye, eso no será una indirecta, ¿no? —Lo miré con el ceño fruncido—. Esas muñecas están todas gordísimas, incluso la más mini tiene menos cintura que una pelota.

—Calma, calma, ha sido la única palabra en ruso que me ha venido a la cabeza. Lo que quería decir en realidad es: ¿qué tal está mi princesa rusa favorita?

—Ah, eso es otra cosa. Te perdono. Me horrorizaba pensar que los guisos de mi madre hubieran tenido semejante efecto desastroso —le sonreí con alegría y contesté—: A pesar del cobarde intento de liquidarme, puedo afirmar que tu princesa rusa está de maravilla.

—¿De verdad? —Me miró muy serio, cosa rara en él, al tiempo que me acariciaba la mejilla con suavidad.

—Nuestro Javier se pone tierno —comentó María con expresión maliciosa.

—Soy un hombre tierno, lo reconozco. —Javier agarró mi mano y se inclinó sobre ella para besarla con un gesto teatral.

—Eh, tú, devuélveme la mano, que la necesito para trabajar. —Justo en ese momento, alcé la vista y descubrí los ojos de mi jefe, que estaba en su despacho, fijos en nosotros. Aunque su expresión reservada no dejaba traslucir ninguna emoción, no sé por qué, me sentí un poco avergonzada y me desasí con suavidad.

—Te juro que me alegra en el alma que te encuentres bien, princesa. Me quedé muy preocupado cuando me enteré de lo ocurrido. —De nuevo me miraba muy serio—. ¿No tienes idea de quién pudo haber sido tu agresor?

—No vi nada, pero tengo mis sospechas, ¿verdad, María?

Mi amiga asintió, poniéndose en plan misterioso.

—Verdad. Es solo cuestión de tiempo que los culpables hagan un movimiento en falso y caigan en nuestras manos como fruta madura. —La Ibáñez parecía haberse escapado de una mala película de policías.

—¿Caigan? ¿Cuántos son? —preguntó Javier, interesado.

—Tenemos dos sospechosos. Antes o después les haremos cantar La Traviata —contesté con entusiasmo; lo de las pelis de polis era contagioso.

—Venga, decídmelo de una vez, que estoy intrigado —suplicó nuestro compañero, al tiempo que se sentaba en el borde de mi mesa y se ponía cómodo—. ¿Quiénes son los malos?

—El friki y la peliteñida —susurró María, mirando en todas las direcciones con expresión recelosa.

—¿Quién? —Javier hizo un gesto de extrañeza.

—¡Ay, Javier, no pretenderás que me ponga a gritarlo en mitad de la oficina!

—Menéndez y López —intervine yo en un tono normal para zanjar la discusión.

En ese momento, mi jefe tocó la puerta de cristal con los nudillos. Javier

se puso en pie en el acto y fingió enseñarme los planos que llevaba en la mano, mientras María empezaba a sacar punta a un lápiz con frenesí.

—Natasha, ¿podría hablar contigo? —preguntó Jorge Anglada con suavidad. Me pareció que habían pasado meses desde la última vez que lo había visto y lo encontré más guapo que nunca.

—Sí, claro, Jorge. Pasa. Muy bonitos los planos, Javier, luego te veo. —Teniendo en cuenta que los planos eran de la instalación eléctrica de un centro comercial y que solo se veían rayas y números, no sé si había elegido el adjetivo correcto.

—Gracias, Natasha, tienes el mejor sacapuntas de la oficina. —María también se escabulló con rapidez.

Cuando nos dejaron solos, el señor Anglada me tendió un sobre.

—Tu tarjeta de embarque. El vuelo sale a las ocho y media de la mañana, así que nos vemos en la T4, pasado el control de pasajeros.

Mientras hablaba lo examinaba, absorta. Qué bien le sentaban su traje gris marengo, la corbata granate y la camisa blanca que resaltaba el tono bronceado de su piel, acentuado desde su viaje a Chile; me parecía increíble pensar que íbamos a pasar una semana, los dos solos, en Dubai.

Bueno, está bien, no se trataba de un viaje de placer exactamente y, además, yo había trazado una imaginaria línea roja que no podía cruzar en mi relación con el jefe pero, a pesar de todo, no podía negar que me hacía ilusión. Al menos era algo diferente. Desde que había renunciado a los hombres y al amor, debía reconocer que tenía momentos de bajón en los que me moría por añadir un poco de picante a mi, casta y virtuosa, existencia. Cogí el sobre que me tendía intentando que no me temblasen las manos; deseaba parecer una profesional en total control de la situación.

—Perfecto. Nos vemos allí. —Me sentí muy orgullosa de mí misma al escuchar el tono calmado de mi voz, pero el señor Anglada, como de costumbre, lo estropeó.

—Me hace gracia cómo brillan tus ojos, Natasha, pareces una niña inspeccionando el zapato la mañana de Reyes. —Fastidiada por ser tan transparente, traté de negar la evidencia y respondí con frialdad.

—Para mí es un viaje de negocio más y, aunque pueda sonar algo engreída, mis ojos, por lo general, brillan siempre.

Sus labios esbozaron una lenta sonrisa que me fascinó.

—Entonces te felicito. Resulta muy favorecedor —Sin más, abandonó mi despacho y me reproché haber sido tan antipática, al fin y al cabo, su

comentario pretendía ser amable.

Con un suspiro de resignación, me puse a trabajar. Revisé los documentos, uno a uno, al menos una docena de veces y, cuando abandoné la oficina a eso de las ocho, lo hice convencida de que lo tenía todo bajo control. En el vestíbulo de la finca, elegante y señorial, me crucé con el señor Anglada que hablaba con una mujer. Los miré con disimulo y me di cuenta, con disgusto, de que se trataba de Marcela Navarro.

—Buenas noches, Natasha.

—Buenas noches, Jorge. Buenas noches, Marcela.

—¿Ya lo tienes todo listo para el lunes? —A pesar de que me hubiera gustado salir de allí a toda prisa, no me quedó más remedio que detenerme junto a ellos.

Muy a mi pesar, me vi obligada a reconocer que la rubia estaba imponente con su elegante vestido que marcaba, una a una, cada curva de su cuerpo. A pesar de vestirme habitualmente en Zara —quizá porque aún me quedaba un rastro de conciencia social y, aunque podía permitírmelo, me sentía incómoda si me gastaba más de cien euros en una chaqueta o, tal vez, porque tenía una amiga infiltrada en la tienda de Velázquez que me avisaba en cuanto llegaban las novedades recién fusiladas de la última pasarela—, podía reconocer un Versace a la primera ojeada. Sus ojos azules de muñeca de porcelana contrastaban con su tez clara y tuve que admitir que cualquier hombre se sentiría encantado de llevar a una, en apariencia, dulce damisela como ella colgada del brazo.

—¿Natasha también va a Dubai? —Aunque era imposible distinguir ningún rastro de irritación en su tono, yo sabía que la idea no le hacía maldita la gracia y me alegré por ello.

—Sí, es imprescindible que me acompañe la directora financiera —contestó el señor Anglada con naturalidad, sin percatarse del enfado de su novia.

—Ya veo, qué bien. Mira, cariño, ha llegado el taxi. Será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde al Auditorio. Ya sabes que en cuanto empieza el concierto cierran las puertas. —Se agarró de su brazo y tiró de él hacia la puerta, mientras mi jefe se despedía, amable, de mí.

Observé como se montaban en el taxi y, de repente, todo el entusiasmo que había sentido a lo largo del día con motivo de mi viaje se desvaneció en el aire, dejando en su lugar un rastro amargo.

«Tonterías —me dije a mí misma—. Es viernes por la noche, hay que

animarse».

Había hablado antes con mis amigas, así que ya sabía que Isabel y Ángela habían quedado en un restaurante con otro par de parejas. Lo último que me apetecía era ir a esa cena como la pobre amiga solterona, entonces llamé a Ana, que me contó que iba a quedarse en casa con su hijo viendo una película. El plan me parecía lo suficientemente deprimente para casar con mi estado de ánimo, así que decidí sumarme a él. Pasé por Rodilla para comprar unos sándwiches y me fui directa al piso de Ana.

Cuando llegué ya estaban Manu y ella repanchingados en el sofá del pequeño salón, con los pijamas puestos y un enorme bol lleno de palomitas recién hechas en el microondas frente a ellos. Añadí mi aportación alimentaria y Ana se levantó para ir a buscar las bebidas. Cogí de la mesa la película que íbamos a ver y miré la carátula: *Alvin y las ardillas*.

¡Dios!

—Ana, porfa, añade a mi cocacola un poco de reconstituyente, que estoy resfriada y buena falta me hace.

—¡Oído cocina! —contestó mi amiga.

Manu fijó en mí sus avispados ojos de niño de cinco años.

—¿Qué te va a poner mami en la coca? ¿Vino?

—Nooo, qué va. —Puse mi cara seria de las grandes trolas—. Solo un poco de medicina, es que me duele la garganta.

Tosí un poco para darle más realismo al asunto, pero me dio la sensación de que no lo engañé ni por un segundo, estos niños de hoy en día, que se amamantan con la tele y se destetan con internet, saben más que Lepe.

Ana llegó con la bandeja de las bebidas y me di cuenta de que ella también había decidido medicarse. ¡Pues sí que estábamos buenas! Empezó la película y Manu entró en un trance —muy quieto y con la boca abierta, solo se movía de vez en cuando para coger palomitas y dar un sorbo a su cocacola— del que ya no salió hasta que aparecieron los títulos de crédito. Nosotras aprovechamos para hablar en voz baja a pesar del estruendo que organizaban aquellas desagradables ardillas con voz de pito.

—¿Qué hay de lo tuyo? —le pregunté antes de dar un buen trago a mi copa.

—Bueno, me he reunido unas cuantas veces con Ramón y es optimista, pero no sé... —Se encogió de hombros, desanimada.

—¿Estaba sereno o completamente cocido? Es un matiz importante tratándose de él. —La última vez que había visto al compañero de Isabel,

llevaba un ciego de tal calibre que se había quitado la americana y se había puesto a torear a los coches en el cruce de Velázquez con María de Molina.

—Completamente sobrio. Ha dejado el alcohol. —Alcé una ceja con escepticismo—. En serio, Natasha, desde hace tres semanas no ha probado una gota. Isabel es testigo del milagro y la verdad es que, Ramón, sobrio, resulta una persona bastante agradable.

Sobresaltada, miré el dulce rostro de Ana, que parecía una niña con su pijama rosa de Hello Kitty.

—¡No te estarás enamorando de Ramón el Beodo, ¿verdad?! —casi grité.

Ana se apartó un mechón de pelo oscuro de la cara y se lo metió detrás de la oreja. Yo conocía de sobra ese ademán: era una de sus tácticas dilatorias para ganar tiempo.

—Anita!

—¡Ay, Natasha, no te preocupes! Solo me estoy dejando llevar un poquito, pero no tiene ninguna importancia, de verdad, soy consciente de todos los problemas que podrían surgir. Es que llevo una vida tan aburrida...

No me sentí capaz de regañarla. Yo solo llevaba seis meses y dos semanas sin un hombre a mi lado y había días en que me subía por las paredes. Así que era lógico que ella que no había estado con ningún otro desde su separación, dedicada por completo a su hijo y a su trabajo, sucumbiera a la tentación.

—Dame tu vaso —ordené—, creo que las dos estamos peor del resfriado.

En la cocina rellené los vasos con Cacique y cocacola light y regresé a tiempo para escuchar la enésima canción de esas ardillas de sexo indeterminado que se estaban volviendo firmes aspirantes a figurar en mi lista de candidatos a morir gaseados. Le tendí su vaso, dio un buen trago y empezó a contarme la historia.

—El primer día que me reuní con Ramón el Beodo... ¡Mierda, nunca más volveré a llamarlo así y no permitiré que ninguna de vosotras lo haga! —Sus ojos relucían con el brillo febril del fanático en plena misión; estaba claro que la cosa iba mucho más en serio de lo que estaba dispuesta a admitir—. No sé, algo pasó entre nosotros. Jamás habíamos hablado sin tener un nivel menor de noventa miligramos de alcohol en sangre. Un sábado quedamos en una terraza de Juan Bravo, frente a dos cocacolas y

unas patatas fritas, y estuvimos charlando sin parar desde la una y media hasta las nueve de la noche. Al despedirnos, me prometió que no iba a volver a beber. Yo no me lo tomé muy en serio, la verdad. Desde que lo conocemos, hace ya casi cuatro años, jamás le había escuchado articular dos palabras de manera inteligible. Pero, ya ves, han pasado tres semanas y ha cumplido su promesa. Además, agárrate... ¡se ha apuntado a un gimnasio!

¡Joder, un gimnasio! Desde luego, la cosa iba en serio. Ramón era de los que se descojonaban cuando veía pasar a un tío haciendo footing por la calle y echaba pestes de «esos metrosexuales mazas» que, según él, nos volvían locas a las tías.

—De todas formas, no te preocupes por mí. Después de lo de mi ex, es como si llevara un chaleco antibalas de kevlar; ningún hombre será capaz de atravesar mi corazón de nuevo —afirmó, muy convencida.

Pobre ingenua. La miré con lástima. Ana pertenecía a ese tipo de mujer que conserva la inocencia intacta a lo largo de su vida; nunca pensaba mal de nadie y, en consecuencia, todo el mundo se aprovechaba de ella.

—Perfecto. No te olvides de ponértelo siempre que vayas a salir. —Me prometí a mí misma que hablaría con Isabel y entre las dos vigilaríamos a ese pecador pseudoreformado.

Al final, me quedé en el piso de Ana hasta mucho después de que su hijo se hubiera acostado. Hablamos de lo divino y de lo humano y arreglamos el mundo de arriba abajo tres o cuatro veces. Cuando, por fin, decidí volver a casa fue una Natasha mucho más sabia —y mucho más borracha— la que se tiró sobre la cama y se quedó dormida de inmediato.

Capítulo 13

Volar me mata...

Las manos me temblaban mientras le tendía el billete de cincuenta euros al taxista; no por el importe en sí —al fin y al cabo pagaba la empresa—, sino por los nervios del viaje. Cualquiera al verme pensaría que era la primera vez salía de España, pero no era así. Además de bastantes estados de Norteamérica, conocía casi todas las capitales europeas y, por supuesto, había estado en Rusia, aunque nunca he tenido muy claro si ese país está situado en Europa, en Asia o cuarto y mitad. En resumen, había viajado más que la media, pero volar aún me ponía al borde de la histeria.

El taxista era un tipo amable, para variar, y no me insultó por no dejarle propina, lo cual fue todo un detalle. Agarré el asa metálica de mi pequeña maleta con ruedas y la arrastré hacia el control de pasajeros. Me habría gustado llevar una maleta mucho más grande, con ropa suficiente como para poder afrontar cualquier eventualidad que pudiera presentarse, pero no sabía si el señor Anglada era de los que facturaban o no, y no me apetecía meter la pata en nuestro primer viaje de negocios.

Cuando, ya en mi casa, saqué la tarjeta de embarque que me había entregado mi jefe, no pude evitar lanzar una serie de alaridos, al tiempo que improvisaba una agitada danza guerrera.

¡Business Class!

Por primera vez en mi vida iba a viajar como una auténtica VIP y no como una ejecutiva de medio pelo. No cabía en mí de gozo. Así que me había vestido para la ocasión. En vez de los vaqueros y las confortables botas que constituían mi habitual atuendo viajero, me había puesto un traje pantalón de lo más elegante y unos *stiletos* recién comprados, con los que apenas podía dar un paso.

Cuando me miré al espejo de cuerpo entero del armario de mi cuarto, quedé encantada con mi reflejo y decidí elegir la belleza sobre la comodidad. Esperaba no tener que arrepentirme de mi elección; tenía entendido que el viaje duraba unas nueve horas, así que crucé los dedos y rogué para que los tobillos no se me pusieran como butifarras de cinco kilos por llevar semejantes taconazos en un avión.

Caminé con paso inseguro en dirección a la interminable cola del control de pasajeros. La horrible experiencia que supuso abandonar un carísimo perfume tamaño XL, regalo de mis amigas por mi cumpleaños, en manos

de una empleada malcarada del aeropuerto —seguro que iba oliendo a gloria a mi costa—, me había enseñado de la forma más cruel lo que hay que evitar si no quieres sufrir una apoplejía; así que, esta vez, iba preparada. En mi bolsa de aseo tan solo llevaba unas muestras de crema que me habían regalado en la farmacia y los típicos *amenities*: esos minibotes de gel y champú que te dan en los hoteles.

Con lo que no había contado era con la moda *stripper* a la que obligaban las nuevas normas de seguridad aérea. No contentos con forzarme a depositar en una bandeja de plástico el reloj, mi moderno collar de abalorios de cristal, el cinturón, los pendientes de columpiar al loro, tres pulseras y un anillo; también me constriñeron a bajarme de mis *stiletos* y meter los pies en unas horrendas bolsas parecidas a gorros de ducha, a pesar de lo cual, en cuanto pasé bajo el arco de seguridad, la alarma empezó a sonar, enloquecida, y me vi forzada a sufrir el registro manual de una empleada.

—Pues no entiendo qué puede haber pitado, como no sea un empaste... —comenté, sarcástica a la mujer que en ese momento me cacheaba. La empleada de seguridad alzó la vista y me miró amenazadora. La reconocí en el acto: ¡Dios, era el mismo engendro malcarado de la otra vez! Desde luego, esas cosas solo me pasaban a mí.

—¿Ocurre algo? —La seductora voz de mi jefe sonó a mi espalda.

Al oírla, se me cayó el alma a los pies y siguió en caída libre hasta el túnel del metro. Era como para darse de cabezazos contra el monitor en el que un guardia civil con cara de aburrimiento examinaba el contenido de nuestros equipajes. Cuando salí de mi casa me había sentido la diosa de las ejecutivas, toda elegancia y competencia, pero, tras mi paso por el control, estaba hecha un asco. Sin pendientes ni adornos, sujetándome la cinturilla del pantalón con una mano —me estaban un poco grandes—, y con los bajos arrastrando por el suelo, aunque sin ocultar del todo los ridículos zapatos-gorro, no ofrecía una imagen muy profesional que digamos. Y claro, mi jefe tuvo que aparecer justo en ese momento. Una vez más, se cumplía la fatídica ley de Murphy.

—No, no ocurre nada, la señorita puede pasar. —La odiosa empleada le dirigió su sonrisa más hechicera; era asombroso cómo el aspecto del señor Anglada, tan atractivo y viril, y la serenidad que proyectaba eran capaces de apaciguar hasta a la fiera más sanguinaria.

De malos modos, cogí la bandeja de plástico de la cinta, me dirigí hacia

una de las mesas colocadas al efecto y comencé a ponerme de nuevo todos mis cachivaches.

—¿Estás de mal humor? —preguntó mi jefe sin quitarme los ojos de encima.

—¡Qué va! —Negué colocando la bandeja vacía sobre el resto con un golpe seco que hizo temblar la mesa—. Esa mujer me persigue. No contenta con robarme mi perfume, está empeñada en detenerme. Seguro que pretendía meter una bolsita de marihuana en el bolsillo de mi chaqueta.

—¡Vaya por Dios! —Su rostro permanecía muy serio, pero sus ojos azules habían empezado la juerga por su cuenta. Me encogí de hombros; si el señor Anglada me consideraba un mono de feria, no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Cuando, por fin, estuve lista ordenó:

—Dame tu maleta —agarró la suya y, en ese momento, me di cuenta de que había acertado con mi decisión de no facturar.

—Déjalo, no pesa nada —respondí, mientras me aferraba más fuerte al asa metálica.

—Perdona, olvidaba que eres una mujer independiente. Me imagino que hoy en día no es políticamente correcto ofrecerse a cargar con el equipaje de una dama.

—No creas. Si no tuviera ruedas, te dejaría que cargases con ella encantada —le respondí con ojos chispeantes. Yo también podía mofarme de él si me daba la gana.

Mi jefe echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada, al tiempo que guiñaba los ojos de esa manera pícara en que solía hacerlo. Y allí, en las comisuras de sus párpados asomaron, una vez más, esas finas arrugas que, en un universo como Dios manda, deberían estar terminantemente prohibidas para no inducir al pecado a las inocentes doncellas.

No pude evitar lanzar un suspiro al mirarlo; me pareció que estaba aún más guapo de lo que solía. Su nariz era grande y algo aguileña; sus mandíbulas fuertes y bien afeitadas; el pelo castaño y espeso, con algún reflejo más claro, parecía invitarme a enredar mis dedos en él. A pesar de que sus facciones no eran perfectas ni nada por el estilo, había algo en el señor Anglada —inmensamente masculino, pero sin llegar a ser agresivo—, que me daba ganas de acurrucarme contra su pecho, dejarme envolver por aquellos fuertes brazos y excluir de ese dulce refugio al resto de la

humanidad.

Suspiré de nuevo tratando de descartar esos traicioneros pensamientos, parecía la dama de la media almendra con tanto suspiro. En ese momento, vi mi reflejo en el escaparate del *Duty Free* y recuperé algo de la confianza en mí misma que había perdido en ese odioso control. Volvía a ser una ejecutiva elegante y profesional.

—Los zapatos que has elegido son preciosos, pero no creo que sean los más adecuados para el viaje —me dijo, mientras yo, inquieta, percibía el leve roce de su cálida mano apoyada un poco más abajo de mi cintura, mientras me conducía hacia la sala VIP.

—No te preocupes por mí, estoy acostumbrada a volar a menudo —contesté, exagerando un poco.

Deseaba que pensara que era una avezada viajera, pero, en realidad, empezaba a sentirme como una china de otro siglo, arrastrando sus pequeños pies de loto. No entendía cómo las famosas podían soportar semejante tortura sin aullar de dolor. En cuanto llegamos a la sala VIP me dejé caer agradecida sobre el primer asiento que encontré.

—¿Quieres un café?, ¿alguna otra cosa? —me preguntó tan amable como de costumbre.

Miré a mi alrededor y le pedí una copa de vino.

—¿Vino? ¿Estás segura? —asentí y noté que se había quedado bastante sorprendido, pero sin decir nada más, volvió al rato con una copa de vino y unos pequeños sándwiches que tenían una pinta bárbara.

De pronto, me di cuenta de que todo era gratis y pensé en lo bien que lo hubiéramos pasado mis amigas y yo en esa acogedora sala, haciendo acopio de valor para subir al avión. Pero no podía quejarme; estar en compañía del delicioso señor Anglada era aún mejor, así que le dirigí una sonrisa a juego con aquel maravilloso lugar:

—Muchas gracias, jefe.

—De nada, Natasha. —Me observó, curioso, mientras hurgaba en mi descomunal bolso hasta que encontré, por fin, lo que buscaba.

Al lado de mi copa de vino, coloqué una caja de Lexatin y otra de Orfidal.

—¿Quieres uno? —pregunté, como si en vez de dos de los ansiolíticos más potentes del mercado le estuviera ofreciendo un inocente caramelo.

—Caramba, Natasha, ¿no pensarás hacer lo que creo que estás pensando...? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Verás, Jorge, es que me dan pánico los aviones —confesé, avergonzada, ante su expresión de disgusto—. Necesito doparme más que un ciclista en el Tour para reunir el valor suficiente y poder subirme a uno de ellos.

—Tonterías. Eso es porque todavía no has volado conmigo —declaró con tanta seguridad, que ahora fui yo la que frunció el ceño.

—¿Y por qué iba a sentirme más relajada por volar contigo? ¿Acaso tienes superpoderes que puedan impedir que nos estrellemos en el mar y que los tiburones mordisqueen nuestros despojos? —Mis preguntas rezumaban sarcasmo.

—No te preocupes, si caemos al mar desde una altura de treinta mil pies a los tiburones no les va a quedar ni una esquirola de hueso que roer.

Me fastidió que descartara mis temores como si fueran tonterías. Era consciente de que resultaba absurdo preocuparme por si me estrellaba en tierra o en el agua, en ambos casos iba a estar igual de muerta, pero lo cierto era que, solo de pensar en que pudiéramos precipitarnos en esa azul inmensidad, me temblaban hasta las pestañas.

—Puede ser que mis temores sean irracionales, pero no dejan de ser muy reales, así que, si no te importa, hazte a la idea de que ha llegado la hora feliz. Voy a proceder a tomarme mi habitual cóctel antipánico —afirmé, desafiante, y alargué una mano hacia el Lexatin.

Con un rápido movimiento, el señor Anglada cogió las dos cajas de medicamentos, se las guardó en un bolsillo de la chaqueta y permaneció sentado a mi lado con toda tranquilidad mientras yo lo miraba boquiabierta. Entonces, colocó un dedo bajo mi barbilla y me cerró la boca. La impertinencia que encerraba aquel gesto hizo que lo viera todo rojo:

—Señor Anglada, devuélvame mis medicinas ahora mismo. Puede que sea mi jefe, pero eso no le da ningún derecho a decidir lo que puedo o no puedo hacer. —Estaba tan furiosa, que casi mordía las palabras con los dientes.

—Me hace gracia, Natasha, cuando te enfadas conmigo me llamas de usted. Pero quiero que sepas que, a pesar de lo que digas, no consentiré que te conviertas en una yonqui voladora —declaró con firmeza, como si eso fuera el fin de la discusión.

«¿Y ahora qué?», me pregunté sin saber qué hacer.

No podía abalanzarme sobre él y empezar a rebuscar en sus bolsillos, resultaría un comportamiento poco digno; al fin y al cabo, era mi jefe y los

dos éramos adultos.

—Venga, Natasha, no te pongas tan rabiosa. Te prometo que no va a pasar nada.

Conocedor del dilema en el que me encontraba, me lanzó una de sus sonrisas más seductoras; pero yo estaba tan enfadada, que resistí su impacto sin apenas inmutarme.

—Ah, ¿no? ¿Y qué ocurrirá cuando, en pleno vuelo, empiece a gritar, histérica, que quiero bajarme del avión?

—No te preocupes por eso, ya encontraré alguna forma de hacerte callar —prometió sin perder un ápice de esa pachorra tan irritante que le caracterizaba.

En ese momento, anunciaron nuestro vuelo por los altavoces y no me quedó más remedio que dejar de protestar y seguirlo hasta la puerta de embarque. Al entrar en el avión, se me olvidó por unos segundos el miedo que tenía a volar mientras la azafata nos conducía hasta nuestros asientos, muy amplios y completamente reclinables.

—¿Ventana o pasillo? —preguntó el malvado ser al que había jurado no dirigir la palabra durante el resto del viaje.

—Ventana —contesté, perjurando sobre la marcha.

No sabía por qué había elegido la ventanilla; en cuando el avión despegara, estaría tan aterrada que no sería capaz ni de echar un vistazo fugaz. Me desplomé sobre el asiento y lo primero que hice fue quitarme los zapatos con disimulo, agarrar los extremos del cinturón de seguridad y ajustármelo bien a la cintura.

Como una pobre cateta que acabara de llegar a una gran ciudad, empecé a toquetear, curiosa, todo lo que estaba a mi alcance: el DVD, los cascos que venían en una bolsita de plástico, la revista rebosante de fotografías de hoteles y playas maravillosas... pero cuando probaba a memorizar el díptico de instrucciones en caso de emergencia, descubrí la mirada divertida de mi jefe posada sobre mí.

El señor Anglada, entretanto, había aprovechado para quitarse la chaqueta, desabrochar el último botón de su camisa y aflojarse la corbata, aunque no quedó ahí la cosa; también se había remangado los puños de la camisa, dejando sus morenos y nervudos antebrazos al descubierto. Una vez más, me regañé a mí misma por sentirme físicamente atraída por un tipo autoritario y despótico, decidido a salirse siempre con la suya; así que, para no tener que soportar esa incitante, digo, irritante visión, apoyé la

cabeza en el asiento y cerré los ojos.

En ese momento, se encendieron las señales luminosas que indicaban que había que abrocharse el cinturón y que estaba prohibido fumar, como si a estas alturas no lo supiera ya todo quisque. Abrí los ojos de golpe y vi al azafato que, de pie junto al micrófono, soltaba la parrafada habitual. Noté que tenía la boca seca y un vacío doloroso en el estómago.

El auxiliar de vuelo seguía con su ininteligible jerigonza, al tiempo que una guapa azafata ilustraba sus palabras con los gestos pertinentes, cuando el aparato empezó a rodar sobre la pista. La frente se me empapó de un sudor frío y espeso, mientras los dientes me castañeteaban y mis dedos se aferraron como garras a los reposabrazos del asiento. En ese momento, una cálida mano se posó sobre la mía tratando de tranquilizarme, pero yo ya estaba fuera de mí, metida hasta el muslo en un ataque de pánico de los que hacen época.

Los poderosos motores rugieron con furia al aumentar la potencia y la enorme aeronave siguió rodando cada vez más rápido por la pista. Yo sentía que no podía respirar, me faltaba el oxígeno; estaba a punto de ahogarme. Abrí la boca para gritar pidiendo socorro, pero, de pronto, otra boca se abalanzó sobre la mía y me lo impidió.

Unos labios, suaves y cálidos, se posaron en los míos con delicadeza y me besaron con pasión. Atónita, me quedé muy quieta, incapaz de reaccionar. Noté que unos dientes mordisqueaban levemente mi labio inferior y, más tarde, sentí la punta de una lengua tratando de abrirse camino. Apreté los párpados con fuerza, entreabrí los labios y concentré todas mis energías en las sorprendentes sensaciones que el contacto de esa boca despertaba en mí, intentando absorberlas íntegras; como si no quisiera dejar escapar ni un nanosegundo de aquel instante. No me resistí, pero tampoco devolví el beso. Cuando, después de una eternidad, sus labios abandonaron los míos, abrí los párpados con lentitud y me sumergí en aquellos preciosos iris color turquesa que brillaban con intensidad, a menos de diez centímetros de los míos.

—Ves, Natasha, ya te dije que encontraría una forma de hacerte callar.
—Su voz sonó muy ronca y los pelillos de los brazos se me pusieron firmes.

Yo me limité a mirarlo sin contestar y, por fin, él se alejó de mí. En ese momento, me di cuenta de que el avión estaba en el aire y de que el roce de esa boca había logrado su propósito: había conseguido que, por unos

minutos, me olvidara de todo lo demás. De pronto, me sentí igual que un globo desinflado y me entraron unas ganas terribles de echarme a llorar; tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para contenerme. Tras la ansiedad padecida, ese último esfuerzo me dejó exhausta y sin fuerzas, así que cerré los ojos y me quedé dormida al instante.

Desperté un par de horas más tarde, desorientada por completo. Giré la cabeza y mis ojos se detuvieron sobre el anguloso perfil del señor Anglada que hojeaba el periódico. En ese instante, él también se volvió hacia mí y recordé de golpe lo ocurrido. Muerta de vergüenza, noté el calor de la sangre que inundaba mis mejillas, pero antes de poder desviar la mirada, mi jefe habló por fin:

—¿Te encuentras bien, Natasha? —Sonaba preocupado, pero en su mirada amistosa no pude descubrir ni rastro de coqueteo y pensé que quizá lo había soñado todo—. Siento lo sucedido. De pronto noté que estabas a punto de estallar y fue lo único que se me ocurrió para evitarlo, perdóname.

—No hay nada que perdonar —contesté, turbada, dirigiéndole una trémula sonrisa—. Me dejaste estupefacta, pero funcionó.

—Quiero que me perdones por pensar que estabas exagerando. —¿Entonces no se arrepentía de haberme besado?—. No creí que lo tuyo fuera una auténtica fobia.

—Así que piensas que soy una exagerada a la que le gusta montar el numerito, ¿eh? —traté de bromear, al tiempo que me apartaba un mechón de pelo de la cara.

—Para nada, no creo que te guste dar el espectáculo, pero es inevitable que la gente esté pendiente de ti; creo que eres la persona más vital que he conocido jamás. Me fascina la forma que tienes de exprimir hasta la última gota del zumo de la existencia y, sin embargo, me doy cuenta de que esa forma de ser te puede meter en problemas.

Confusa, me miré los dedos que mantenía entrelazados sobre mi regazo, sin saber muy bien qué decir y, de nuevo, su mano, grande y cálida, se posó sobre las mías.

—Natasha, no le des más vueltas. Aparte de ser jefe y empleada, podemos ser amigos, ¿no? —Me sonrió y me vi obligada a devolverle la sonrisa; en verdad, era el hombre más encantador que había conocido.

—¿Amigos? Me gusta. Pero sin derecho a roce, ¿eh? —contesté, alzando una ceja.

—Por supuesto, nuestra amistad será pura y desinteresada. Lo sellaremos con un beso... un beso espiritual... —Antes de que pudiera protestar, se inclinó sobre mí, enmarcó mi rostro con las dos manos, y depositó un casto beso sobre mi frente que provocó que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se pusieran en estado de revista.

«Espiritual y una mierda, esto se me está yendo de las manos», me dije.

Me sentía tan espiritual como una bailarina de *lap dance* a la acabaran de meterle un billete de cien euros en la liga. La azafata nos interrumpió, preguntándonos si deseábamos comer algo y, aunque no tenía nada de hambre, asentí con entusiasmo, deseosa de tener algo que hacer que me impidiera concentrar mi atención en el hombre que estaba a mi lado.

La carta tenía una pinta estupenda. La auxiliar también nos ofreció cava y de nuevo acepté; poco después, ambos saboreábamos unos platos deliciosos acompañados de sendas copas de vino espumoso. Cuando terminamos de comer me sentí mucho más relajada y con ganas de charlar.

El señor Anglada, en un momento dado, me felicitó por tener una familia tan unida y agradable y yo aproveché para preguntarle por la suya y tratar de averiguar algo más de él. Me contó que al quedarse huérfano a los doce años su padrino, un ingeniero de caminos solterón y algo excéntrico —recordé vagamente que María Ibáñez lo había mencionado en alguna ocasión—, lo acogió en su casa con los brazos abiertos.

—Lo siento —fue lo único que fui capaz de decir; si la muerte de mi padre cuando yo era niña había sido terriblemente difícil de soportar, no quería ni imaginar cómo me habría sentido si también hubiera perdido a mi madre.

—Sí, fue muy duro. El tío Óscar era el único pariente que me quedaba, pero a pesar de la perturbación que acoger a un niño de mi edad significaba en su organizada existencia, mi padrino se volcó conmigo y nunca me hizo sentir como un estorbo. Además, me inculcó su pasión por las grandes obras de la ingeniería civil. Fueron años felices, aunque reconozco que me hubiera gustado ser miembro de una familia numerosa, llena de hermanos, de alboroto y de risas; así que, cuando veo una familia como la tuya, no puedo evitar sentir una cierta envidia.

Me hubiera gustado apretar su cabeza contra mi pecho y consolar a ese niño solitario que un día fue, pero me limité a sonreírle con ternura y algo ocurrió entre nosotros en ese instante; como si de repente, al compartir conmigo sus recuerdos, Jorge Anglada se hubiera acercado mucho más a

mí. Seguimos hablando de todo y de nada, y ya no paramos hasta que el piloto anunció que estábamos a punto de aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Dubai.

—Tranquila... —dijo, al tiempo que entrelazaba sus largos dedos con los míos y los apretaba con suavidad.

Yo cerré los ojos y me concentré en el contacto, cálido y seco, de esa mano, y en la energía que me transmitía. Cuando los volví a abrir, el avión se deslizaba con suavidad por la pista de aterrizaje.

—Gracias, Jorge, espero que algún día recuperes el uso de tus dedos. — Traté de bromear con voz débil, mientras retiraba mi mano de la suya con suavidad; me había aferrado con tanta fuerza a él que estaba segura de que le había hecho daño.

Me hizo una ligera caricia en la mejilla, mientras me dirigía una de esas fascinantes sonrisas suyas que licuaban mis articulaciones.

—No hay de qué.

Descendimos del avión con rapidez. Ya estábamos en Dubai.

Capítulo 14

Dubai, ¡por fin!

—Cierra la boca, Natasha. —A pesar de que estaba exagerando, yo me sentía exactamente igual que un niño que contemplase por primera vez las iluminaciones navideñas de la Puerta del Sol.

El aeropuerto era impresionante, como un gigantesco centro comercial lleno de tiendas de lujosas marcas. En su interior, inmensas columnas y suelos de mármol alternaban con maravillosos y relajantes jardines zen y largas filas de imponentes palmeras naturales de más de diez metros de altura.

—Dios mío, qué derroche de... de...! —Era incapaz de expresarme.

—Bienvenida al país del esplendor de las mil y una noches. Este es el aeropuerto más concurrido de Oriente Medio. Ahora están construyendo otro diez veces más extenso que se convertirá en el mayor aeropuerto del mundo. A los dubaitíes les encanta hacer las cosas a lo grande: el edificio más alto, el único hotel de siete estrellas, la fuente y el centro comercial más grandes... incluso el mayor parque de atracciones del mundo, llamado Dubailand.

—Estos tíos tienen una fijación con el tamaño. —Alzó una ceja, socarrón, haciendo que me sonrojara y me enojé conmigo misma; ya iba siendo hora de que aprendiera a contar hasta diez antes de soltar lo primero que se me pasaba por la cabeza.

Un enorme coche oscuro nos esperaba a la salida para conducirnos al hotel y, pegada a la ventanilla, procuré no perderme detalle del *skyline* de Dubai, coloreado en tonos malvas y naranjas, contra el que se recortaban las siluetas de una maraña de grúas y edificios en construcción. A pesar de que el sol comenzaba a ponerse, la temperatura exterior rondaba los cuarenta grados, pero yo no había sentido calor en ningún momento, más bien al contrario; el aire acondicionado funcionaba a plena potencia en todas partes.

El hotel también era un derroche de lujo y ostentación. Los mármoles, los dorados, y el cristal estaban a la orden del día y despedían tal resplandor que me dieron ganas de ponerme las gafas de sol. Mi jefe me acompañó hasta la puerta de mi habitación, contigua a la suya.

—Me imagino que estarás agotada. Lo mejor será que pidas algo de cenar al servicio de habitaciones y te acuestes temprano. Mañana será un

día largo y cansado, y necesito que estés en plena forma. Nos reuniremos a las seis en el restaurante para desayunar. ¿De acuerdo?

—Muy bien. A las seis. Buenas noches, jefe.

—Buenas noches, Natasha.

En cuanto cerré la puerta, con un rápido movimiento de los pies lancé mis *stilettos* por los aires y me tiré en plancha sobre los mullidos almohadones de la monumental cama con dosel de madera tallada, que parecía el nido de amor perfecto para un jeque y su harén al completo.

Llamé al servicio de habitaciones, pedí un pequeño banquete y fui a llenar la bañera. En el umbral del arco que daba paso al cuarto de baño me paré en seco y no pude evitar lanzar un largo silbido de obrero de la construcción. Más que un cuarto de baño al uso, eso era un auténtico *hammam*, con una inmensa bañera de obra recubierta de mosaico de colores.

Palmoteé de alegría y empecé a quitarme la ropa lo más deprisa posible. Cuando estuve dentro del agua, rodeada de una capa de diez centímetros de aromática espuma, cerré los ojos sintiéndome Zoraida, la princesa mora, preparándose para recibir la visita del poderoso Alí Bajá. Casi podía ver ese vigoroso cuerpo masculino despojándose de su túnica blanca con un movimiento airoso, al tiempo que, lentamente, introducía en el agua sus piernas morenas y musculosas, y se acercaba más y más a mí, con la llama de un deseo salvaje brillando en sus iris color turquesa...

Abrí los ojos de golpe y sacudí la cabeza con fuerza para tratar de expulsar de mi cabeza aquellas fantasías. ¡Por Dios, estaba salivando! Salí de la bañera abandonando a Zoraida a su suerte, y me convertí de nuevo en la Natasha de siempre, eso sí, viviendo a todo plan. Acababa de cubrirme con un suave y esponjoso albornoz con el monograma del hotel bordado con hilo dorado sobre el pecho, cuando llamaron a la puerta.

—*Room service!*

En cuanto terminara de cenar, me prometí que haría unas cuantas fotos con mi móvil y se las enviaría a mis amigas; iban a alucinar.

Durante los días que siguieron, el ritmo fue completamente frenético. La mañana del primero quedamos muy temprano con nuestros socios americanos para perfilar los últimos detalles de la estrategia. La presentación era a las diez y hubo varios momentos difíciles en los que

pensé que no sería capaz de aguantar la presión. Por fortuna, Jorge Anglada —que, por supuesto, se jugaba mucho más que yo—, a pesar de estar en multitud de cosas al mismo tiempo, como un malabarista con veinte antorchas llameantes en el aire, conservaba una calma envidiable que se contagiaba al resto del equipo.

Aunque yo iba vestida de forma muy discreta, casi monjil —falda holgada por debajo de la rodilla, medias oscuras, zapatos con poco tacón, camisa cerrada hasta el cuello, una chaqueta abrochada por delante y el pelo bien recogido en un moño bajo (vamos, que ni por todo el oro del mundo caminaría por las calles de Madrid con semejantes pintas)—, cuando llegamos al inmenso rascacielos de acero y cristal donde nos recibiría nada menos que un sobrino del jeque Mohamed Bin Rachid al Maktum, emir de Dubai, una mujer me tendió un pañuelo de gasa y me indicó que me cubriera la cabeza. Después nos hizo pasar a una inmensa sala decorada, cómo no, de forma suntuosa.

Unos diez hombres, vestidos con las típicas túnicas blancas llamadas *kandora* y tocados con *hattas* de lino sujetas con un cordón negro, nos esperaban sentados en cómodos sillones de cuero. Jorge Anglada hizo las presentaciones y, como me había aleccionado con anterioridad, me abstuve de tenderle la mano a ninguno de ellos, pues en la cultura islámica no está bien visto que una mujer toque a un varón que no sea familiar directo.

Tras una serie de vídeos espectaculares que habíamos elaborado para la presentación, mi jefe empezó la exposición y no pude dejar de contemplarlo, arrobada, mientras hablaba. Se expresaba con seguridad y el ritmo que imprimía a sus palabras resultaba interesante y enérgico, y lo acompañaba, además, con gestos serenos y elegantes. Si él no era capaz de persuadir a aquellos señores de que la tecnología que les ofrecía era la mejor del mercado, no sabía quién lo haría. A mí me tenía completamente convencida. Entonces, me llamé al orden y a la disciplina; debía concentrarme por completo en lo que nos ocupaba ya que, en breve, sería yo la que tendría que hablar delante de todos.

Mi turno llegó demasiado pronto; me levanté de mi asiento con desgana, y me dirigí al fastuoso estrado de mármol de Carrara y bronce dorado, desde donde me encaré con ese auditorio formado en exclusiva por hombres de túnicas inmaculadas y aspecto severo. Pensé que mis piernas no soportarían el peso de mi cuerpo y tuve que agarrarme con fuerza al atril de madera maciza. Por un segundo, temí que me diera uno de mis

ataques de verborrea incontrolable y me diera por contarles un chiste feminista tipo: «¿Qué hay detrás de un hombre inteligente?», y uno de aquellos adustos individuos levantara la mano para contestar: «Una mujer sorprendida».

Pero cuando mi boca empezaba a abrirse como por voluntad propia, mi mirada asustada se cruzó con otra mirada, clara y tranquilizadora, y mi jefe me hizo un guiño cómplice. En ese instante recuperé el control sobre mi mente y mi cuerpo, y empecé a explicar de una forma, concisa y amena, todos los detalles en los que había estado trabajando con diligencia y entusiasmo durante los últimos meses.

Después llegó el turno de los americanos y luego hicimos un descanso, que aprovechamos para comer. Por la tarde empezaron las preguntas y, aunque hubo para todos, fue Jorge Anglada el encargado de contestar a la mayoría de ellas. Era una auténtica máquina; no titubeaba ante ninguna cuestión y contestaba con precisión y sencillez incluso a las cuestiones más técnicas.

La sesión terminó varias horas después y, agotados, regresamos al hotel, donde solo nos quedaron energías suficientes para cenar algo rápido en la cafetería y subir a nuestras habitaciones a tomar un baño caliente y a prepararnos los temas del día siguiente. Durante las cuatro jornadas que siguieron repetimos un patrón muy parecido, y me reí de mis sueños de jaimas y desiertos exóticos. Ni siquiera había visitado la ciudad; lo único que había visto de Dubai eran el aeropuerto, el hotel y el moderno edificio donde tenían lugar nuestros encuentros con los emiratounidenses.

La noche del quinto día, terminamos por fin. Ya solo quedaba esperar una respuesta que no llegaría antes de un par de meses. Exhaustos, esa noche ni siquiera tuvimos ganas de cenar. Jorge Anglada me acompañó hasta la puerta de mi habitación y se volvió hacia mí.

—Natasha, te agradezco el magnífico trabajo que has realizado, ha superado todas mis expectativas. —Alargó la mano y, con delicadeza, retiró un mechón de pelo que me caía sobre el rostro y lo sujetó detrás de mi oreja.

Lo miré subyugada, como una perrita a la que hubieran rascado detrás de la cabeza. No sé qué tenía ese hombre, pero a menudo me hacía sentir como un animalillo pacífico y sumiso; casi me daban ganas de sentarme sobre mis cuartos traseros, subir las patitas delanteras y jadear con la lengua fuera.

—Muchas gracias, Jorge, pero has sido tú el que lo has hecho de fábula. John Dylan me ha comentado lo impresionado que está por cómo lo has manejado todo, y hasta el inexpresivo sobrino del jeque parecía encantado contigo.

—Mañana despiértate a la hora que quieras, puedes relajarte en la playa y, si quieres, por la tarde te llevo a dar una vuelta por la ciudad. —Me miró sonriente y me dieron ganas de contestarle que con él me iría al fin del mundo si me lo pidiera.

—¡Me encantaría! Ya pensaba que volvería a España sin haber tenido la oportunidad de visitar Dubai.

—Será una visita relámpago, pero es mejor que nada, ¿no crees? —Sus familiares arrugas en las comisuras de los párpados hicieron acto de presencia y contuve un suspiro—. Hasta mañana, Natasha.

—Hasta mañana, Jorge. —Me disponía a cerrar la puerta cuando me llamó una vez más.

—Natasha...

—¿Sí?

—Esto... quería decirte... —Por primera vez desde que lo conocía no parecía capaz de encontrar las palabras adecuadas, así que permanecí en silencio para no interrumpirlo—. Verás...

Al ver que no terminaba de arrancar, no pude contenerme.

—¡Caramba, jefe, me tienes en ascuas! Si no fuera porque a estas alturas sé de sobra que eres un hombre imperturbable, diría que estás nervioso. ¿Te ha ofrecido alguien algún camello por mí y te lo estás pensando?

—Jamás te cambiaría por un miserable camello —respondió, rotundo, al tiempo que clavaba sus ojos chispeantes en los míos.

—¿No? —Me sentí extrañamente emocionada.

—No me conformaría con menos de una docena...

—Vaya, muchas gracias. —Lo miré con el ceño fruncido—. Pensé que quizá tendría la oportunidad de vivir rodeada de lujos y riquezas sin fin por siempre jamás.

—No aguantarías esa vida ni cinco minutos —respondió con su atractiva sonrisa.

—¿Cómo lo sabes? Soy una persona superficial y terriblemente materialista.

—Puede ser, pero ¿te imaginas lo que sería vivir sin poder decir lo primero que se te pasa por esta cabecita? —Colocó su dedo índice entre

mis ojos para darle más énfasis a sus palabras.

—Muchas gracias por darme a entender que soy una bocazas —respondí, indignada—, pero no cambies de tema, ¿qué es lo que me ibas a decir?

—¡Vaya por Dios, se me ha olvidado! —exclamó, golpeándose la frente con un gesto exagerado; desde luego, era un tipo de lo más irritante—. ¡Cuidado con la vena, Natasha, está a punto de estallar!

—Muy gracioso, pues si no tienes nada más que decirme, te deseo buenas noches, estoy agotada.

—Hasta mañana, Natasha, que tengas dulces sueños... —Cerré la puerta de golpe mientras trataba de dilucidar si lo que había detectado en su expresión era ternura o, quizá, una forma más sutil de su perenne pitorreo.

Bien embadurnada de protector solar factor cincuenta, y luciendo mi bikini nuevo y una camisola semitransparente en tonos llamativos, bajé a la playa privada del hotel que, hasta ese momento, me había limitado a contemplar con anhelo desde la terraza de mi habitación.

La franja de arena blanca salpicada de esbeltas palmeras se extendía durante varios kilómetros, en profundo contraste con las cristalinas aguas turquesa que tenían el color exacto de los ojos de mi jefe. La playa, espectacular y paradisíaca, me pareció más propia del caribe que de un país árabe. Muy ilusionada y dispuesta a saborear a tope el poco tiempo que me quedaba, me tumbé en una de las cómodas hamacas frente al mar.

Enseguida, se acercó un joven y sonriente camarero de dientes perfectos para preguntarme si deseaba tomar algo. Sintiéndome como una excéntrica millonaria, le pedí el zumo más exótico que tenían en la carta. Justo cuando empezaba a pensar —recostada contra el respaldo de la hamaca, con los párpados entrecerrados y dando pequeños sorbos a la bebida más deliciosa que había probado jamás— que la vida no podía ser más maravillosa, una voz desconocida me sacó de mi ensoñación.

—Diablos, Arturo, déjame respirar. Acabo de salir de una guerra y ya me quieres mandar a otra. —Tan cotilla como siempre, conecté la antena; también era casualidad que me hubiera sentado al lado de uno de los pocos españoles que debía haber en el hotel.

Con disimulo, giré la cabeza y descubrí a un atractivo individuo de unos cuarenta y cinco años, vestido con bermudas y una chillona camisa hawaiana de manga corta, despatarrado sobre una hamaca junto a la mía. El

hombre me descubrió mirándolo y me guiñó un ojo y yo, en vez de hacer como que no me había dado cuenta, le sonreí. A pesar de su aspecto baqueteado, con el oscuro pelo revuelto, la barba de tres días y unas profundas sombras bajo sus ojos, el tipo me cayó bien desde el principio.

—Que no, Arturo, me importa una mierda lo que me digas. Voy a quedarme aquí un par de días tumbado al sol, emborrachándome a placer y ligando con una morenaza espectacular que no me quita los ojos de encima. —Debería haber vuelto la cabeza hacia otro lado con dignidad pero, en lugar de hacerme la ofendida, me entró la risa floja. El hombre colgó el móvil y me miró sonriente—. Así que te gusta escuchar las conversaciones ajenas, ¿eh?

—¿Cómo sabes que entiendo lo que me dices? —le contesté con otra pregunta.

—Nunca me equivoco con la nacionalidad de las mujeres, tienes cara de española de pura cepa.

—Curioso, porque soy medio rusa —respondí, socarrona.

—¡No puedo creer que me haya equivocado otra vez! —exclamó con fingida consternación—. Rafael Vergara, corresponsal de guerra en proceso de recuperación tras mi última aventura. Debo advertirte que me encanta contar batallitas.

Estreché la mano que me tendía.

—Natasha Poliakova, ejecutiva de medio pelo en proceso de recuperación tras una presentación de negocios. Disfruto hablando sin ton ni son.

—Bueno, ahora que somos amigos, vamos a celebrarlo contándonos nuestras respectivas vidas. ¡Eh, chico! —Hizo una seña al sonriente camarero que me había atendido antes—. Tráeme un *whisky on the rocks* a toda leche.

A pesar de que lo dijo tal cual, mitad en español y mitad en inglés, el avisado muchacho le entendió a la primera y corrió a ponerle lo que le había pedido.

—¿Es tu primera vez en Dubai?

—Sí. Es la primera vez que vengo a Asia, porque cuando estuve en Rusia permanecí en la zona europea, así que no cuenta. Tú me imagino que habrás estado en un montón de sitios... —Lo observé con interés, sus bermudas y su camisa estaban muy desgastadas y tenían varios agujeros.

—Pues sí, tengo el mundo bastante visto. Aquí en Dubai también he

estado unas cuantas veces. Cuando llego, por ejemplo, de Afganistan, donde solo hay polvo y ruinas, y veo a todos estos jeques a mi alrededor podridos de dinero, con sus cochazos y estos edificios llenos de lujos horteras, a veces pienso que he muerto y estoy en el paraíso.

Dio un buen trago a la copa que le acababan de llevar y encendió un cigarrillo. Desde luego, si alguien me hubiera preguntado alguna vez cómo me imaginaba que sería un corresponsal de guerra, les hubiera descrito a Rafael Vergara, trocito a trocito. Una vez que le paré los pies a sus ansias de toquetearme, resultó un interlocutor interesante y divertido. En un momento dado, me reía a carcajadas de una historia bastante picante que acababa de contarme cuando, al alzar la vista, descubrí los ojos de Jorge Anglada fijos en mí. Iba vestido con pantalón corto, camiseta y zapatillas, así que imaginé que pensaba hacer footing por la playa. Me disponía a hacerle un gesto de reconocimiento, cuando él desvió la mirada, como si no supiera quién era yo, y se puso a hablar con una pelirroja escultural que estaba a su lado.

De pronto, la alegría que había sentido durante toda la mañana por lo maravilloso del lugar y la estimulante compañía de Rafa Batallas desapareció como el agua por un sumidero. ¿Quién sería esa mujer con aquellos enormes implantes en el pecho? ¿Por qué se le acercaba tanto para hablar con él? ¡Por Dios, si iba medio desnuda! La parte inferior de su bikini, más que un tanga, era un tirachinas. Me entraron ganas de levantarme, agarrarla de esos rizos pelirrojos y arrancarle la cabeza de un buen tirón.

—Phine al ataque —comentó Vergara, que había seguido la dirección de mi mirada.

—¿La conoces?

—Josephine Vine. Casi todos los que llevamos por aquí un tiempo dando vueltas la conocemos. Trabaja como reportera para uno de los diarios norteamericanos más importantes y su hobby es coleccionar hombres. Mi amigo Dante y yo sospechamos que tiene un cinturón de más de tres metros de largo en el que graba las muescas de sus triunfos; dos de ellas nos pertenecen —afirmó con orgullo.

—Veo que no eres muy selectivo —comenté de mal humor.

—Oye, Nata, ¿por qué te enfadas? ¿No será que te gusta el tipo al que está tratando de atrapar entre sus redes? —Nada escapaba a los perspicaces ojos de mi nuevo amigo.

—¡Qué tontería! —Di un gran sorbo a mi bebida y me atraganté.

—Tranquila, tranquila, no he dicho nada —dijo Rafa mientras me frotaba la espalda, en teoría para ayudarme a respirar de nuevo.

—Alto, Rafa, que te veo venir —ordené cuando, por fin, dejé de toser.

—Caramba, Nata, ¿por qué no puedes ser un poco más parecida a Phine? No me importaría nada que pusieras unas cuantas muescas a cuenta mía en tu cinturón. —Al ver su expresión desencantada no pude reprimir una carcajada; a pesar de su descaro, Rafael Vergara me caía bien.

—Lo siento, Rafa, le he dado vacaciones al amor. Le he jurado a mis amigas que no me acercaría a menos de dos metros de un hombre medianamente atractivo.

—Y tu siempre cumples tus promesas...

—Bueno, al menos lo intento —repuse, encogiéndome de hombros.

—Pues a mí me da que el tipo ese grandote, al que Phine no para de pasarle las tetas por las narices, te gusta bastante... —Entornó los párpados y me miró con atención.

—Te has bebido el whisky demasiado rápido, pequeño saltamontes, y no dices más que sandeces. Para tu información, ese tipo grandote es mi jefe y, además, tiene una novia en Madrid. Así que no le des más vueltas al asunto en tu mente pervertida. —Según hablaba saqué mi Ipod y unos auriculares.

—¡¿No irás a aislarte de mi interesante conversación con ese cacharro?!

—Fruunció el ceño con severidad y de nuevo me hizo reír.

—He pensado que me irá bien dar un paseo por la playa, hace más de cinco días que no hago ningún tipo de ejercicio y me siento entumecida. ¿Quieres venir?

—Creo que mejor me quedaré aquí tirado y pediré otro de estos. — Señaló su copa vacía—. Lo mío es un caso severo de cansancio acumulado. ¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Mi idea de un fin de viaje memorable había sido una cena romántica con Jorge Anglada después de visitar la ciudad, pero, al ver cómo se reía con la lagarta pelirroja, lo descarté de un plumazo.

«Además —me recordé— tiene novia».

—¿Por qué no? Estaré encantada.

—Perfecto, te llevaré a un restaurante que conozco. Creo que te gustará. ¿A las nueve en el vestíbulo?

—A las nueve, muy bien.

Capítulo 15

Una cultura distinta

Decidí dejar todas mis cosas en la hamaca. Había oído decir que Dubai era uno de los lugares más seguros del mundo. Encendí el Ipod, me coloqué los auriculares y me dirigí hacia la orilla del mar.

No sé cuántos kilómetros anduve por esa arena, suave y blanca. La brisa marina era fresca y agradable, y con mi música favorita y las espectaculares vistas —a un lado las aguas del mar casi transparentes y al otro los espléndidos hoteles y edificios de apartamentos que jalonaban la lengua de tierra—, hicieron que el tiempo pasara sin sentir.

De pronto, noté que alguien me agarraba de un brazo y empezaba a sacudirme. Con la otra mano me quité los auriculares y miré desconcertada a la mujer, vestida de negro de arriba abajo —tan solo sus ojillos malintencionados asomaban por una estrecha abertura—, que no paraba de lanzar frases ininteligibles en un tono desagradablemente chillón sin soltar mi brazo.

—No entiendo lo que me dice —le dije en inglés, en español, en ruso y en francés, pero esa cucaracha histórica no paraba de dar voces.

Sentí como alguien más me agarraba del otro brazo y, al volverme, vi a un hombre de largas barbas blancas, vestido con un bañador negro y una camiseta de tirantes, que se sumaba a la ceremonia de desmembramiento. El viejo también chillaba y su cara estaba tan cerca de la mía, que notaba la desagradable humedad de las salpicaduras de su saliva en mi rostro.

—Eh, abuelo, suélteme de una vez y tú también, bruja asquerosa! —No me di cuenta de que les estaba gritando en español.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí? —Nunca pensé que pudiera alegrarme tanto al oír una voz conocida.

—¡Jorge, gracias a Dios! Estos dos oligofrénicos me han atacado de repente y no entiendo nada de lo que dicen. —Mi alivio era tan enorme, que si hubiera tenido los brazos libres se los habría echado al cuello.

En un tono, profundo y enérgico, Jorge Anglada soltó una parrafada en árabe que hizo que los otros dos se callaran y soltaran mis brazos en el acto. Me quedé contemplándolo, boquiabierto de admiración.

—No sabía que hablaras árabe.

—Y no lo hablo. Solo sé cuatro palabras: amigo, cordero, Alá es grande y camello asqueroso. —Con un rápido movimiento, se quitó la camiseta

que llevaba y tendiéndomela, me ordenó—: Ponte esto.

—Está toda sudada... —La agarré con dos dedos, mientras esbozaba una mueca de asco.

—Natasha, ponte la camiseta ahora mismo si no quieres que nos lapiden sobre la marcha.

Asustada, miré a mi alrededor y descubrí que una turbamulta, de mujeres vestidas de negro y tapadas por completo, y hombres en bañador y camiseta de tirantes, se acercaba a nosotros con intenciones aviesas. Sin perder ni un segundo más en inútiles protestas, me puse la empapada camiseta que me quedaba enorme y me llegaba justo por encima de las rodillas.

—Señores, el espectáculo ha terminado! —anunció el señor Anglada en español con una breve inclinación de cabeza, como si acabáramos de ejecutar un difícilísimo número circense, luego me cogió de la mano y, sin mucha delicadeza, me arrastró en dirección al hotel. Por fortuna, la serenidad y el aplomo de mi jefe impidió que la muchedumbre reaccionara, y conseguimos alejarnos de allí sin sufrir nuevos percances.

—¿Es que nunca te paras a pensar, Natasha? —La dureza de su tono me hizo mirarlo con estupor.

—Pero, ¿qué es lo que he hecho?

—¿Todavía no te has enterado de que estamos en un país musulmán? ¿De que aquí las mujeres tienen que vestir de una forma especial? ¿No sabes que puedes acabar en la cárcel por algo tan nimio como andar en bikini por la playa? Sobre todo, cuando el fabricante del tuyo no gastó mucha tela en él...

—Pero en el hotel todas las mujeres iban en bikini —balbuceé y luego, indignada, añadí en una voz mucho más firme—. Además, tu amiga pelirroja llevaba uno mucho más atrevido que el mío.

—Ahora no estás en la playa privada del hotel; te encuentras en una playa pública en mitad de Dubai, un país musulmán y, por lo tanto, tremendamente conservador. Y perdona que te lo diga, pero tu bikini no deja mucho a la imaginación, más de un baboso no podía apartar la vista de tu cuerpo.

Me quedé callada, sin saber qué decir; había estado tan concentrada en la música y en el paisaje, que no me había dado cuenta de nada. Estaba tan avergonzada que aguanté su reprimenda sin decir una palabra hasta que estuvimos cerca de nuestro hotel.

—Lo siento —susurré por fin, aunque seguía pensando que mi bikini era un bikini normal y corriente.

En ese momento, vi un cartel en el que antes no me había fijado que señalaba el límite de la playa del hotel. Con un movimiento ágil me arrojé de rodillas sobre la arena y, juntando las palmas de las manos en actitud de plegaria, exclamé en voz alta:

—Dios mío, gracias por permitirme nacer en pleno barrio de Chamberí cuando decidiste que yo sería una mujer!

—Estás como una auténtica cabra, Natasha. —Riendo, mi jefe tiró de mi brazo y me obligó a ponerme de nuevo en pie—. Venga vete a cambiar y, entretanto, aprovecharé para ducharme. Te espero en media hora en el vestíbulo del hotel. Visitaremos Dubai y comeremos algo por ahí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, jefe —contesté dirigiéndole una amplia sonrisa y él me miró con una expresión que no fui capaz de descifrar, antes de alejarse en dirección al ascensor.

Yo fui a recoger las cosas que había dejado en la hamaca, subí a mi habitación y treinta minutos después estaba de nuevo en el vestíbulo.

—Muy puntual —aprobo el señor Anglada, levantándose de uno de los suntuosos sillones de brocado dorado.

—Aunque no lo creas, yo también tengo mis virtudes —afirmé, desafiante, sin embargo, él no entró al trapo y cuando nos subimos al taxi que nos esperaba en la puerta del hotel, el ambiente entre nosotros era de nuevo amistoso.

Primero fuimos a un restaurante de comida árabe, que en Dubai no abundaban precisamente. Como de costumbre, disfruté probando cosas nuevas —yo, siempre que se tratase de comer, me adaptaba a casi todo— y la tarde la dedicamos a ver todas las maravillas de la ciudad: el Burj al Arab, el único hotel del mundo de siete estrellas, que parecía suspendido en el mar y tenía forma de vela de barco; el Burj Dubai, el edificio más alto del mundo, con más de ochocientos metros de altura; Jumeirah Beach, la playa más famosa de Dubai, donde se encontraban las Palm Islands, unas islas artificiales destinadas a convertirse en residencial de lujo de los millonarios del planeta. Las construcciones en aquel pequeño emirato parecían hechas a propósito para dejarte sin aliento; desde luego, jamás había visto nada parecido en los países que había visitado hasta entonces.

Como ya había notado en numerosas ocasiones, el señor Anglada tenía

un peculiar sentido del humor y, aunque a veces me molestaba su tendencia a reírse de mí, muy a menudo también lo hacía conmigo y, por supuesto, yo con él. La tarde fue una de las más divertidas que había pasado en mi vida. Jorge Anglada parecía relajado por completo, y la verdad era que había momentos en los que tenía que recordarme muy seriamente que era mi jefe. Además, era un hombre muy culto y tenía una forma muy vívida e interesante de contar las cosas, muy distinta de la de algunos de los individuos que me habían gustado en distintas épocas de mi vida y que, solo ahora, era capaz de reconocer que resultaban francamente pedantes.

Regresamos al hotel a la puesta de sol. Todavía estábamos riéndonos de la última aventura que nos había ocurrido en el taxi de vuelta, cuando la matahari pelirroja de la piscina nos salió al paso vestida como una exótica hurí del paraíso que Mahoma prometió a sus seguidores; aunque el único rastro de virginidad perpetua que había en Josephine Vine era la V de su apellido.

—Querido, te estaba esperando. —A mí me ignoró como si fuera uno de los recargados jarrones de cristal que abundaban en la decoración—. He reservado una mesa para dos en...

Nombró uno de los restaurantes más de moda de Dubai, donde Rafa Vergara me había comentado que la lista de espera era de tres meses. De nuevo, la alegría de la tarde que habíamos pasado juntos se esfumó de golpe.

—Había pensado cenar con Natasha... —empezó a decir mi jefe, pero yo lo interrumpí con aparente indiferencia.

—Perdona, Jorge, me había olvidado de decirte que esta noche he quedado a cenar con Rafa Vergara. —Pese a que le agradecía que hubiera pensado en mí, en mi mente el rostro de Josephine Vine se confundía con el de Marcela Navarro.

Jorge Anglada tenía novia. N-O-V-I-A. Ya iba siendo hora de que me lo metiera en la cabeza y dejara de olvidarlo cada dos por tres; si él decidía ignorarlo, era su problema.

—Os dejo. Tengo que subir a vestirme. —Ignoré el ceño fruncido de mi jefe y desaparecí de allí a toda velocidad.

Me di prisa en arreglarme, pues casi eran las nueve y cuando salí de la habitación, me crucé con el señor Anglada que abandonaba la suya en ese instante. Su mirada turquesa se deslizó, insondable, sobre mi melena castaña, que había cepillado hasta arrancarle el brillo de la madera, siguió

por mi vaporoso vestido blanco cuyo escote dejaba mis hombros al descubierto y bajó hasta mis sandalias con tacones de vértigo; luego regresó a mi rostro, pero no dijo nada. Yo también había aprovechado esos segundos para repasar su imponente figura de arriba abajo, y lo encontré más seductor que nunca vestido con unos elegantes pantalones oscuros y una inmaculada camisa por la que asomaba ese cuello, fuerte y moreno, que, demasiado a menudo, despertaba en mí instintos vampíricos. En silencio, nos metimos en el ascensor y nuestros dedos se rozaron cuando los dos nos abalanzamos sobre el botón al mismo tiempo.

—Perdón. —Nos disculpamos al unísono, mientras yo movía la muñeca en círculos con disimulo, como si el electrizante contacto hubiera paralizado mi mano.

Sin poderlo evitar, cerré los ojos y aspiré con deleite ese olor que le caracterizaba; definitivamente, si fuera una Nariz embotellaría esa fragancia, discreta y viril, para respirar su aroma a todas horas.

—¿Estás cansada? —Abrí los ojos en el acto, avergonzada de haberme dejado llevar por mi éxtasis olfativo y mentí como una bellaca.

—Un poco, ha sido una tarde muy agitada. —Pero sabía que si me lo hubiera pedido, me quedaban energías más que suficientes para bailar con él durante toda la noche, o hablar hasta el amanecer sentados sobre la fresca arena de la playa o...

¡Alto!

Con resolución, frené en seco las excitantes imágenes que se empeñaban en infiltrarse en mi cabeza. Por fortuna, justo entonces el ascensor se detuvo en la planta baja y lo primero que vimos al abrirse las puertas fue a Phine y a Rafa esperándonos, impacientes, sin ni siquiera dirigirse la palabra.

Nos despedimos ahí mismo y cada cual se fue con su pareja. Tuve que hacer un gran esfuerzo para sacudirme la ligera depresión que me invadió; pero, por fortuna, Rafael Vergara, corresponsal de guerra en los rincones más desolados del planeta, resultó un compañero de lo más ameno.

Mi nuevo amigo me llevó a un pequeño restaurante pegado al mar, donde el cocinero, un italiano que hablaba a toda velocidad, parecía conocerlo desde hacía mucho tiempo. En la terraza, adornada con pequeñas palmeras dispuestas aquí y allá, y con una iluminación indirecta muy agradable, la temperatura era perfecta; ni siquiera necesitaba cubrirme los hombros con el chal que había llevado. Prefería mil veces cenar allí que

dentro de uno de esos lujosos restaurantes con el aire acondicionado a todo trapo.

—Y allí estábamos, Jean Pascal de *Le Figaro* y yo, empotrados en una patrulla de militares españoles perdidos en el culo del mundo. De repente, los talibanes empezaron a disparar y se levantó una polvareda de mil pares de cojones. —El lenguaje del periodista era sumamente gráfico, pero sus historias de la guerra me tenían de lo más entretenida y se notaba que él también disfrutaba contándolas, aunque, claro, los tres whiskys que se había atizado durante la cena quizá contribuían también a la diversión—. El soldado que llevaba la radio gritaba pidiendo refuerzos y, justo en ese momento, el ataque se detuvo. No se oía el vuelo de una mosca. Claro que el lugar era tan desolador, que no había ni siquiera una mierda donde una pobre mosca pudiera posarse para tomar la media mañana. A mí, que llevaba más de media hora tirado en el suelo, cagado de miedo, y con el polvo que me llegaba hasta la campanilla, me entraron unas horribles ganas de mear...

En ese punto de la historia, Rafa detuvo a un camarero que pasaba por ahí y le hizo una seña con el vaso para que se lo rellenara. A pesar de que estaba hasta arriba de alcohol, no parecía afectado; su conversación fluía de forma estructurada y no se trababa con las palabras.

«Cuatro whiskies y algo más de media botella de vino», me dije admirada. Yo llevaba la cuenta con exactitud, curiosa por saber hasta dónde llegaba su, en apariencia infinita, tolerancia al alcohol.

—Y te aguantaste claro.

—Qué va, no podía. Sin hacer caso de los gritos y las maldiciones del sargento Gutiérrez, me acerqué a una roca de tamaño considerable y me puse a descargar y, justo en ese mismo instante, llegó el séptimo de caballería. Pim, pam, bomba por aquí, pim, pam, bomba por allá; ya sabes lo exagerados que son los yanquis. Total, que la roca contra la que estaba meando saltó en mil pedazos y yo, completamente acojonado, me hice una pelotilla, lo más pequeña posible, esperando a que terminara la fiesta.

»Cuando cayó la última bomba y los aviones se fueron por fin, nos subimos cagando leches en nuestros vehículos y no paramos hasta llegar a la población más cercana. En cuanto nos bajamos del Rebeco (el Hummer español, para tu información), dos mujeres, cubiertas por completo por sendos burkas, empezaron a chillar como cerdas en plena matanza y a ellas se sumó otro grupo de tres que estaba unos metros más allá. Después del

miedo que acabábamos de pasar, no puedes imaginar lo que fue escuchar aquellos gritos de rata histérica que te atravesaban los tímpanos. Los nervios de todos estaban a flor de piel; incluso tuve que impedir que Jean Pascal agarrase la pistola que el sargento llevaba en la cartuchera y le descerrajara dos tiros al vociferante montón de trapos más cercano...

—¿Y qué pasó? —La historia me mantenía en vilo y me divertía mucho la manera que tenía Rafa de contar las cosas.

—Entonces, una de las mujeres, sin dejar de chillar, me señaló con el dedo y todos se volvieron a mirarme y empezaron a aullar de risa. Desconcertado, bajé la vista y me di cuenta de que, con el jaleo del combate y las bombas, llevaba la pinga y las pelotas colgando. No puedes imaginarte el cachondeo. El capullo del sargento Gutiérrez decidió volver a bautizarme y ahora en Afganistán se me conoce como Rafael Vergarrara.

Llorando de risa, observé como se terminaba de un trago el cuarto whisky, como si la historia le hubiera dado más sed todavía. Al ver que hacía otra seña al camarero, decidí que sería mejor volver a la base antes de que Rafael Vergara sufriera un coma etílico. A pesar de sus protestas, pues aseguraba que la noche era joven, conseguí subirlo a un taxi y llegamos al hotel sin percances. Fue en el momento de bajar del vehículo cuando todo el alcohol que el corresponsal había bebido a lo largo de la noche decidió hacer acto de presencia. En ese instante, fui plenamente consciente de que no conseguiría llegar hasta su habitación sin mi ayuda.

—Apóyate en mí. —Rafa pasó un brazo sobre mis hombros y, a duras penas, pues pesaba de forma considerable, conseguimos llegar al ascensor.

Su habitación estaba en la misma planta que la mía y cuando nos detuvimos delante de su puerta le pedí la tarjeta codificada para abrir, pero fue incapaz de encontrarla. Así que lo apoyé en la pared y sujetándolo con un brazo, empecé a rebuscar en todos los bolsillos; lo malo era que llevaba el típico chaleco de reportero, lleno de cremalleras y compartimentos secretos, y el asunto me llevó un buen rato.

—Así me gusta, guapa, que me metas mano. No te cortes, tienes barra libre, me encanta sentirme un hombre objeto. —Resultaba increíble, pero a pesar de la cogorza que llevaba, que ni siquiera le permitía sostenerse en pie sin mi ayuda, sus palabras sonaban claras y precisas.

—Aquí Natasha Poliakova, para servirte —contesté sacando por fin la tarjeta de plástico del bolsillo trasero de su pantalón.

Con decisión, volví a colocar su brazo alrededor de mis hombros y

conseguí arrastrarlo dos metros hacia el interior de la habitación; pero, cuando pensé que conseguiría empujarlo sobre la cama, el periodista tropezó con la gruesa alfombra, perdió el equilibrio y todo el peso de su cuerpo se me vino encima. Incapaz de aguantar semejante carga, caí al suelo y él aterrizó encima de mí, aplastándome.

—Uff! —Solté el aire de golpe; a pesar de que no estaba gordo, el peso del corresponsal me dejó sin aliento—. Por Dios, Rafa, apártate. No puedo respirar.

Doy fe de que el pobre lo intentó, pero era incapaz de coordinar las manos y los pies y, por unos segundos, tan solo pude imaginar la dantesca escena que al día siguiente se encontraría la camarera cuando entrara a hacer la habitación: un hombre tirado en el suelo, roncando aún sobre el cuerpo, espachurrado y sin vida, de una esbelta joven. Me pareció una muerte espeluznante, así que lo empujé con todas mis fuerzas tratando de moverlo.

Nada.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí?! —Como me ocurría siempre que estaba en apuros, la voz enojada de mi jefe me pareció la más dulce melodía que hubiera escuchado jamás. Solo entonces me di cuenta de que, por fortuna, había olvidado cerrar la puerta cuando entramos en la habitación.

Capítulo 16

Una dama en apuros...

—Jorge! ¡Qué alegría! Por favor, ayúdame —supliqué, medio asfixiada.

En dos zancadas atravesó la habitación y, empleando todas sus fuerzas, consiguió liberarme del peso muerto de Rafa Vergara y lo arrastró lo justo para derribarlo de un empujón sobre la cama, dónde el reportero, al instante, se sumió en un profundo estupor alcohólico.

—¿Por qué estás en la habitación de este hombre? —preguntó, muy enfadado, mientras me ayudaba a incorporarme—. ¿Te metes en la cama con el primer tipo que conoces?

—Oye, no te pases —contesté, indignada, al tiempo que me palpaba el tórax en busca de alguna costilla rota—. Te agradezco tu ayuda, pero eso no te da derecho a insultarme.

Sin prestar ninguna atención a mis palabras, me agarró con fuerza de los brazos y me sacudió sin miramientos.

—Quiero una explicación! —ordenó, rabioso.

Nunca había visto en unos ojos semejante furia homicida. Por un instante me asusté un poco, pero solo fue eso, un instante; al segundo, ya estaba contestándole con toda la chulería de la que era capaz, que era mucha.

—Mira, podrás ser mi jefe, pero ahora no estamos en horas de trabajo y no te debo ninguna explicación sobre lo que haga o deje de hacer. ¿Acaso te he preguntado yo si te has ido a la cama con tu pelirroja?

—¿Con Phine? —El genuino asombro de su expresión, hizo que mi corazón se aligerara de un gran peso, aunque me sentó fatal que hablara de ella con tanta familiaridad.

—Sí, claro, con Phine, no te hagas el inocente.

—Por supuesto que no me he acostado con ella, pero no cambies de tema. —Me sacudió una vez más—. Quiero que me digas ahora mismo por qué estabas en la habitación de este tío y debajo de su cuerpo, para más señas.

Convencida, al fin, de que no había estado jugando a los médicos con la periodista come-hombres, me ablandé y decidí contarle la verdad:

—Verás, fuimos a cenar y Rafa bebió más de la cuenta. Cuando llegamos al hotel tuve que ayudarle a llegar a su habitación, pero al entrar tropezó y cayó sobre mí; pesaba tanto que no podía librarme de él y,

cuando ya pensaba que moriría aplastada, apareciste tú.

—¿Seguro que solo ha sido eso? —preguntó, desconfiado, pero noté que había creído mi explicación, pues su ceño ya no daba miedo y la presión de sus manos sobre mis brazos se había relajado, aunque aún me mantenía sujeta.

—Te lo prometo, jefe. —Alcé la palma de la mano como si fuera a jurar la Constitución.

Durante un rato nos miramos en silencio hasta que, de repente, sentí que sus manos ya no aferraban mis brazos, sino que, enlazadas en la parte baja de mi espalda, me atraían aún más hacia su poderoso pecho. Noté cómo se dilataban las aletas de su nariz y sus enloquecedores iris turquesa clavados en mi boca, mientras se inclinaba poco a poco hacia mí, hasta que sus labios quedaron tan cerca de los míos, que su cálido aliento los acariciaba al respirar. Ajena por completo a mi voluntad, mi boca se entreabrió ligeramente y, durante un minuto o quizá un siglo entero, permanecemos quietos y en tensión, como si ambos esperásemos que algo ocurriera. Con los brazos caídos a lo largo de mi cuerpo me olvidé de respirar y pensé que mi corazón también había descuidado su obligación de latir pero, de pronto, su boca se posó sobre la mía con una suavidad exquisita, y el universo estalló a mi alrededor en una descarga de colores brillantes.

Sin poderlo evitar, con un ansia que había tratado de contener casi desde el momento en que me había recibido en su despacho, alcé los brazos y enredé mis dedos en los espesos cabellos de su nuca. Su mano, grande y cálida, acarició con delicadeza mi garganta y me provocó un estremecimiento instantáneo de deseo, así que me acerqué aún más a él y la intimidad del contacto se hizo casi insoportable. Mi cuerpo se volvía aún más suave y ardiente al tiempo que se adaptaba a los duros contornos del suyo.

No deseaba pensar en otra cosa que no fuera el tacto de esas manos hábiles y de aquellos labios que me hacían perder la conciencia; la alarma en mi cabeza giraba, enloquecida, sin parar de lanzar destellos rojos, pero no quería escucharla. Hasta ese preciso instante, no había sido consciente de que un beso podía ser tan íntimo como hacer el amor. Quería que esa boca no se apartara ni por una milésima de segundo de la mía; de pronto, me había vuelto insaciable.

Su lengua, inmersa en un provocativo juego del escondite, incitó a la mía a salir a su encuentro, mientras mi sangre se convertía en un líquido,

espeso y ardiente, que circulaba por mi cuerpo con lentitud, incendiándolo todo a su paso.

—Ponme otro whisky, capullo!

El grito de Rafael Vergara, sumido en un sueño inquieto boca arriba sobre la cama, sonó como un disparo y nos devolvió con rudeza a la realidad. Jorge Anglada, me soltó al instante y retrocedió un paso, mientras yo, sintiendo una repentina y asfixiante soledad, bajaba la vista, abochornada. En ese momento, dejé de engañarme a mi misma:

¡Estaba enamorada de mi jefe!

Y no solo de un rostro y un cuerpo que me dejaban sin aliento. En las emociones que borboteaban en mi interior había mucho más que una mera atracción física; su amabilidad, su paciencia, su sentido del humor, su viva inteligencia, incluso la forma nada sutil que tenía de burlarse de mí a todas horas... Sin redoble de tambores, sin dramas aparatosos, sin apenas darme cuenta, Jorge Anglada se había convertido en alguien imprescindible para mi existencia.

—Natasha, yo... —Se aclaró la voz, pero antes de que siguiera con lo que quiera que intentase decir lo interrumpí.

—No, Jorge, por favor. No digas nada. Los dos hemos cometido un error y será mejor que lo olvidemos. Ya te dije una vez que no me gustan los líos entre jefes y empleados.

Dio un paso hacia mí, pero al escuchar mis palabras se detuvo en seco.

—¿De verdad crees que ha sido un error? —Incapaz de interpretar la expresión de su rostro, me limité a asentir con la cabeza. Ni siquiera pude recordarle que tenía una novia esperándole en Madrid. Conjurando la imagen de Marcela Navarro en esos momentos habría sido más de lo que yo era capaz de soportar—. Entiendo. Sí, quizá sea mejor que no hablemos ahora. —Se pasó una mano por la frente, despeinando aún más sus, habitualmente ordenados, cabellos claros; lo que me hizo sospechar que no estaba tan tranquilo como aparentaba—. Pero te prometo que en cuanto volvamos a España, mantendremos una conversación que tenemos pendiente desde hace tiempo.

Asentí sin saber de qué me hablaba, lo único que quería en esos momentos era arrojarme sobre mi cama y esconder la cabeza debajo de la almohada.

Dejamos al periodista roncando tranquilamente y salimos de allí, cerrando la puerta con suavidad. En silencio, caminamos hacia nuestras

habitaciones, pero antes de que pudiera meterme en mi cuarto, Jorge Anglada se volvió hacia mí y colocó las manos sobre mis hombros, al tiempo que clavaba sus ojos en los míos.

—No empieces a darle vueltas y vueltas en tu cabeza a lo que ha ocurrido, hasta hacer una gigantesca montaña, Natasha. No es la sórdida historia de un jefe que se aprovecha de su empleada. Solo ha sido un beso.

—Sí, solo ha sido un beso —susurré con los ojos bajos—. Pero, ¿no te has parado a pensar que quizá sea al revés? Tal vez se trate de la sórdida historia de una empleada que pretende aprovecharse de su jefe.

Colocó su dedo bajo mi barbilla y me obligó a alzar la vista hacia él.

—Hmm. No lo había pensado, pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —pregunté, atrapada por esas pupilas que me miraban con burlona ternura.

—Que he disfrutado de cada momento, me encanta que te aproveches de mí... —Y sin apartar los ojos de mis sonrojadas mejillas, se inclinó para besarme en la frente—. Dulces sueños, Natasha.

Incapaz de hablar, me metí en mi habitación y cerré corriendo la puerta.

En cuanto le dije a mi madre que ya estaba en mi piso, sana y salva, colgué el teléfono con la excusa de que el viaje me había dejado exhausta, lo cual era cierto. En el vuelo de vuelta de Dubai, Jorge Anglada y yo habíamos hablado con fingida naturalidad de temas banales, en un intento de no meternos en terrenos pantanosos, mientras tratábamos de ignorar las corrientes ocultas y turbulentas que discurrían bajo esa anormal normalidad. Nuestro trato, impersonal y distante, solo había sufrido alteraciones de consideración durante el despegue y el aterrizaje del avión, cuando mi jefe me tomó de la mano y yo me aferré a la suya con todas mis fuerzas.

Aparté mi mente de las sensaciones que el contacto de sus dedos había provocado en mí. No podía seguir dándole vueltas a lo ocurrido entre nosotros. Me dije que había sido una locura pasajera, que había llegado el momento de olvidar lo ocurrido en la habitación de Rafael Vergara, de borrar de mi mente ese beso. Como dijo él: solo había sido un beso.

Solo un beso.

Un beso cuyo recuerdo aún me hacía despertarme de noche, sofocada por el deseo, con el único anhelo de sentir esos brazos masculinos

estrechándome con fuerza una vez más.

La semana siguiente me sumergí en la rutina del trabajo con toda mi alma. Procuré evitar a mi jefe en lo posible y traté de no quedarme mirándolo, embobada, cuando lo veía pasar por la oficina. También intenté no preguntarme, una y otra vez, si él habría quedado con su novia para confesarle lo que había ocurrido entre nosotros.

«Tonta —me dije— entre nosotros no ha ocurrido nada en absoluto. Solo fue un beso. Estamos en pleno siglo XXI y estas cosas no tienen la menor importancia».

El viernes quedé a comer con mis amigas y les conté lo ocurrido durante mi viaje a Dubai aunque, por supuesto, me ahorré los detalles más comprometidos. A pesar de todo, su compañía me hizo bien y aproveché para ponerme al día con la historia de Ana y Ramón.

—La verdad es que es un sol, ha dedicado un montón de tiempo a trabajar en lo mío y no me ha cobrado ni un euro. —El rostro de mi amiga se suavizaba cuando hablaba de él.

«Oh, oh», me dije, pero estaba claro que la suerte estaba echada; lo único que sus amigas podíamos hacer ya por Ana era cruzar los dedos.

—La verdad es que si no lo veo no lo creo. ¿Quién iba a decirme que Ramón el Beodo se iba a convertir en un pilar abstemio de la sociedad en unas pocas semanas? No he visto un cambio más radical en una persona en todos los días de mi vida. —Hasta Isabel estaba perpleja con el asunto.

—Pero ¿habéis hecho algún tipo de planes? ¿Vais en serio? —pregunté, bastante preocupada; quería recordarle aquello de los leopardos y las manchas... ¿O eran los tigres de Bengala? Tras mi inútil disquisición refranera, sacudí la cabeza y volví a conectar la antena.

—Yo le he dicho que prefería no pensar en nosotros hasta que toda esta movida con mi ex hubiera pasado. No quiero que mi atención se desvíe ni un milímetro de lo que está en juego y creo que Ramón lo ha entendido perfectamente. El otro día nos invitó a Manu y a mí a pasar el día en el zoo; parece que mi hijo y él han hecho buenas migas —contestó Ana, mientras retorció la servilleta de papel entre sus dedos nerviosos.

—Vamos, que no hacéis planes, pero tú ya se lo has presentado a Manu. —No sé a quién pretendía engañar, era el primer hombre que permitía que se acercara a su hijo desde que se divorció del estúpido de Vicente.

—Hmm, sospechoso —dijo Isabel.

—Muy sospechoso —añadió Ángela.

—Bueno, lo reconozco, cada vez me gusta más y estoy aterrorizada —reconoció al fin; la pobre nunca había sido capaz de resistir más de un asalto ante un interrogatorio en condiciones.

—No te preocupes, Ana, es normal que te sientas así después de tanto tiempo —dijo Isabel, al tiempo que le propinaba unas palmaditas en el dorso de la mano—. Yo me encargaré, discretamente, de recordarle a Ramón el dolor que se siente cuando te retuercen las pelotas...

El comentario de Isabel nos hizo soltar una carcajada y barrió la tensión del ambiente.

—¿Y tú qué tal estás, Isabel? —preguntó Ángela.

—Pues quitando las nauseas, el horrible cansancio, las ganas de llorar a todas horas y el hecho de que la nariz me sangra cada dos por tres, estoy hecha una rosa.

—Bienvenida al club de la maternidad —Ángela le guiñó un ojo.— ¿Qué tal lleva Agustín tus achaques?

—Eso es lo más flipante de todo. A pesar de que hay veces en las que yo misma me agarraría y me sacudiría hasta que mis dientes salieran despedidos, él no se inmuta. No hemos tenido ni una sola pelea desde que se enteró de que estaba embarazada, y eso que yo lo he intentado con todas mis fuerzas, creedme. Me cuida como si fuera una frágil figurilla de cristal que pudiera romperse ante el más mínimo roce.

—¡Vaya, dan ganas de quedarse embarazada! —exclamé.

—¡Ni se te ocurra! —me ordenó Ángela—. Te aseguro que no todos los hombres reaccionan de la misma manera.

—Doy fe de ello —apostilló Ana—. Mi ex, cuando se enteró de que estaba embarazada, aumentó las visitas nocturnas al bar de abajo; según él, para no molestarme. Luego me enteré de que se había enrollado con la camarera.

—¡Menudo mamonazo!

—¡Bastardo!

—¡Picha floja!

—Será mejor que no pienses más en la deprimente vida que llevaste con tu ex, Ana; estoy segura de que la vida al lado de Ramón será igual de deprimente, pero al menos será distinta...

—¡Muchas gracias, Natasha! Desde luego, te vales tú solita para animar

al personal —respondió Ana con sarcasmo.

—A mí me parece que nuestra Natacha está un poco mustia desde que volvió de Dubai. —Isabel entrecerró los ojos y me lanzó una mirada suspicaz.

—Confiesa, Nata, ¿ha pasado algo entre el bello Jorge y tú? —preguntó Ángela sin poder disimular su curiosidad.

—¡Ya estáis otra vez! —contesté, molesta—. No ha ocurrido nada entre nosotros, solo fue un beso...

—¡¿Te besó?! —gritaron a la vez, como si fueran trillizas idénticas.

—Pero solo un poquito, lo justo para impedir que empezara a llorar a gritos en mitad del avión. —Decidí no contarles nada del otro beso, me daba la impresión de que la explicación no resultaría sencilla.

Las puse en antecedentes de lo ocurrido, y no pararon hasta que no les referí incluso el detalle más nimio; lo que no se le ocurría a una, lo preguntaba la otra. Al lado de estas, los interrogadores de Guantánamo eran hermanitas de la caridad.

—Así que has pensado en tu jefe para que te haga un bombo... —La cocacola que estaba bebiendo en ese momento se me fue por mal sitio y empecé a toser, medio ahogada.

—Mira que eres bestia, Ana, casi me matas —declaré cuando, por fin, pude hablar—. Ya os he repetido mil veces que mi jefe tiene novia, *girlfriend*, *fiancée*, *nevesta*...

—Para, no presumas, que ya sabemos que eres políglota. Lo que no sabemos y nos tiene en ascuas es esto: si tu Jorge tiene novia, ¿se puede saber por qué te come el morro a ti?

—¡Por Dios, Isabel, mira que sois obtusas! No me comió el morro. Ni siquiera fue un beso de verdad, fue un remedio de urgencia que se le ocurrió sobre la marcha para impedirme montar el número. Era eso o estrangularme. —Había hecho bien en no contarles nada del otro beso, no lo habrían entendido.

—Por ahora, nos conformaremos con esa explicación —declaró Ángela, poniendo su mejor cara de madre de familia numerosa—. Pero mantennos informadas.

—¡Señor, sí, señor! —exclamé, llevándome dos dedos a la frente.

Por fortuna, Ana decidió que había llegado el momento de abrir la cámara de compensaciones. Las cuatro nos turnábamos a la hora de hacer regalos o comprar cachivaches en la red, así que, en cuanto nos reuníamos,

cada una devolvía o recibía una cantidad de dinero de las otras, y nuestra mesa acababa pareciéndose a la bolsa de Nueva York. Con tanto yo te debo y tú me debes, mis amigas se olvidaron de mis asuntos y suspiré, aliviada.

—Ay! —gimió Ángela cuando nos levantábamos para marcharnos—. Tengo unas agujetas en las ingles que casi no me puedo mover.

—¿No me digas que hubo tema con Juan el sábado? ¡Milagro!

—Qué va, Isabel, más quisiera. Ha sido la violación del gorila —respondió ella.

Entonces asentimos, comprensivas. A ninguna nos extrañaron sus palabras, nosotras, como buenas practicantes de pilates, sabíamos bien de lo que hablaba; sostener la inmensa *Fit Ball* entre las rodillas mientras subes y bajas las piernas durante no sé cuántas series seguidas es lo que tiene.

—No me hables, yo tampoco me he recuperado aún de mi sesión con el rulo —comentó Ana.

—¡Horror! Esto me recuerda que tengo que recuperar las clases que me he perdido durante el viaje a Dubai. No me va a quedar más remedio que empezar hoy mismo. —Me daba una pereza mortal, pero sabía que si iba, luego me sentiría mejor. Así que, echando mano de toda mi fuerza de voluntad, me despedí de mis amigas y me marché, no sin antes recibir en la espalda bastantes palmadas de conmiseración.

Capítulo 17

Una sorpresa desagradable

Dos semanas después de nuestro viaje a Dubai, María me avisó de que don Jorge me esperaba en su despacho. Maldije en silencio. Hasta entonces no me había ido mal y lo había esquivado mejor que un jugador de rugby buscando un ensayo. Claro que él había tenido que viajar unos días a México a supervisar unas obras, y eso había ayudado; pero ahora no me quedaba más remedio que enfrentarme a mi jefe. Aspiré una buena bocanada de aire en un vano intento de serenarme y, cuando pensé que había reunido la calma suficiente, me dirigí hacia allí, arrastrando los pies.

—Buenos días, Natasha. —Me pareció que sus ojos se deslizaban, hambrientos, por mi rostro, pero me dije que eran imaginaciones mías.

—Buenos días, Jorge.

—No sé por qué, Natasha, tengo la sensación de que has estado evitándome.

—¿Yooo? —Abrí mucho los ojos, procurando parecer lo más inocente posible.

—Sí, tú, y creo que no me gusta. —Avanzó un paso hacia mí; pero, como si de repente hubiera caído en la cuenta de que debía haber al menos diez pares de ojos clavados en nosotros, se detuvo en seco—. Quería pedirte...

En ese preciso instante sonó el móvil que llevaba en el bolsillo y descolgó con un gesto de fastidio:

—Hola, Marcela. Sí, lo recuerdo, pero me es imposible. Está bien, el viernes. Allí estaré.

Al oírlo hablar con su novia me pareció que el estómago se me bajaba hasta los pies. Durante aquellos días había fantaseado con la idea de que hubieran cortado por cualquier motivo; quizá él la había pillado en la cama con un par de culturistas bien untados con aceite o, tal vez, había descubierto que yo era la única mujer a la que podía besar sin padecer después una urticaria galopante. Pero, al escuchar que quedaban para el viernes, mis fantasías se hicieron añicos.

De repente, todo mi orgullo vino al rescate. Pero, ¿quién se creía ese tipo? Isabel tenía razón, ¿a cuento de qué venía besarme? Puede que la primera vez tuviera una excusa; debía reconocer que, como tratamiento de choque antihisteria, había resultado efectivo, pero ¿por qué me besó

después en la habitación de Rafael Vergara?

Aunque Jorge Anglada no parecía de esos que se la jugaban a la novia en cuanto se daba media vuelta, nunca se podía estar segura. ¿Cómo era ese dicho...? De este agua no beberé y ese cura no es mi padre. ¿Acaso el padre de *Cristal* no había sido el cura? ¡Y dale con los culebrones! No, no era ese el dicho al que me refería, era el de: no pongo la mano en el fuego... ¡A la porra! Los refranes me sacaban de quicio.

La voz del señor Anglada me rescató de aquel bucle infinito de elucubraciones sin sentido.

—Perdona, Natasha, verás quería pedirte... ¿Quieres cenar conmigo esta noche? Me gustaría aclarar algunas cosas contigo y no creo que la oficina sea un buen lugar.

—Pues yo pienso que es un lugar inmejorable, no sé qué tenemos que aclarar que no podamos hacerlo aquí. —Los celos hablaban por mi boca, pero mantuve una expresión indiferente para no traicionarme.

El señor Anglada me miró muy sorprendido.

—¿Te ocurre algo, Natasha?

—Nada en absoluto, Jorge. —Le devolví la mirada con aparente serenidad.

—Te dije en Dubai que teníamos una conversación pendiente y que hablaríamos en cuanto regresáramos a Madrid. He tenido que posponerlo hasta hoy, pero ha llegado el momento de poner en claro ciertos asuntos —comentó, muy serio.

—No sé a qué conversación te refieres. Si tienes que decirme algo, mejor me lo cuentas ahora; dispongo de media hora antes de la reunión con el abogado —declaré, al tiempo que echaba un vistazo, nada disimulado, a mi reloj.

—Muy bien; si eso es lo que deseas, lo dejaremos para otra ocasión. Por ahora. —Su expresión era inescrutable, aunque me daba la impresión de que estaba terriblemente enojado. Sin embargo, no dio ninguna muestra de ello y su tono era tranquilo cuando añadió—: Natasha, si no te importa, ya que estás aquí te agradecería que le llevaras estos documentos a Javier Castro.

—Por supuesto, no me cuesta nada. —Las comisuras de mis labios estuvieron a punto de desgarrarse cuando intenté sonreír.

—Gracias. —Sin más, abrió la puerta del despacho para que saliera.

Otra vez tenía ganas de llorar; pero hice un esfuerzo por recobrar la

compostura y me dirigí hacia la zona donde trabajaban los ingenieros.

—Hola, princesa, ¿tú por aquí? —me saludó Javier con una enorme sonrisa que tuvo la virtud de aligerar un poco el peso sobre mis hombros.

—Hola, príncipe, he venido a traerte unos pergaminos de parte del rey del castillo —dije, tendiéndole los documentos.

Javier empezó a ojearlos sin mucho interés hasta que, de repente, se quedó muy tieso en la silla, con la vista fija en los papeles.

—Perdona, Castro, me he confundido. Estos documentos no eran para ti.

La voz del señor Anglada a mi espalda me sobresaltó. Con decisión, alargó la mano para coger los papeles que Javier apretaba entre las suyas como si no quisiera soltarlos.

—Toma, toma, no me ha dado tiempo ni a echarles un vistazo. —Por alguna razón, la sonrisa de mi amigo me pareció un tanto forzada.

—Me alegro, porque es información confidencial y debo devolvérsela a los americanos mañana mismo. —Con cuidado, Jorge metió los documentos en un portafolios de cuero marrón claro y le entregó unas cuantas hojas grapadas por una esquina—. Estos son los papeles que quería darte.

—Muchas gracias —contestó Javier.

—Te veo en el bar, hasta luego —me despedí.

Aquella escena me había parecido un tanto extraña, pero a lo largo del día se complicaron algunos asuntos y se me fue de la cabeza.

Pensé que era la última en abandonar la oficina, pero cuando pasé cerca de las fotocopiadoras que había al fondo de la planta, descubrí a Javier, de espaldas a mí, muy concentrado en una de aquellas máquinas.

Me acerqué a él por detrás, le di una palmada en el hombro y le dije, tomándole el pelo:

—Qué raro, Javier Castro haciendo horas extras...

Con un movimiento raudo se dio la vuelta, me agarró por las solapas de la camisa con una mano y echó el brazo hacia atrás, mientras cerraba la otra mano en un puño amenazador. Asustada, tomé nota de la mezcla de emociones que pasaban por su rostro en ese momento; un revoltijo de miedo, furia y desesperación, que me dejó aturdida.

—Natasha, eres tú! Por Dios, me has dado un susto de muerte, pensé que eras un ladrón. —La falsa sonrisa que esbozaron sus labios en cuanto

aflojó la fuerza de su apretón no me engañó ni por un segundo, en sus ojos oscuros no había ni rastro de su calidez habitual.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, muy seria.

Se encogió de hombros con expresión ingenua.

—No ocurre nada. Olvidé hacer unas fotocopias esta mañana y no me ha quedado más remedio que regresar para hacerlas.

Había leído en alguna parte que cuando una persona mueve los ojos hacia arriba y hacia la izquierda —¿o era hacia abajo y a la derecha?— mentía; por desgracia, en ese momento era incapaz de recordar qué lado era el bueno, pero, a pesar de ello, tenía clarísimo que Javier estaba mintiendo. La enorme tensión de su cuerpo lo delataba. Desvié los ojos hacia un portafolios de cuero marrón claro, medio oculto bajo un montón de papeles y, en ese instante, caí en la cuenta de dónde había visto por última vez aquel objeto.

—Tú eres el topo! —A pesar de mi afirmación, aún no lograba creerlo del todo.

Por unos instantes, Javier abrió la boca como si fuera a negarlo, pero, finalmente, asintió y dijo:

—Vaya, Natasha, créeme cuando te digo que siento de veras que hayas sido tú quien me ha descubierto.

—¿Pero por qué? —pregunté, mirándolo consternada.

—¿Por qué va a ser? Por dinero, claro. —Trató de sonreír una vez más, pero su gesto se convirtió en una mueca de autodesprecio—. Tú sabes que siempre he deseado tener dinero, pero con mi sueldo no conseguía el suficiente, así que decidí tomar un atajo y empecé a jugar. Al principio la cosa fue bien, pero luego...

—No funcionó, por supuesto. —La historia era tan vulgar que me entraron ganas de gritar, exasperada.

—Nunca funciona, ¿no es cierto? —Con dedos inquietos, retiró un mechón de pelo negro que resbalaba sobre su frente—. Hay unos tipos decididos a darme un buen escarmiento si no les pago al menos la mitad de lo que les debo antes de que acabe el mes.

—Pero ¿por qué no recurriste a mí? Somos amigos, podía haberte ayudado, tengo algunos ahorros...

Castro me interrumpió con un gesto seco de la mano, como si no pudiera soportar mi compasión.

—Habría sido inútil, Natasha, debo un pastón. Además, deseaba poder

ofrecerte un futuro lleno de comodidades a mi lado. —Lo miré, boquiabierta, incapaz de decir una palabra.

Él sonrió con amargura al ver mi expresión estupefacta.

—No tienes ni idea, ¿verdad? No sabes que estoy loco por ti.

—Javier, no sigas. Pensé que éramos amigos. —La tristeza que adivinaba en sus ojos me produjo un terrible desasosiego; pero, de repente, recordé algo que hizo que mucha de la lástima que sentía por él desapareciera de un plumazo y comenté con actitud acusadora—: Aunque es la primera vez que escucho que un hombre locamente enamorado está a punto de mandar a su amada al otro barrio de un porrazo en la cabeza.

—No me di cuenta de que eras tú hasta que te vi en el suelo. —Se apresuró a aclarar mi compañero—. Quise ayudarte, pero en ese momento oí que subía el ascensor y tuve que marcharme de allí a toda prisa.

—Hmm —fue lo único que dije, no muy convencida por sus explicaciones. Sin embargo, traté de centrarme una vez más en la difícil situación en la que nos encontrábamos—. Y ahora, ¿qué? No puedo permitir que te vayas con una copia de esos documentos, el señor Anglada dijo que eran confidenciales.

—Tengo que llevármelos, Natasha, ¿no entiendes que sin ellos soy hombre muerto? —Su voz sonaba agitada y gesticulaba, nervioso—. Después te juro que dejaré la empresa, y así no te verás en la obligación de denunciarme.

Siempre me quedará la duda de cuál habría sido mi proceder ante semejante dilema: tal vez me habría arrojado sobre él dando una voltereta en el aire para aterrizar sobre sus hombros y luego lo habría inmovilizado en el suelo con codos y rodillas, como el Enterrador de *Pressing Catch*, a fin de impedir que se escapara con esa información candente; o, por el contrario, ante la incapacidad de soportar que un hombre al que consideraba mi amigo sufriera un «accidente» a manos de unos mafiosos, quizá le hubiera dejado marchar con su montón de hojas bajo el brazo. Por fortuna, antes de que me viera en la obligación de adoptar alguna de aquellas espinosas medidas una voz tonante retumbó en el silencio de la oficina:

—¡No le corresponde a ella la decisión!

No, no era la voz de Dios, sino la de mi jefe la que hizo que ambos diéramos un respingo, sobresaltados. Entonces, dos hombres más surgieron de la oscuridad y se colocaron a ambos lados de mi compañero.

—Javier Castro, queda usted detenido por el delito de revelación de secretos industriales.

Uno de los policías le agarró del brazo y lo empujó con firmeza hacia la salida. Javier volvió la cabeza y clavó la mirada en mí:

—Lo siento, Natasha. Te quiero.

Incapaz de reaccionar, observé como los tres hombres desaparecían tras las puertas del ascensor al cerrarse y me quedé a solas con mi jefe.

—¿Qué le va a pasar ahora? —Por fin, salieron de mi boca las palabras que se me habían atascado en la garganta.

—Para este tipo de delito se contemplan penas de dos a cuatro años de prisión, pero como no tiene antecedentes, si le condenan a dos no pisará la cárcel. Debía estar muy desesperado, no pensé que un hombre tan inteligente fuera a caer en una trampa tan burda. Pero... ¿estás llorando? —Deslizó uno de sus dedos por mi mejilla, para comprobar la humedad. Al ver su mirada incrédula, lo aparté de un manotazo.

—¿Qué pasa, no puedo estar triste? Dos polis, grandes como armarios, se acaban de llevar detenido a un buen amigo.

—Un buen amigo, ¿estás segura de que Castro solo es eso para ti?

Se inclinó sobre mí y me agarró de los brazos con fuerza, mientras me examinaba fijamente. Como de costumbre, sus ojos despedían destellos luminosos, pero aquel no me pareció un brillo de diversión; si no fuera porque era absurdo, habría pensado que lo que asomaba por ahí era «ese monstruo de ojos verdes» del que hablaba Shakespeare.

—No sé qué puede importarte —dije, devolviéndole la mirada, desafiante.

—Pues me importa —afirmó, al tiempo que hundía los dedos en mi carne.

—¡Ay, me haces daño!

No parecía el señor Anglada que conocía; estaba aún más furioso que cuando me encontró en la habitación de Rafael Vergara, y un mechón castaño claro resbalaba sobre su frente.

—Estás enamorada de él, ¿no? —preguntó, colérico, y me dio una nueva sacudida—. Por eso estás tan triste, claro, pero eso no impidió que me besaras. Es evidente que a ti te gusta jugar a varias bandas, ¿querías asegurarte también al jefe por si tu novio no conseguía lo que quería?

Me quedé mirándolo, patidifusa. No podía creer que el impassible Jorge Anglada estuviera soltando semejantes barbaridades por esa boquita. Por

un instante, casi esperé que su cabeza girara trescientos sesenta grados; sería más fácil procesar lo que estaba ocurriendo si supiera que su extraño comportamiento estaba causado por una posesión infernal.

—Estás desvariando y, para tu información, yo no te besé; fuiste tú el que me besó a mí y tampoco me pareció que le dedicaras ni un pensamiento a tu novia en ese momento. —Ahora era yo la que estaba rabiosa, y si no soltaba espumarajos por la boca era porque me parecía una porquería y, además, de muy mala educación.

—¿Novia? ¿De qué demonios hablas? No cambies de tema. ¡Vamos a aclararlo todo aquí y ahora!

Una nueva sacudida; a ese paso me iba a descolocar todas y cada una de las vértebras cervicales.

—No estoy cambiando de tema y no te hagas el inocente, sé de buena tinta que Marcela Navarro y tú estáis a punto de hacer un anuncio importante.

—Sabes perfectamente que Marcela Navarro solo es una amiga que me está ayudando a buscar una casa en la sierra. Hace tiempo que deseo comprar una.

Mi boca dibujó una O mayúscula perfecta.

—María me dijo que era tu novia —afirmé cuando recuperé el habla—. Incluso le mandas flores en su cumpleaños. Sé muy bien que ni siquiera los maridos les regalan flores a sus esposas el día en que cumplen años.

De pronto, me di cuenta de que aquellas arruguitas enloquecedoras habían hecho acto de presencia una vez más.

—Estás equivocada. Nunca ha sido mi novia, la considero una amiga nada más. Hace más de dos años mantuvimos una relación que acabó enseguida. Luego he estado demasiado ocupado para enamorarme hasta que apareciste tú.

—¿Yo? —pregunté como una tonta.

El señor Anglada me soltó los brazos, enmarcó mi rostro con sus manos y acercó su cara a la mía aún más, lo que hizo imposible que apartara mi mirada de sus ojos.

—Sí, tú. Desde el día en que te vi en el restaurante no he dejado de pensar en ti. Luego, cuando apareciste en mi despacho supe que eso no podía ser una mera casualidad; era el destino que venía a mí en forma de directora financiera impertinente y adorable. Cuando diste por concluida la entrevista, indignada, y te levantaste destrozando el parqué con la silla tuve

que contenerme para no saltar por encima de la mesa, estrecharte entre mis brazos y besarte hasta cortarte la respiración. —Estuve a punto de aclararle que ni siquiera era necesario hacer eso para conseguirlo; que su sola presencia me provocaba insuficiencia respiratoria crónica, pero no quería interrumpirlo. Jorge prosiguió al tiempo que me acariciaba los pómulos con los pulgares—. La tarde que te perdiste en la sierra, supe sin lugar a dudas que lo que sentía por ti iba mucho más allá de un enamoramiento pasajero. Y no quiero ni acordarme de lo que padecí cuando te encontré, inconsciente, en el suelo de la oficina... no podía dejar de besarte.

—Así que no fue un sueño, me besaste. —No sabía cómo habían llegado hasta allí, pero mis dedos estaban ahora en su nuca, enredados en su pelo.

—Si no hubieras estado tan vapuleada, te habría declarado mi amor allí mismo. Y más tarde en tu casa, cuando te subí el tirante del camisón lo hubiera hecho de nuevo y, de paso, habría aprovechado para hacer alguna cosa más. —Su mirada ardiente me derritió por completo—. Pero sabía que no era el momento adecuado y, además, tú no parabas de repetirme, una y otra vez, que era tu jefe.

—Pero es que lo eres. Nunca he estado de acuerdo con los rolletes en el trabajo, a la larga lo único que provocan son situaciones incómodas...

—¿Quién está hablando aquí de rolletes? —me interrumpió, muy enojado, dándome un ligero tirón de pelo—. Te estoy hablando de AMOR con mayúsculas para toda la vida, de contigo o con nadie, de tú y solo tú.

—Es una locura, no puedo enamorarme de mi jefe —afirmé, mientras me ponía de puntillas, y enterraba mis labios, al fin, en aquella garganta morena. Empecé a mordisquearlo, ansiosa, y no se me escapó el intenso estremecimiento que recorrió su cuerpo.

—Habrá que hacer algo con esa manía irracional que te ha entrado: o te buscas otro trabajo o tendré que vender la empresa, pero tengo claro que no te vas a librar de mí con una excusa tan pobre, Natasha. —Su tono era firme y decidido, y yo me sentía en el séptimo cielo.

—Bueno, lo reconozco, no quiero librarme de ti, pero ¿qué le voy a decir a mis amigas y a mi madre? Les prometí que le daría vacaciones al amor por lo menos durante un año... van a pensar que no tengo palabra —susurré con mi atención centrada ahora en el lóbulo de su oreja.

Un gemido ahogado brotó de su boca. Con la respiración agitada, me apartó un poco de él y me miró con el ceño fruncido.

—Me temo que el amor tendrá que volver al trabajo, tanta holganza no

puede ser buena —declaró, muy convencido, al tiempo que sujetaba mi barbilla entre su dedo índice y el pulgar en su gesto habitual y me obligaba mirarle—. Y ahora, Natasha, hablando en serio, tengo que decirte algo importante: te quiero.

—Te quiero, Jorge —respondí a mi vez, con todo el amor que sentía por él concentrado en mis ojos.

Su boca se abalanzó sobre la mía y, una vez más, sus labios codiciosos borraron de mi mente cualquier otro pensamiento que no estuviera relacionado con aquellas caricias. Después de mucho, mucho tiempo, alzó la cabeza. Sin apartar de mí, ni por segundo, aquellos relucientes iris turquesa, me advirtió con voz amenazadora:

—Natasha Poliakova, más te vale que tu vida de veleta haya terminado de una vez para siempre.

—Jorge Anglada, no me gusta que dudes de mi palabra —contesté llena de falsa indignación—. Acabo de decirte que te quiero y eso es para siempre... o, al menos, hasta que cambie el viento.

—¡Malvada! —exclamó, mi querido señor Anglada, al tiempo que me estrechaba contra su pecho con tanta fuerza que vi las estrellas.

Capítulo 18

Un final... feliz, *of course!*

Jorge y yo nos casamos al mes de la detención de Javier. Al final, le condenaron a menos de dos años, con lo que se libró de la cárcel y emigró a Canadá. Por María, con la que aún hoy mantiene el contacto, me enteré de que no le va mal. Finalmente, Jorge me confesó que el único motivo que había tenido para sospechar de Javier Castro eran los celos enfermizos que sentía y, claro está, tampoco pude enfadarme con él.

Después de la luna de miel, el plan era irnos a vivir un año a Dubai pues, por supuesto, mi Jorge había conseguido convencer a los jeques de que era el mejor. Yo seguiría trabajando de directora financiera de la rama de la empresa en Medio Oriente, así que continuaríamos siendo jefe y empleada; pero debo confesar que aquel tipo de relaciones ya no me daba repelús, más bien al contrario, me parecía que tenían un morbo increíble.

María Ibáñez no paró de llorar en toda la ceremonia, e incluso después, durante el banquete, aún se oía algún que otro hipido de vez en cuando. En un momento dado, le pregunté, muy mosqueada:

—¿Qué pasa, María, te da pena que tu don Jorge haya acabado casándose conmigo?

Pero no, no era eso.

—Lloro, lloro... la verdad es que no tengo ni idea de por qué lloro, pero soy muy feliz. —Entonces empezó a llorar y a reírse al mismo tiempo, mientras se secaba los ojos y los mocos con un trozo de tela de rafia que había arrancado de uno de los centros de flores, y acabamos estrechamente abrazadas entre lágrimas y carcajadas.

Mi madre también estaba muy emocionada. De vez en cuando, se acercaba a Jorge y le rozaba la manga del chaqué con un dedo, como si quisiera asegurarse de que era de carne y hueso, y no el sueño de hombre que cualquier madre desea para su atolondrada hija. De mis hermanos mellizos mejor no hablar. No pudieron portarse peor durante la ceremonia; hasta el cura, en un momento dado, afirmó que eran engendros de Belcebú.

Y, como guinda del pastel, mis amigas me dedicaron *Slipping through my fingers*, la canción que le canta Meryl Streep a su hija cuando va a casarse en *Mamma mia*, y eso ya fue la apoteosis del llanto y el crujir de dientes. ¡Qué orgía de lágrimas, por Dios! Perdí tanto líquido que tuve que resarcirme cuando llegó la hora de la barra libre.

No sé cuántas copas cayeron, ni cuantos bailes bailé; de lo único que fui consciente durante toda la noche fue de que, cada vez que alzaba la vista, me encontraba a Jorge, mi marido, devorándome con los ojos.

En un momento dado, entre Agustín, Ángela y yo, tuvimos que sacar a Isabel a rastras de la pista. A pesar de su inmensa barriga de casi seis meses, no había parado de saltar y hacer cabriolas desde que empezó la música, y yo, desde luego, no estaba dispuesta a tener que arremangarme mi precioso vestido de novia para atender un parto en mitad de la pista de baile, la misma noche de mi boda.

Y cuando llegaron las lentas, ni siquiera Jorge y yo estábamos más acaramelados que Ana y Ramón exbeodo. La juez había desestimado las pretensiones del ex de Ana y decretó que el niño seguiría bajo custodia materna, así que aquella historia de amor también marchaba viento en popa.

Cerca del amanecer, nos fuimos por fin a la suite del Palace que Jorge había reservado para la ocasión e insistió en atravesar el umbral de la puerta conmigo en brazos.

—Adelante, fortachón —acepté, mientras rodeaba su cuello con los míos.

Me depositó a los pies de la cama y en la penumbra que reinaba en la habitación adiviné el deseo desnudo que brillaba en sus ojos. Ambos habíamos acordado no acostarnos juntos hasta nuestra noche de bodas. Nos hacía ilusión que fuera una noche realmente especial, por eso Jorge insistió en que debíamos casarnos antes de un mes, pues no creía que pudiera aguantar más.

Durante los días previos a la ceremonia había habido muchos momentos en los que dudé de nuestra capacidad de resistencia. Cuando me acompañaba a mi casa, Jorge siempre entraba un rato —nunca pasaba más allá del recibidor, pero era increíble que un pequeño hall pudiera convertirse en un lugar tan erótico— y, cuando por fin se despedía, ambos resollábamos como un par de purasangres tras correr el Grand National.

—Por fin solos, señora Anglada —susurró mi Jorge, mirándome a los ojos.

—Por fin solos, señor Anglada.

—Te he estado observando, señora Anglada, espero que no estés demasiado borracha para prestar atención a lo que va a ocurrir ahora. —Su voz, oscura y espesa como la melaza, activó una vez más mi músculo

horripilante.

—Te aseguro, señor Anglada, que nunca encontrarás una alumna más atenta y aplicada —respondí en un tono provocativo, al mismo tiempo que desabrochaba con lentitud los botones del chaleco color arena que llevaba. Cuando terminé, le aflojé el nudo de la corbata, se la saqué por la cabeza y deslicé mi dedo índice entre los botones de la camisa, rozando su pecho con suavidad.

—Señora Anglada, me estás volviendo loco —jadeó.

—¿Solo con esto te vuelvo loco?—pregunté con mi mirada más inocente, mientras empezaba a desabotonar también la camisa—. Me preocupas, señor Anglada, quizá será mejor que lo dejemos no vaya a ser que tu viejo corazón no sea capaz de resistir tantas emociones...

—Eres una bruja —afirmó con voz ronca y, sin darme ocasión de decir nada más, pegó su boca a la mía, y así empezó el resto de nuestra vida juntos.

Quizá alguien desearía que le contara más detalles de cómo el señor Anglada, consiguió que esa noche se borrarán de mi memoria otros hombres que llegaron antes que él; que les relatara, segundo a segundo, cómo hizo que perdiera la cabeza hasta que solo pude suplicarle que acabara con semejante tormento; que desmenuzara, parte por parte, la técnica de seducción que empleó y que me ató a él para siempre.

Pero no lo haré.

Ni siquiera a mis amigas les he contado lo qué ocurrió aquella noche, pues los dioses son envidiosos y podrían escucharlo todo.

Lo único que puedo decir es esto:

1. En la escala de maridos ideales, mi Jorge obtiene una puntuación de doscientos sobre diez.

2. Tres años y medio después, aún no ha cambiado el viento...

Table of Content

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1 Por mucho que corras, tu pasado siempre te alcanza \(seguro que lo dijo algún filósofo oriental\)](#)

[Capítulo 2 Curro nuevo, vida nueva...](#)

[Capítulo 3 Lástima de taekwondo...](#)

[Capítulo 4 Madre no hay más que una... ¡gracias a Dios!](#)

[Capítulo 5 ¡¿Dónde está mi GPS?!](#)

[Capítulo 6 ¡Venganza!](#)

[Capítulo 7 ¡Natasha al rescate!](#)

[Capítulo 8 Vaya par de... pies](#)

[Capítulo 9 Una visita inesperada](#)

[Capítulo 10 Un día horribilis](#)

[Capítulo 11 De vuelta al nido](#)

[Capítulo 12 Preparativos de última hora](#)

[Capítulo 13 Volar me mata...](#)

[Capítulo 14 Dubai, ¡por fin!](#)

[Capítulo 15 Una cultura distinta](#)

[Capítulo 16 Una dama en apuros...](#)

[Capítulo 17 Una sorpresa desagradable](#)

[Capítulo 18 Un final... feliz, of course!](#)